LA LLAVE MAESTRA

de L. Frank Baum



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

La Llave Maestra de L. Frank Baum

La Llave Maestra

L. Frank Baum

Un cuento de hadas eléctrico

¿Quién sabe?

Estas cosas son bastante improbables, sin duda; pero ¿son imposibles?

Nuestro gran mundo gira tan suavemente como lo hacía hace siglos, sin un chirrido que indique que necesita aceitarse después de todos estos años de revolución. Pero los tiempos cambian porque los hombres cambian, y porque la civilización, como el alma de John Brown, sigue siempre en marcha.

Las imposibilidades de ayer se convierten en los hechos aceptados de hoy.

He aquí un cuento de hadas basado en las maravillas de la electricidad y escrito para los niños de esta generación. Sin embargo, cuando mis lectores se hayan convertido en hombres y mujeres, es posible que mi historia no les parezca en absoluto un cuento de hadas a sus hijos.

Quizás uno, quizás dos, quizás varios de los artefactos del Demonio sean, para entonces, de uso popular.

¿Quién sabe?

1. El taller de Rob

Cuando Rob se interesó por la electricidad, su sensato padre consideró que la afición del muchacho era instructiva a la vez que divertida; así que animó calurosamente a su hijo, y a Rob nunca le faltaron baterías, motores o suministros de cualquier tipo que sus experimentos pudieran requerir.

Acondicionó la pequeña habitación trasera del ático como su taller, y desde allí una red de cables pronto recorrió toda la casa. No solo cada puerta exterior tenía su timbre eléctrico, sino que cada ventana estaba equipada con una alarma contra ladrones; además, nadie podía cruzar el umbral de ninguna habitación interior sin que el hecho se registrara en el taller de Rob. El gas se encendía mediante un encendedor eléctrico; un carillón, conectado a un reloj errático en la habitación del muchacho, despertaba a los sirvientes a todas horas de la noche y provocó que la cocinera anunciara su despido; sonaba un timbre cada vez que el cartero dejaba una carta en el buzón; había timbres, timbres y más timbres por todas partes, sonando en el momento adecuado, en el momento equivocado y todo el tiempo. Y había teléfonos en las diferentes habitaciones, también, a través de los cuales Rob podía llamar a los diferentes miembros de la familia justo cuando no deseaban ser molestados.

Su madre y sus hermanas pronto llegaron a calificar la manía científica del muchacho como una molestia; pero su padre estaba encantado con estas evidencias de la habilidad de Rob como electricista, e insistió en que se le permitiera perfecta libertad para llevar a cabo sus ideas.

—La electricidad —dijo el anciano caballero, sabiamente— está destinada a convertirse en la fuerza motriz del mundo. El futuro avance de la civilización seguirá líneas eléctricas. Nuestro chico puede convertirse en un gran inventor y asombrar al mundo con sus maravillosas creaciones.

—Y mientras tanto —dijo la madre, desesperada—, ¡todos moriremos electrocutados, o la casa se quemará por cables cruzados, o volaremos hacia la eternidad por una explosión de productos químicos!

—¡Tonterías! —exclamó el orgulloso padre—. Las baterías de almacenamiento de Rob no son lo suficientemente potentes para electrocutar a nadie ni prender fuego a la casa. Dale una oportunidad al chico, Belinda.

—Y las bromas son tan humillantes —continuó la dama—. Cuando el pastor vino ayer y tocó el timbre, apareció una gran tarjeta en la puerta principal en la que estaban impresas las palabras: «Ocupado; Vuelva otra vez». Afortunadamente Helen lo vio y lo dejó entrar, pero cuando reprendí a Robert por el acto, dijo que solo estaba probando el letrero para ver si funcionaba.

—¡Exactamente! El chico ya es un inventor. Haré que coloquen una de esas tarjetas en la puerta de mi despacho privado de inmediato. Te digo, Belinda, que nuestro hijo será un gran hombre algún día —dijo el Sr. Joslyn, caminando de un lado a otro con pasos pomposos y casi estallando del orgullo que sentía por su joven promesa.

La Sra. Joslyn suspiró. Sabía que la protesta era inútil mientras su marido alentara al muchacho, y que sería prudente llevar su cruz con fortaleza.

Rob también sabía que las protestas de su madre no servirían de nada; así que continuó deleitándose en procesos eléctricos de todo tipo, utilizando la casa como estación experimental para probar los poderes de sus producciones.

Era en su propia habitación, sin embargo —su «taller»—, donde se deleitaba especialmente. Pues no solo era el centro de todas sus numerosas «líneas» por toda la casa, sino que había montado allí una maravillosa variedad de artefactos para su propia diversión. Un tranvía

se movía alrededor de una vía circular y se detenía regularmente en todas las estaciones; una locomotora y un tren de vagones se movían a sacudidas arriba y abajo por una pendiente empinada y a través de un túnel; un molino de viento bombeaba agua afanosamente desde el lebrillo a la sartén de cobre; un aserradero estaba en pleno funcionamiento y una multitud de herreros, afiladores, carpinteros, leñadores y molineros mecánicos estaban conectados a un motor que los mantenía trabajando en sus oficios de manera torpe pero perseverante.

La habitación estaba cruzada y recruzada por cables. Trepaban por las paredes, forraban el suelo, hacían una rejilla en el techo y atrapaban a un visitante incauto bajo la barbilla o sobre el tobillo justo cuando menos lo esperaba. Sin embargo, los visitantes estaban prohibidos en una habitación tan abarrotada, e incluso su padre declinaba ir más allá de la puerta. En cuanto a Rob, pensaba que lo sabía todo sobre los cables y para qué servía cada uno; pero incluso a él lo desconcertaban a veces, y a menudo se sentía perplejo al saber cómo utilizarlos todos.

Un día, cuando se había encerrado para evitar interrupciones mientras planeaba la iluminación eléctrica de un magnífico palacio de cartón, se confundió realmente con la red de cables. Tenía un «tablero de interruptores», sin duda, donde podía conectar y desconectar a su gusto; pero los cables se habían mezclado de alguna manera, y no podía distinguir qué combinaciones usar para lanzar la energía a sus luces eléctricas en miniatura.

Así que experimentó de una manera bastante aleatoria, conectando este y aquel cable a ciegas y por conjeturas, con la esperanza de dar con la combinación correcta. Luego pensó que la combinación podría ser correcta y que faltaba potencia; así que añadió otras líneas de cable a sus conexiones, y otras más, hasta que hubo empleado casi todos los cables de la habitación.

Sin embargo, no funcionaba; y después de detenerse un momento para intentar pensar qué estaba mal, volvió a intentarlo, poniendo esta y aquella línea en conexión, añadiendo otra aquí y otra allá, hasta que de repente, al hacer un último cambio, un rápido destello de luz casi lo

cegó, y el tablero de interruptores crepitó ominosamente, como si luchara por transportar una corriente poderosa.

Rob se cubrió la cara ante el destello, pero al encontrarse ileso apartó las manos y con los ojos parpadeantes intentó mirar un resplandor maravilloso que parecía llenar la habitación, haciéndola muchas veces más brillante que el día más luminoso.

Aunque al principio estaba completamente deslumbrado, escudriñó ante él hasta descubrir que la luz se concentraba cerca de un punto, desde el cual parecían centellear todos los gloriosos rayos.

Cerró los ojos un momento para descansarlos; luego, al volver a abrirlos y sombrearlos un poco con las manos, distinguió la forma de un Ser curioso de pie con majestad y compostura en el centro del magnífico resplandor, ¡y mirándolo hacia abajo!

2. El Demonio de la Electricidad

Rob era un muchacho valiente, pero un escalofrío de miedo lo recorrió a pesar de su más valeroso esfuerzo mientras contemplaba la maravillosa aparición que lo confrontaba. Durante varios momentos permaneció sentado como si se hubiera convertido en piedra, tan inmóvil estaba; pero sus ojos estaban, no obstante, fijos en el Ser y devorando cada detalle de su apariencia.

¡Y qué extraña apariencia presentaba!

Su chaqueta era una masa oscilante de luz blanca, bordeada con trenzas de llamas rojas que lanzaban pequeñas lenguas en todas direcciones. Los botones resplandecían en fuego dorado. Sus pantalones tenían un color azulado e incandescente, con rayas brillantes de trenza carmesí. Su chaleco era grandioso, con todos los colores del arcoíris mezclados en una masa destellante y

resplandeciente. En sus facciones era de lo más majestuoso, y sus ojos poseían el brillo suave pero penetrante de las luces eléctricas.

Era difícil sostener la mirada de esos ojos escrutadores, pero Rob lo hizo, y de inmediato la espléndida aparición se inclinó y dijo con voz baja y clara:

—Estoy aquí.

—Eso ya lo sé —respondió el muchacho, temblando—, pero ¿POR QUÉ está usted aquí?

—Porque has tocado la Llave Maestra de la Electricidad, y debo obedecer las leyes de la naturaleza que me obligan a responder a tu llamada.

—Yo... yo no sabía que había tocado la Llave Maestra —balbuceó el muchacho.

—Lo entiendo. Lo hiciste inconscientemente. Nadie en el mundo lo ha hecho antes, pues la Naturaleza ha mantenido hasta ahora el secreto guardado a buen recaudo en su seno.

Rob se tomó un tiempo para maravillarse ante esta afirmación.

—Entonces, ¿quién es usted? —preguntó, finalmente.

—El Demonio de la Electricidad —fue la solemne respuesta.

—¡Dios santo! —exclamó Rob—. ¡Un demonio!

—Ciertamente. Soy, en verdad, el Esclavo de la Llave Maestra, y estoy forzado a obedecer las órdenes de cualquiera que sea lo suficientemente sabio y valiente —o, como en tu propio caso, lo suficientemente afortunado y temerario— para tocarla.

—Yo... yo nunca imaginé que existiera tal cosa como una Llave Maestra, o... o un Demonio de la Electricidad, y... y lamento terriblemente haberle... ¡haberle llamado! —tartamudeó el muchacho, abochornado por la imponente apariencia de su compañero.

El Demonio sonrió realmente ante este discurso; una sonrisa que fue casi tranquilizadora.

—Yo no lo lamento —dijo, en tono más amable—, pues no es mucho placer esperar siglo tras siglo a que alguien reclame mis servicios. A menudo he pensado que mi existencia era innecesaria, ya que ustedes, la gente de la Tierra, son tan estúpidos e ignorantes que parecen poco propensos a dominar jamás el secreto de la energía eléctrica.

—¡Oh, tenemos algunos grandes maestros entre nosotros! —gritó Rob, bastante molesto por esta afirmación—. Vamos, está Edison...

—¡Edison! —exclamó el Demonio, con una leve mueca de desprecio —; ¿qué sabe él?

—Muchas cosas —declaró el muchacho—. Ha inventado un sinfín de cosas eléctricas maravillosas.

—Te equivocas al llamarlas maravillosas —respondió el Demonio, con ligereza—. Él realmente sabe poco más que tú sobre las leyes que controlan la electricidad. Sus inventos son cosas insignificantes en comparación con los resultados realmente maravillosos que obtendría quien realmente supiera dirigir los poderes eléctricos en lugar de andar a tientas ciegamente tras efectos insignificantes. Vaya, he estado meses junto al codo de Edison, esperando y anhelando que tocara la Llave Maestra; pero veo claramente que nunca lo logrará.

—Entonces está Tesla —dijo el muchacho.

El Demonio se rio.

—Está Tesla, sin duda —dijo—. ¿Pero qué hay de él?

—Bueno, ha descubierto una luz potente —el Demonio soltó una risita divertida—, y está en comunicación con la gente de Marte.

—¿Qué gente?

—Pues la gente que vive allí.

—No hay ninguna.

Esta gran declaración casi dejó a Rob sin aliento, y le hizo mirar fijamente a su visitante.

—Generalmente se piensa —reanudó, en tono molesto— que Marte tiene habitantes que están mucho más avanzados que nosotros en civilización. Muchos hombres de ciencia piensan que la gente de Marte

ha estado tratando de hacernos señales durante años, solo que no entendemos sus señales. Y grandes novelistas han escrito sobre los marcianos y su maravillosa civilización, y...

—Y todos saben tanto sobre ese pequeño planeta como tú mismo —interrumpió el Demonio, con impaciencia—. El problema con ustedes, la gente de la Tierra, es que se deleitan en conjeturar sobre lo que no pueden saber. Ahora bien, yo casualmente sé todo sobre Marte, porque puedo atravesar todo el espacio y he tenido amplio ocio para investigar los diferentes planetas. Marte no está poblado en absoluto, ni tampoco ninguno de los otros planetas que reconocen en los cielos. Algunos contienen órdenes inferiores de bestias, sin duda, pero la Tierra es la única que tiene una población inteligente, pensante y razonadora, y sus científicos y novelistas harían mejor tratando de comprender su propio planeta que buscando a tientas por el espacio para desentrañar los misterios de mundos estériles y sin importancia.

Rob escuchó esto con sorpresa y decepción; pero reflexionó que el Demonio debería saber de lo que estaba hablando, así que no se atrevió a contradecirlo.

—Es realmente asombroso —continuó la Aparición— lo poco que ustedes han aprendido sobre la electricidad. Es un elemento terrestre que ha existido desde que la Tierra misma se formó, y si tan solo entendieran su uso adecuado, la humanidad se beneficiaría maravillosamente de muchas maneras.

—Ya lo estamos —protestó Rob—; nuestros descubrimientos en electricidad nos han permitido vivir mucho más cómodamente.

—Entonces imagina tu condición si fueras capaz de controlar plenamente este gran elemento —respondió el otro, gravemente—. Las debilidades y privaciones de la humanidad se convertirían en poder y lujo.

—Eso es verdad, Sr... Sr... Demonio —dijo el muchacho—. Discúlpeme si no digo bien su nombre, pero entendí que dijo que es un demonio.

—Ciertamente. El Demonio de la Electricidad.

—Pero la electricidad es una cosa buena, ya sabe, y... y...

—¿Y bien?

—Siempre he entendido que los demonios eran cosas malas —añadió Rob, con audacia.

—No necesariamente —respondió su visitante—. Si te tomas la molestia de consultar tu diccionario, encontrarás que los demonios pueden ser buenos o malos, como cualquier otra clase de seres. Originalmente todos los demonios eran buenos, sin embargo, en los últimos años la gente ha llegado a considerar a todos los demonios malvados. No sé por qué. Si lees a Hesíodo encontrarás que dice:

«Pronto se hizo un mundo de santos demonios,

Espíritus aéreos, por el gran Jove designados

Para ser en la tierra los guardianes de la humanidad».

—Pero Jove era él mismo un mito —objetó Rob, que había estado estudiando mitología.

El Demonio se encogió de hombros.

—Entonces toma las palabras del Sr. Shakespeare, ante quien todos ustedes se inclinan —respondió—. ¿No recuerdas que dice:

«Tu demonio (que es el espíritu que te guarda) es

Noble, valiente, alto, inigualable».

—Oh, si Shakespeare lo dice, está bien —respondió el muchacho—. Pero parece que usted es más como un genio, ya que responde a la llamada de la Llave Maestra de la Electricidad de la misma manera que el genio de Aladino respondió al frotar la lámpara.

—Sin duda. Un demonio es también un genio; y un genio es un demonio —dijo el Ser—. ¿Qué importa un nombre? Estoy aquí para cumplir tus órdenes.

3. Los tres dones

La familiaridad con cualquier gran cosa elimina nuestro asombro ante ella. El gran general solo es terrible para el enemigo; el gran poeta es frecuentemente regañado por su esposa; los hijos del gran estadista trepan por sus rodillas con perfecta confianza e impunidad; el gran actor que es llamado ante el telón por audiencias admiradas es a menudo asaltado en la puerta del escenario por sus acreedores.

Así Rob, habiendo conversado por un tiempo con el glorioso Demonio de la Electricidad, comenzó a mirarlo con más compostura y menos asombro, a medida que sus ojos se acostumbraban más y más al esplendor que al principio casi los había cegado.

Cuando el Demonio se anunció listo para cumplir las órdenes del muchacho, él respondió francamente:

—No soy un electricista experto, como usted muy bien sabe. Mi llamada fue un accidente. Así que no sé cómo mandarle, ni qué pedirle que haga.

—Pero no debo aprovecharme de tu ignorancia —respondió el Demonio—. Además, estoy bastante ansioso por utilizar esta oportunidad para mostrar al mundo lo poderoso que es realmente el elemento de la electricidad. Así que permíteme informarte que, habiendo tocado la Llave Maestra, tienes la libertad de exigirme tres dones cada semana durante tres semanas consecutivas. Estos dones, siempre que estén dentro del alcance de la electricidad, los concederé.

Rob sacudió la cabeza con pesar.

—Si yo fuera un gran electricista sabría qué pedir —dijo—. Pero soy demasiado ignorante para aprovechar su amable oferta.

—Entonces —respondió el Demonio—, yo mismo sugeriré los dones, y serán de tal carácter que la gente de la Tierra aprenderá las posibilidades que se abren ante ellos y se sentirán alentados a trabajar más inteligentemente y a perseverar en el dominio de esas leyes naturales y simples que controlan la electricidad. Pues uno de los

mayores errores bajo los que ahora trabajan es que la electricidad es complicada y difícil de entender. Es realmente el elemento terrestre más simple, que se encuentra al alcance de cualquiera que extienda su mano para agarrar y controlar sus poderes.

Rob bostezó, pues pensaba que los discursos del Demonio se estaban volviendo bastante tediosos. Quizás el genio notó esta descortesía, pues continuó:

—Lamento, por supuesto, que seas un niño en lugar de un hombre adulto, pues parecerá singular a tus amigos que un joven tan irreflexivo parezca haber dominado aparentemente los secretos que han desconcertado a sus científicos más eruditos. Pero eso no tiene remedio, y pronto te convertirás, a través de mi ayuda, en el personaje más poderoso y maravilloso de todo el mundo.

—Gracias —dijo Rob, mansamente—. Será divertidísimo.

—¡Divertido! —repitió el Demonio, con desdén—. Pero no importa; debo usar el material que el Destino me ha proporcionado, y sacar lo mejor de él.

—¿Qué me dará primero? —preguntó el muchacho, con avidez.

—Eso requiere algo de pensamiento —respondió el Demonio, y se detuvo durante varios momentos, mientras Rob deleitaba sus ojos con los gloriosos rayos de color que destellaban y vibraban en todas direcciones y rodeaban la figura de su visitante con un brillo intenso que parecía un halo.

Entonces el Demonio levantó la cabeza y dijo:

—La cosa más necesaria para el hombre es el alimento para nutrir su cuerpo. Pasa una parte considerable de su vida en la lucha por procurar comida, prepararla adecuadamente y en el acto de comer. Esto no es correcto. Tu cuerpo no puede ser muy valioso para ti si todo tu tiempo se requiere para alimentarlo. Te presentaré, por lo tanto, como mi primer regalo, esta caja de tabletas. Dentro de cada tableta están almacenados ciertos elementos de electricidad que son capaces de nutrir un cuerpo humano durante un día completo. Todo lo que necesitas hacer es echar una en tu boca cada día y tragarla. Te nutrirá, satisfará tu hambre y fortalecerá tu salud y fuerza. La comida ordinaria

de la humanidad es más o menos perjudicial; esta es enteramente beneficiosa. Además, puedes llevar suficientes tabletas en tu bolsillo para que duren meses.

Aquí le presentó a Rob la caja de plata con tabletas, y el muchacho, algo nervioso, le agradeció el regalo.

—El siguiente requisito del hombre —continuó el Demonio— es la defensa contra sus enemigos. Noto con pesar que los hombres frecuentemente tienen guerras y se matan unos a otros. Además, incluso en comunidades civilizadas, el hombre está en constante peligro por parte de salteadores, excéntricos y policías. Para defenderse utiliza armas pesadas y peligrosas, con las cuales destruir a sus enemigos. Esto está mal. No tiene derecho a quitar lo que no puede otorgar; a destruir lo que no puede crear. Matar a una criatura semejante es un crimen horrible, incluso si se hace en defensa propia. Por lo tanto, mi segundo regalo para ti es este pequeño tubo. Puedes llevarlo en tu bolsillo. Siempre que un enemigo te amenace, sea hombre o bestia, simplemente apunta el tubo y presiona este botón en el mango. Una corriente eléctrica se dirigirá instantáneamente sobre tu enemigo, dejándolo totalmente inconsciente por el período de una hora. Durante ese tiempo tendrás oportunidad de escapar. En cuanto a tu enemigo, después de recobrar la conciencia no sufrirá ningún inconveniente por el encuentro más allá de un ligero dolor de cabeza.

—¡Eso está muy bien! —dijo Rob, mientras tomaba el tubo. Tenía apenas seis pulgadas de largo y era hueco en un extremo.

—Las vidas ocupadas de los hombres —prosiguió el Demonio— requieren que se muevan y viajen en todas direcciones. Sin embargo, para ayudarlos solo existen máquinas tan rudimentarias y torpes como tranvías eléctricos, funiculares, ferrocarriles de vapor y automóviles. Estos se arrastran lentamente sobre la superficie irregular de la tierra y frecuentemente se averían. Me ha apenado que los hombres aún no hayan descubierto lo que incluso los pájaros saben: que la atmósfera les ofrece medios rápidos y fáciles de viajar de una parte de la superficie terrestre a otra.

—Algunas personas han intentado construir aeronaves —comentó Rob.

—Así es; grandes máquinas inmanejables que ofrecen tanta resistencia al aire que son bastante inútiles. No se necesita una máquina grande para llevar a uno a través del aire. Hay fuerzas en la naturaleza que pueden usarse fácilmente para tal propósito. Dime, ¿qué te mantiene en la Tierra y hace que una piedra caiga al suelo?

—La atracción de la gravedad —dijo Rob, prontamente.

—Exactamente. Esa es una fuerza a la que me refiero —dijo el Demonio—. La fuerza de repulsión, que es poco conocida, pero igual de poderosa, es otra que la humanidad puede dirigir. Luego están las fuerzas eléctricas polares, atrayendo objetos hacia los polos norte o sur. Has adivinado algo de esto por el uso de la brújula, o aguja eléctrica. Opuesta a estas está la fuerza eléctrica centrífuga, atrayendo objetos de este a oeste, o en la dirección opuesta. Esta fuerza es creada por el giro de la tierra sobre su eje, y se utiliza fácilmente, aunque sus hombres de ciencia hasta ahora han prestado poca atención a ella.

»Estas fuerzas, operando en todas direcciones, absolutas e inmutables, están a disposición de la humanidad. Te llevarán a través de la atmósfera donde y cuando elijas. Es decir, si sabes cómo controlarlas. Ahora, aquí hay una máquina que yo mismo he perfeccionado.

El Demonio sacó de su bolsillo algo que se parecía a un reloj de esfera abierta, con una banda estrecha y flexible unida a él.

—Cuando desees viajar —dijo—, sujeta esta pequeña máquina a tu muñeca izquierda por medio de la banda. Es muy ligera y no te estorbará. En este dial hay puntos marcados «arriba» y «abajo», así como una brújula perfecta. Cuando desees elevarte en el aire, pon el indicador en la palabra «arriba», usando un dedo de tu mano derecha para girarlo. Cuando te hayas elevado tan alto como desees, pon el indicador en el punto de la brújula que quieras seguir y serás llevado por la fuerza eléctrica adecuada en esa dirección. Para descender, pon el indicador en la palabra «abajo». ¿Entiendes?

—¡Perfectamente! —gritó Rob, tomando la máquina del Demonio con deleite no fingido—. ¡Esto es realmente maravilloso, y le estoy terriblemente agradecido!

—No hay de qué —respondió el Demonio, secamente—. Con estos tres regalos puedes divertirte durante la próxima semana. Parece duro confiar tales grandes descubrimientos científicos a la discreción de un simple muchacho; pero son bastante inofensivos, así que si ejercitas el cuidado adecuado no puedes meterte en problemas por su posesión. ¿Y quién sabe qué beneficios para la humanidad pueden resultar? Dentro de una semana a partir de hoy, a esta hora, apareceré nuevamente ante ti, momento en el cual recibirás la segunda serie de regalos eléctricos.

—No estoy seguro —dijo Rob— de que sea capaz de hacer de nuevo las conexiones que tocarán la Llave Maestra.

—Probablemente no —respondió el Demonio—. Si pudieras lograr eso, podrías mandar mis servicios para siempre. Pero, habiendo tenido éxito una vez, tienes derecho a los nueve regalos —tres cada semana durante tres semanas— así que no tienes necesidad de llamarme para cumplir mi deber. Apareceré por mi propia voluntad.

—Gracias —murmuró el muchacho.

El Demonio se inclinó y extendió sus manos en forma de semicírculo. Un instante después hubo un destello cegador, y cuando Rob se recuperó y abrió los ojos, el Demonio de la Electricidad había desaparecido.

4. Probando los instrumentos

Hay pocas dudas de que si esta extraña experiencia le hubiera sucedido a un hombre adulto, habría sido presa de un ataque de temblor o de una sensación de aprensión, o incluso miedo, ante la idea de haberse enfrentado al terrible Demonio de la Electricidad, de haber tocado la Llave Maestra de las mayores fuerzas naturales del mundo y encontrarse en posesión de tres regalos tan maravillosos y útiles. Pero un muchacho toma todo como algo natural. A medida que el árbol del

conocimiento brota y se expande dentro de él, sacando hoja tras hoja de experiencia práctica, la sucesión de sorpresas embota su facultad de asombro. Se necesita mucho para sobresaltar a un muchacho.

Rob estaba lleno de deleite por su inesperada buena fortuna; pero no se detuvo a considerar que hubiera algo notablemente extraño o misterioso en la manera en que le había llegado. Su principal sensación era de orgullo. Ahora sería capaz de sorprender a aquellos que se habían burlado de su locura eléctrica y forzarlos a respetar sus maravillosos poderes. Decidió no decir nada sobre el Demonio o el toque accidental de la Llave Maestra. Al exhibir a sus amigos los dispositivos eléctricos que había adquirido sería «divertidísimo» observar su asombro y dejarlos adivinar cómo realizaba sus hazañas.

Así que guardó sus tesoros en su bolsillo, cerró su taller y bajó a su habitación para prepararse para la cena.

Mientras se cepillaba el pelo recordó que ya no era necesario para él comer comida ordinaria. Se sentía bastante hambriento en ese momento, pues tenía el apetito voraz de un muchacho; pero, tomando la caja de plata de su bolsillo, tragó una tableta y de inmediato sintió su hambre tan plenamente satisfecha como si hubiera participado de una comida abundante, mientras que al mismo tiempo experimentaba un brillo estimulante en todo su cuerpo y una claridad de cerebro y alegría de espíritu que lo llenaban de intensa gratificación.

Aun así, entró en el comedor cuando sonó la campana y encontró a su padre, su madre y sus hermanas ya reunidos allí.

—¿Dónde has estado todo el día, Robert? —preguntó su madre.

—No hay necesidad de preguntar —dijo el Sr. Joslyn, con una risa—. ¡Trasteando con la electricidad, apuesto una galleta!

—Realmente deseo —dijo la madre, con irritación— que supere esa manía. Lo incapacita para cualquier otra cosa.

—Precisamente —respondió su marido, sirviendo la sopa—; pero lo capacita para una gran carrera cuando se convierta en hombre. ¿Por qué no debería pasar sus vacaciones de verano en busca de conocimiento útil en lugar de corretear como los chicos corrientes?

—No quiero sopa, gracias —dijo Rob.

—¡Qué! —exclamó su padre, mirándolo con sorpresa—, es tu sopa favorita.

—Lo sé —dijo Rob, tranquilamente—, pero no quiero ninguna.

—¿Estás enfermo, Robert? —preguntó su madre.

—Nunca me he sentido mejor en mi vida —respondió Rob, con veracidad.

Sin embargo, la Sra. Joslyn parecía preocupada, y cuando Rob rechazó el asado, se sintió realmente conmocionada.

—¡Déjame tomarte el pulso, mi pobre niño! —ordenó ella, y se maravilló al encontrarlo tan regular.

De hecho, la acción de Rob los sorprendió a todos. Se sentó tranquilamente durante toda la comida, sin comer nada, pero aparentemente con buena salud y buen humor, mientras incluso sus hermanas lo miraban con semblantes preocupados.

—Ha trabajado demasiado, supongo —dijo el Sr. Joslyn, sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Oh, no; no lo he hecho —protestó Rob—; pero he decidido no comer nada, de ahora en adelante. Es un mal hábito, y hace más daño que bien.

—Espera hasta el desayuno —dijo su hermana Helen, con una risa—; tendrás bastante hambre para entonces.

Sin embargo, el muchacho no tuvo deseo de comida a la hora del desayuno tampoco, ya que la tableta bastaba para un día entero. Así que renovó la ansiedad de la familia al negarse a unirse a ellos en la mesa.

—Si esto continúa —dijo el Sr. Joslyn a su hijo, cuando el desayuno terminó—, me veré obligado a enviarte fuera por tu salud.

—Pienso hacer un viaje esta mañana —dijo Rob, con indiferencia.

—¿A dónde?

—Oh, puede que vaya a Boston, o haga una escapada a Cuba o Jamaica —respondió el muchacho.

—Pero no puedes ir tan lejos tú solo —declaró su padre—; y no hay nadie que vaya contigo, ahora mismo. Tampoco puedo prescindir del dinero en este momento para un viaje tan costoso.

—Oh, no costará nada —respondió Rob, con una sonrisa.

El Sr. Joslyn lo miró gravemente y suspiró. La Sra. Joslyn se inclinó sobre su hijo con lágrimas en los ojos y dijo:

—Esta tontería eléctrica ha afectado tu mente, querido. Debes prometerme mantenerte alejado de ese horrible taller por un tiempo.

—No entraré en él durante una semana —respondió él—. Pero no necesitan preocuparse por mí. No he estado experimentando con la electricidad todo este tiempo para nada, se lo aseguro. En cuanto a mi salud, estoy tan bien y fuerte como cualquier chico necesita estar, y tampoco hay nada malo en mi cabeza. La gente común siempre piensa que los grandes hombres están locos, pero Edison y Tesla y yo no prestamos atención a eso. Tenemos nuestros descubrimientos que atender. Ahora, como dije, me voy de pequeño viaje en interés de la ciencia. Puede que vuelva esta noche, o puede que esté fuera varios días. De todos modos, volveré en una semana, y no deben preocuparse por mí ni un solo minuto.

—¿Cómo vas a ir? —preguntó su padre, en el tono suave y tranquilizador que las personas usan al dirigirse a los maníacos.

—A través del aire —dijo Rob.

Su padre gimió.

—¿Dónde está tu globo? —preguntó su hermana Mabel, sarcásticamente.

—No necesito un globo —respondió el muchacho—. Esa es una forma torpe de viajar, en el mejor de los casos. Iré por propulsión eléctrica.

—¡Dios santo! —gritó el Sr. Joslyn, y la madre murmuró: —¡Mi pobre niño! ¡Mi pobre niño!

—Como sois mis parientes más cercanos —continuó Rob, sin notar estas exclamaciones—, os permitiré venir al patio trasero y verme partir. Entonces entenderéis algo de mis poderes eléctricos.

Lo siguieron de inmediato, aunque con caras incrédulas, y en el camino Rob sujetó la pequeña máquina a su muñeca izquierda, de modo que la manga de su abrigo casi la ocultaba.

Cuando llegaron al césped en la parte trasera de la casa, Rob se despidió de todos con un beso, para gran diversión de sus hermanas, y giró el indicador del pequeño instrumento hacia la palabra «arriba».

Inmediatamente comenzó a elevarse en el aire.

—¡No os preocupéis por mí! —les gritó desde abajo—. ¡Adiós!

La Sra. Joslyn, con un grito de terror, escondió la cara entre las manos.

—¡Se romperá el cuello! —gritó el asombrado padre, echando la cabeza hacia atrás para mirar a su hijo que partía.

—¡Vuelve! ¡Vuelve! —gritaron las chicas al aventurero que se elevaba.

—¡Lo haré... algún día! —fue la respuesta lejana.

Habiéndose elevado lo suficiente para pasar sobre el árbol o campanario más alto, Rob puso el indicador al este del dial de la brújula y de inmediato comenzó a moverse rápidamente en esa dirección.

La sensación era deliciosa. Viajaba tan suavemente como flota una pluma, sin ningún esfuerzo por su parte; sin embargo, se movía tan velozmente que dejaba atrás fácilmente a un tren de ferrocarril que aceleraba en la misma dirección.

—¡Esto es genial! —reflexionó el joven—. ¡Aquí estoy, viajando con gran estilo, sin pagar un centavo a nadie! Y tengo suficiente comida para que me dure un mes en el bolsillo de mi abrigo. ¡Esta electricidad es lo que hace falta, después de todo! Y el Demonio es un as, sin duda. ¡Uii-ii! Qué pequeño se ve todo ahí abajo. La gente son bichos, y las casas son cajas de jabón, y los árboles son como matas de hierba.

Parece que estoy pasando sobre una ciudad. Supongo que bajaré un poco y echaré un vistazo.

Apuntó el indicador a la palabra «abajo», y de inmediato comenzó a descender a través del aire. Experimentó la sensación que uno siente al bajar en un ascensor. Cuando llegó a un punto justo por encima de la ciudad puso el indicador en la marca cero y permaneció estacionario, mientras examinaba el lugar. Pero no había nada que le interesara, particularmente; así que tras un breve examen ascendió una vez más y continuó su viaje hacia el este.

A eso de las dos de la tarde llegó a la ciudad de Boston, y descendiendo sin ser observado en una calle tranquila caminó durante varias horas disfrutando de las vistas y preguntándose qué pensaría la gente de él si supieran sus notables poderes. Pero como se veía igual que cualquier otro muchacho, nadie se fijó en él de ninguna manera.

Empezaba a atardecer, y Rob había vagado hacia los muelles para mirar los barcos, cuando su atención fue llamada por un bulldog de aspecto desagradable, que corrió hacia él y comenzó a ladrar ferozmente.

—¡Fuera! —dijo el muchacho, con indiferencia, y lanzó una patada al bruto.

El perro emitió un gruñido feroz y saltó sobre él con los dientes al descubierto y los ojos rojos centelleantes. Instantáneamente Rob sacó el tubo eléctrico de su bolsillo, lo apuntó al perro y presionó el botón. Casi en el mismo momento el perro dio un aullido, rodó una o dos veces y se quedó quieto.

—Supongo que eso acabará con él —rio el muchacho; pero justo entonces escuchó un grito enojado, y mirando alrededor vio a un policía corriendo hacia él.

—¿Matas a mi perro, eh? —gritó el oficial—; ¡pues te arrestaré por eso mismo, y pasarás la noche en el calabozo! Y siguió avanzando, con la porra desenvainada en una mano y un gran revólver en la otra.

—Tendrás que atraparme primero —dijo Rob, riendo todavía, y para asombro del policía comenzó a elevarse directamente en el aire.

—¡Baja aquí! ¡Baja, o disparo! —gritó el tipo, blandiendo su revólver.

Rob temía que lo hiciera; así que, para evitar accidentes, le apuntó con el tubo y presionó el botón. El policía de patillas rojas se desplomó con bastante gracia y cayó sobre el cuerpo del perro, mientras Rob continuaba subiendo hasta perderse de vista de los que estaban en las calles.

—Eso fue un escape por los pelos —pensó, respirando más libremente—. Odié paralizar a ese policía, pero podría haberme enviado una bala. De todos modos, estará bien de nuevo en una hora, así que no necesito preocuparme.

Empezaba a oscurecer, y se preguntó qué debería hacer a continuación. Si hubiera poseído algo de dinero habría descendido a la ciudad y tomado una cama en un hotel, pero había salido de casa sin un solo centavo. Afortunadamente las noches eran cálidas en esta estación, así que decidió viajar toda la noche, para poder llegar por la mañana a algún lugar que nunca hubiera visitado antes.

Cuba siempre le había interesado, y juzgó que debía estar en dirección sureste desde Boston. Así que ajustó el indicador a ese punto y comenzó a deslizarse velozmente hacia el sureste.

Recordó entonces que hacía veinticuatro horas que había comido la primera tableta eléctrica. Mientras viajaba por el aire consumió otra. Toda hambre lo abandonó de inmediato, mientras sentía las mismas sensaciones vigorizantes que antes.

Después de un tiempo salió la luna, y Rob se entretuvo mirando las incontables estrellas en el cielo y preguntándose si el Demonio tenía razón cuando dijo que el mundo era el más importante de todos los planetas.

Pero pronto le entró sueño, y antes de darse cuenta de lo que sucedía había caído en un sueño profundo y pacífico, mientras el indicador seguía apuntando al sureste y él continuaba moviéndose rápidamente a través del aire fresco de la noche.

5. La Isla de los Caníbales

Sin duda las aventuras del día habían cansado a Rob, pues durmió durante toda la noche tan cómodamente como si hubiera estado en su propia habitación, acostado en su propia cama. Cuando, por fin, abrió los ojos y miró soñoliento a su alrededor, se encontró sobre una gran masa de agua, moviéndose con considerable velocidad.

—Es el océano, por supuesto —se dijo a sí mismo—. Aún no he llegado a Cuba.

Es de lamentar que el conocimiento de geografía de Rob fuera tan superficial; pues, como tenía la intención de llegar a Cuba, debería haber tomado un rumbo casi suroeste desde Boston, en lugar de sureste. El triste resultado de su ignorancia lo aprenderán pronto, pues durante todo el día continuó viajando sobre una extensión ilimitada de océano, sin la vista de siquiera una isla para animarlo.

El sol brillaba tan fuerte que lamentó no haber traído un paraguas. Pero llevaba un sombrero de paja de ala ancha, que lo protegía un poco, y finalmente descubrió que elevándose a una distancia considerable sobre el océano evitaba el reflejo del sol sobre el agua y también iba con la corriente de buena brisa.

Por supuesto, no se atrevía a detenerse, pues no había lugar donde aterrizar; así que continuó su viaje con calma.

—Puede que me haya pasado Cuba —pensó—; pero no puedo cambiar mi rumbo ahora, porque si lo hiciera podría perderme, y nunca ser capaz de encontrar tierra de nuevo. Si sigo como voy seguro que llegaré a tierra de algún tipo, con el tiempo, y cuando desee volver a casa puedo poner el indicador al noroeste y eso me llevará directamente de vuelta a Boston.

Este era un buen razonamiento, pero el imprudente joven no tenía idea de que estaba acelerando sobre el océano, o de que estaba destinado a llegar en breve a la bárbara isla de Brava, frente a la costa de África. Sin embargo, tal fue el caso; justo cuando el sol se hundía

sobre el borde de las olas vio, para su gran alivio, una gran isla directamente en su camino.

Descendió a una posición más baja en el aire, y cuando juzgó estar sobre el centro de la isla giró el indicador a cero y se detuvo en seco.

El país estaba bellamente arbolado, mientras bonitos arroyos centelleaban a través del rico follaje verde de los árboles. La isla se inclinaba hacia arriba desde la costa en todas direcciones, elevándose hasta una colina que era casi una montaña en el centro. Había dos espacios abiertos, uno a cada lado de la isla, y Rob vio que estos espacios estaban ocupados por chozas de aspecto extraño construidas con matorrales y ramas de árboles. Esto mostraba que la isla estaba habitada, pero como Rob no tenía idea de qué isla era, decidió sabiamente no encontrarse con los nativos hasta haber descubierto cómo eran y si estaban dispuestos a ser amistosos.

Así que se movió sobre la colina, cuya cima resultó ser una meseta plana y cubierta de hierba de unos cincuenta pies de diámetro. Al encontrar que no se podía llegar fácilmente desde abajo, debido a sus lados empinados, y que no contenía ni hombres ni animales, aterrizó en la cima de la colina y tocó la tierra con sus pies por primera vez en veinticuatro horas.

El viaje por el aire no lo había cansado en lo más mínimo; de hecho, se sentía tan fresco y vigoroso como si hubiera estado descansando durante todo el viaje. Mientras caminaba sobre la suave hierba de la meseta se sintió eufórico, y se comparó con los exploradores de los días antiguos; pues era evidente que la civilización aún no había llegado a este delicioso lugar.

Apenas había crepúsculo en este clima tropical y oscureció rápidamente. En pocos minutos toda la isla, salvo donde él estaba, se volvió tenue e indistinta. Comió su tableta diaria, y después de ver el resplandor rojo desvanecerse en el cielo occidental y las sombras grises de la noche asentarse a su alrededor, se estiró cómodamente sobre la hierba y se durmió.

Los eventos del día debieron haber profundizado su sueño, pues cuando despertó el sol brillaba casi directamente sobre él, mostrando que el día estaba muy avanzado. Se puso de pie, se frotó el sueño de

los ojos y decidió que le gustaría un trago de agua. Desde donde estaba podía ver varios pequeños arroyos siguiendo caminos sinuosos a través del bosque, así que se decidió por uno que parecía más alejado de las aldeas de matorrales, y girando su indicador en esa dirección pronto flotó a través del aire hacia un lugar resguardado en la orilla.

Arrodillándose, disfrutó de un largo y refrescante trago de agua clara, pero cuando comenzó a recuperar el equilibrio, un rollo de cuerda fue lanzado repentinamente a su alrededor, inmovilizando sus brazos a los costados y dejándolo absolutamente indefenso.

Al mismo tiempo sus oídos fueron saludados con un parloteo salvaje en una lengua desconocida, y se encontró rodeado por un grupo de nativos de apariencia horrible. Estaban casi desnudos, y portaban lanzas y pesados garrotes como únicas armas. Su cabello era largo, rizado y espeso como arbustos, y a través de sus narices y orejas llevaban clavados dientes de tiburones y curiosos adornos de metal.

Estas criaturas se habían acercado sigilosamente a Rob tan silenciosamente que él no había oído un sonido, pero ahora farfullaban ruidosamente, como si estuvieran muy emocionados.

Finalmente, un nativo gordo y algo anciano, que parecía ser un jefe, se acercó a Rob y dijo, en un inglés chapurreado:

—¿Cómo llegar aquí?

—Volé —dijo el muchacho, con una sonrisa.

El jefe sacudió la cabeza, diciendo:

—Ningún barco venir. ¿Cómo venir hombre blanco?

—A través del aire —respondió Rob, quien se sentía bastante halagado al ser llamado «hombre».

El jefe miró al aire con una expresión perpleja y sacudió la cabeza de nuevo.

—Hombre blanco mentir —dijo calmadamente.

Luego mantuvo más conversación con sus compañeros, tras lo cual se volvió hacia Rob y anunció:

—Yo ver hombre blanco muchas veces. Venir en barcos grandes. Hombre blanco todo malo. Hacer matar con palos de fuego. Nosotros matar hombre blanco con garrote. Luego nosotros comer hombre blanco. Hombre blanco muerto bueno. ¡Hombre blanco vivo malo!

Esto no complació a Rob en absoluto. La idea de ser comido por salvajes nunca se le había ocurrido como secuela de sus aventuras. Así que dijo con bastante ansiedad al jefe:

—Mira, viejo amigo; ¿quieres morir?

—Yo no morir. Tú morir —fue la respuesta.

—Tú morirás también, si me comes —dijo Rob—. Estoy lleno de veneno.

—¿Veneno? No saber veneno —respondió el jefe, muy perplejo por entenderlo.

—Bueno, el veneno te enfermará... te pondrá terriblemente enfermo. Entonces morirás. Estoy lleno de eso; lo como todos los días para desayunar. No hace daño a los hombres blancos, verás, pero mata a los hombres negros más rápido que el palo de fuego.

El jefe escuchó esta declaración cuidadosamente, pero solo la entendió en parte. Después de un momento de reflexión declaró:

—Hombre blanco mentir. Mentir todo el tiempo. Yo comer mucho hombre blanco. Nunca enfermar; nunca morir. —Luego añadió, con renovada alegría—: ¡Yo comerte a ti también!

Antes de que Rob pudiera pensar en una protesta adicional, sus captores agarraron el extremo de la cuerda y lo llevaron a través del bosque. Estaba atado fuertemente, y un hilo de cuerda corría a través de la máquina en su muñeca y la presionaba contra su carne hasta que el dolor era severo. Pero resolvió ser valiente, sucediera lo que sucediera, así que tropezó tras los salvajes sin decir una palabra.

Después de un breve viaje llegaron a una aldea, donde Rob fue empujado dentro de una choza de matorrales y arrojado al suelo, todavía atado fuertemente.

—Nosotros encender fuego —dijo el jefe—. Luego matar pequeño hombre blanco. Luego comerlo.

Con esta reconfortante promesa se fue y dejó a Rob solo para pensar en el asunto.

—Esto es duro —reflexionó el muchacho, con un gemido—. Nunca esperé alimentar a caníbales. Desearía estar en casa con mamá y papá y las chicas. Desearía no haber visto nunca al Demonio de la Electricidad y sus maravillosos inventos. Era bastante feliz antes de tocar esa horrible Llave Maestra. Y ahora seré comido... con sal y pimienta, probablemente. Me pregunto si habrá salsa. Quizás me hiervan, con galletas, como hace mamá con los pollos. ¡Oh-h-h-h-h! ¡Es simplemente horrible!

En medio de estos pensamientos deprimentes se dio cuenta de que algo le lastimaba la espalda. Después de rodar descubrió que había estado acostado sobre una piedra afilada que sobresalía de la tierra. Esto le dio una idea. Rodó sobre la piedra de nuevo y comenzó a frotar la cuerda que lo ataba contra el borde afilado.

Afuera podía oír el crujido de los fagots y el rugido de un fuego recién encendido, así que sabía que no tenía tiempo que perder. Se retorció y empujó su cuerpo a derecha e izquierda, a derecha e izquierda, aserrando la cuerda, hasta que la tensión y el esfuerzo hicieron brotar la transpiración de cada poro.

Finalmente la cuerda se partió, y desenrollándola apresuradamente de su cuerpo Rob se puso de pie y frotó sus músculos entumecidos e intentó recuperar el aliento perdido. No se había liberado un momento demasiado pronto, descubrió, pues al oír un gruñido de sorpresa detrás de él se dio la vuelta y vio a un nativo de pie en la puerta de la choza.

Rob rio, pues ya no tenía ni pizca de miedo a los negros. Cuando el nativo se abalanzó hacia él, el muchacho sacó el tubo eléctrico de su bolsillo, lo apuntó al enemigo y presionó el botón. El tipo se hundió en la tierra sin siquiera un gemido, y se quedó quieto.

Entonces entró otro negro, seguido por el jefe gordo. Cuando vieron a Rob en libertad, y a su camarada yaciendo aparentemente muerto, el

jefe gritó sorprendido, usando algunas palabras expresivas en su propio idioma.

—Si te da lo mismo, viejo amigo —dijo Rob, fríamente—, hoy no seré comido. Puedes hacer un pastel con ese tipo en el suelo.

—¡No! Nosotros comerte —gritó el jefe, enojado—. Tú cortar cuerda, pero no escapar; ¡no barco!

—No necesito un barco, gracias —dijo el muchacho; y luego, mientras el otro nativo saltaba hacia adelante, apuntó el tubo y lo tendió junto a su primera víctima.

Ante este acto, el jefe permaneció un instante en asombrada incertidumbre. Luego se dio la vuelta y salió corriendo de la choza.

Riendo divertido ante la figura gorda y patosa, Rob siguió al jefe y se encontró de pie casi en el centro de la aldea nativa. Un gran fuego ardía alegremente y los negros estaban ocupados haciendo preparativos para un gran festín.

Rob fue rodeado rápidamente por una multitud de aldeanos, que parlotearon ferozmente e hicieron movimientos amenazadores en su dirección; pero cuando el jefe les gritó una advertencia en la lengua nativa, mantuvieron una distancia respetuosa y se contentaron con blandir sus lanzas y garrotes.

—Si alguno de tus compañeros se acerca más —dijo Rob al jefe gordo—, los derribaré.

—¿Qué hacer tú? —preguntó el jefe, nerviosamente.

—Observa bien, y verás —respondió Rob. Luego hizo una reverencia burlona al círculo y continuó—: Estoy encantado de haberos conocido, y orgulloso de pensar que os gusto lo suficiente como para querer comerme; pero tengo un poco de prisa hoy, así que no puedo quedarme para ser digerido. —Tras lo cual, mientras la multitud estallaba en un zumbido de sorpresa, añadió—: ¡Buenos días, gente negra! —y rápidamente giró el indicador de su máquina de viaje hacia la palabra «arriba».

Lentamente se elevó en el aire, hasta que sus talones estuvieron justo por encima de los negros boquiabiertos; pero allí se detuvo en

seco. Con un escalofrío de miedo miró el indicador. Estaba apuntado correctamente, y supo de inmediato que algo andaba mal con el delicado mecanismo que lo controlaba. Probablemente la presión de la cuerda sobre su esfera, cuando estuvo atado, lo había estropeado. Allí estaba, a siete pies en el aire, pero sin el poder de elevarse ni una pulgada más.

Este corto vuelo, sin embargo, había asombrado grandemente a los negros, quienes, viendo su cuerpo suspendido en el aire, lo aclamaron inmediatamente como un dios, y se postraron en el suelo ante él.

El jefe gordo había visto algo de los hombres blancos en su juventud, y había aprendido a desconfiar de ellos. Así que, mientras permanecía tan postrado como el resto, espió a Rob con uno de sus pequeños ojos negros y vio que el muchacho estaba inquieto, y parecía tanto molesto como asustado.

Así que murmuró algunas órdenes al hombre a su lado, quien se arrastró por el suelo hasta haber alcanzado una posición detrás de Rob, momento en que se levantó y pinchó al «dios» suspendido con la punta de su lanza.

—¡Ay! —gritó el muchacho—; ¡para eso!

Torció la cabeza, y al ver al negro hacer de nuevo un movimiento con la lanza, Rob volvió su tubo eléctrico hacia él y lo derribó como a un bolo.

Los nativos, que habían mirado hacia arriba ante su grito de dolor, se postraron de nuevo, golpeando sus dedos de los pies contra el suelo en un repiqueteo aterrorizado ante esta nueva evidencia de los poderes del dios.

La situación se estaba volviendo algo tensa para entonces, y Rob no sabía qué decidirían hacer los salvajes a continuación; así que pensó que lo mejor era alejarse de ellos, ya que era incapaz de elevarse a mayor altura. Giró el indicador hacia el sur, donde aparecía un espacio nivelado entre los árboles; pero en lugar de tomar esa dirección se movió hacia el noreste, una prueba de que su máquina se había vuelto ahora absolutamente poco fiable. Además, se acercaba lentamente al

fuego, que, aunque había dejado de arder, era una masa de ascuas rojas brillantes.

En su emoción giró el indicador hacia este lado y hacia aquel, tratando de cambiar la dirección de su vuelo, pero el único resultado de su esfuerzo fue llevarlo directamente sobre el fuego, donde se detuvo por completo.

—¡Asesinato! ¡Ayuda! ¡Fuego y llamas! —gritó, al sentir el resplandor de las brasas bajo él—. ¡Seré asado, después de todo! ¡Aquí; ayuda, Gordito, ayuda!

El jefe gordo se puso de pie y vino al rescate. Se estiró, agarró a Rob por los talones y tiró de él hacia el suelo, lejos del fuego. Pero al momento siguiente, mientras se aferraba a los pies del muchacho, ambos se elevaron en el aire de nuevo, y, aunque ahora lo suficientemente lejos del fuego para escapar de su calor, el salvaje, encontrándose levantado de la tierra, profirió un grito de horror y soltó a Rob, para caer de cabeza al suelo.

Los otros negros habían recuperado sus pies para entonces, y ahora se agolpaban alrededor de su jefe y lo ponían de pie de nuevo.

Rob continuó flotando en el aire, justo por encima de sus cabezas, y ahora abandonó todo pensamiento de escapar por medio de su máquina de viaje averiada. Pero resolvió recuperar un punto de apoyo en la tierra y probar sus posibilidades de escape corriendo en lugar de volando. Así que giró el indicador a la palabra «abajo», y muy lentamente obedeció, permitiéndole, para su gran alivio, hundirse suavemente hasta el suelo.

6. Los Bucaneros

Una vez más los negros formaron un círculo alrededor de nuestro aventurero, quien fríamente sacó su tubo y le dijo al jefe:

—Dile a tu gente que voy a alejarme caminando a través de esos árboles, y si alguien se atreve a interferir conmigo, lo paralizaré.

El jefe entendió suficiente inglés para captar su significado, y repitió el mensaje a sus hombres. Habiendo visto el terrible efecto del tubo eléctrico, retrocedieron sabiamente y permitieron que el muchacho pasara.

Marchó a través de sus líneas con un gran aire de dignidad, aunque temía que alguno de los negros le clavara una lanza o le golpeara la cabeza con un garrote de guerra. Pero estaban intimidados por las maravillas que habían visto y seguían inclinados a creer que era un dios, así que no fue molestado.

Cuando se encontró fuera de la aldea se dirigió a la alta meseta en el centro de la isla, donde podría estar a salvo de los caníbales mientras ordenaba sus pensamientos. Pero cuando llegó al lugar encontró los lados tan empinados que no podía escalarlos, así que ajustó el indicador a la palabra «arriba» y descubrió que todavía tenía suficiente poder para sostener su cuerpo mientras trepaba por las rocas hasta el nivel cubierto de hierba en la cima.

Entonces, recostándose sobre su espalda, se entregó a pensar en cómo podría escapar de su desagradable situación.

«Aquí estoy, en una isla de caníbales, a cientos de millas de la civilización, sin forma de volver —reflexionó—. La familia me buscará todos los días, y finalmente decidirán que me he roto el cuello. El Demonio me llamará cuando se cumpla la semana y no me encontrará en casa; así que me perderé los siguientes tres regalos. Eso no me importa tanto, ya que podrían meterme en peores líos que este. Pero, ¿cómo voy a salir de esta bestial isla? ¡Seré comido, después de todo, si no tengo cuidado!»

Estos y pensamientos similares lo ocuparon durante algún tiempo, pero a pesar de mucho planear y pensar no pudo encontrar ningún medio práctico de escape.

Al cabo de una hora miró por el borde de la meseta y la encontró rodeada por un anillo de caníbales negros, que se habían sentado tranquilamente a observar sus movimientos.

«Quizás pretenden matarme de hambre hasta que me rinda —pensó —; pero no tendrán éxito mientras me duren las tabletas. Y si, con el tiempo, me mataran de hambre, estaría demasiado delgado y duro para ser una buena comida; así que les ganaré la partida de todos modos».

Luego se volvió a acostar y comenzó a examinar su máquina de viaje eléctrica. No se atrevía a desmontarla, temiendo no poder volver a armarla, pues no sabía nada en absoluto sobre su construcción. Pero descubrió dos pequeñas abolladuras en el borde, una a cada lado, que evidentemente habían sido causadas por la presión de la cuerda.

«Si pudiera sacar esas abolladuras —pensó—, la máquina podría funcionar».

Primero intentó hacer palanca en los bordes con su navaja de bolsillo, pero el intento resultó en fracaso. Luego, como los lados parecían un poco abultados hacia afuera por las abolladuras, colocó la máquina entre dos piedras planas y las presionó juntas hasta que el pequeño instrumento estuvo casi redondo de nuevo. Las abolladuras permanecieron, sin duda, pero esperaba haber eliminado la presión sobre el mecanismo.

Solo había una manera de descubrir qué tal éxito había tenido, así que se ató la máquina a la muñeca y giró el indicador a la palabra «arriba».

Lentamente ascendió, esta vez a una altura de casi veinte pies. Entonces su progreso se hizo más lento y finalmente cesó por completo.

—Eso está un poco mejor —pensó—. Ahora veamos si va de lado.

Puso el indicador en «noroeste» —la dirección de casa— y muy lentamente la máquina obedeció y lo llevó lejos de la meseta y a través de la isla.

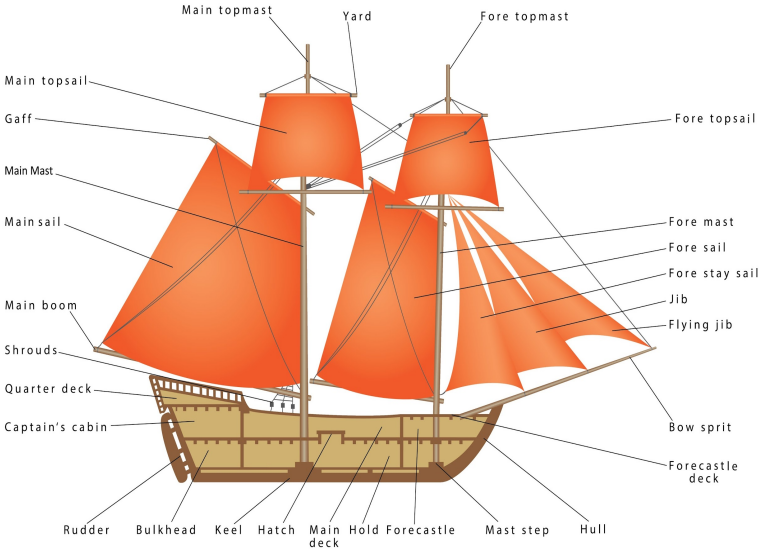
Los nativos lo vieron irse, y poniéndose de pie de un salto comenzaron a proferir gritos excitados y a lanzarle sus lanzas. Pero él ya estaba tan alto y tan lejos que no lograron alcanzarlo, y el muchacho continuó su viaje ileso.

Una vez las ramas de un árbol alto lo atraparon y casi lo volcaron; pero logró escapar de otras encogiendo los pies. Por fin estuvo libre de la isla y viajando sobre el océano de nuevo. No sentía en absoluto pena por despedirse de la isla de los caníbales, pero estaba preocupado por la máquina, que claramente no estaba en buen orden de funcionamiento. El vasto océano estaba debajo de él, y no se movía más rápido que un paso ordinario.

—A este ritmo llegaré a casa en algún momento del próximo año —refunfuñó—. Sin embargo, supongo que debería alegrarme de que la máquina funcione en absoluto. —Y realmente estaba contento.

Toda la tarde y toda la larga noche de verano se movió lentamente sobre el agua. Era molesto ir a un «trote cochinero regular», como lo llamaba Rob, después de su anterior vuelo veloz; pero no había remedio.

Justo cuando amanecía vio a lo lejos una pequeña embarcación, navegando en la dirección que él seguía, aunque apenas se movía por falta de viento. Pronto la alcanzó, pero no vio a nadie en cubierta, y la nave tenía una apariencia sucia y descuidada que no era tranquilizadora.



Shutterstock

Pero después de planear sobre ella durante algún tiempo, Rob decidió abordar el barco y descansar un rato. Aterrizó cerca de la proa, donde la cubierta era más alta, y estaba a punto de explorar el lugar cuando un hombre salió de la cabina baja y lo divisó.

Esta persona tenía un semblante de lo más villano, y era de piel oscura, barba negra y estaba vestido con un traje estrafalario y pirata. Al ver al muchacho dio un fuerte grito e inmediatamente se le unieron cuatro compañeros, cada uno tan desagradable en apariencia como el primero.

Rob supo que habría problemas en el momento en que miró a esta tripulación malvada, y cuando sacaron sus dagas y pistolas y comenzaron a gritar ferozmente en una lengua desconocida, el muchacho suspiró y tomó el tubo eléctrico del bolsillo de su abrigo.

Los bucaneros no notaron el movimiento, pero se abalanzaron sobre él tan rápido que tuvo que presionar el botón a un ritmo vivo. El tubo no hacía ruido alguno, así que fue una vista extraña y notable ver a los piratas caer repentinamente a la cubierta y yacer inmóviles. De hecho, uno estaba tan cerca de él cuando la corriente eléctrica lo golpeó que su cabeza, al caer, chocó contra el estómago de Rob y lo envió tambaleándose contra el costado de la embarcación.

Se recuperó rápidamente, y viendo que sus enemigos estaban inofensivos, el muchacho entró en la cabina y la examinó con curiosidad. Estaba lo suficientemente sucia y maloliente, pero los rincones y las literas libres estaban amontonados con mercancías de todo tipo que habían sido tomadas de aquellos tan desafortunados como para haber encontrado a estos hombres crueles y desesperados.

Después de una breve inspección del lugar regresó a la cubierta y se sentó de nuevo en la proa.

La condición averiada de su máquina de viaje era ahora su principal problema, y aunque había surgido una buena brisa para llenar las velas y la pequeña barca avanzaba bastante bien, Rob sabía que nunca podría esperar llegar a casa a menos que pudiera descubrir un mejor modo de transporte que este.

Se desató la máquina de la muñeca para examinarla mejor, y mientras la sostenía descuidadamente en su mano se resbaló y cayó con un golpe a la cubierta, golpeando sobre su borde redondo y rodando rápidamente más allá de la cabina y fuera de la vista. Con un grito de alarma corrió tras ella, y después de mucha búsqueda la encontró yaciendo contra la amurada cerca del borde de un imbornal, donde la menor sacudida del barco la habría enviado al fondo del océano. Rob agarró apresuradamente su tesoro y al examinarlo encontró que la caída había abultado el borde de modo que las viejas abolladuras apenas se mostraban. Pero su forma original estaba más distorsionada que nunca, y Rob temía haber arruinado completamente su delicado mecanismo. Si esto resultaba ser cierto, podría considerarse ahora un prisionero de esta banda pirata, cuyos miembros, aunque temporalmente incapacitados, pronto recobrarían la conciencia.

Se sentó en la proa, pensando tristemente en sus desgracias, hasta que notó que uno de los hombres comenzaba a moverse. El efecto del choque eléctrico transmitido por el tubo estaba comenzando a desaparecer, y ahora el bucanero se sentó, se frotó la cabeza de manera desconcertada y miró a su alrededor. Cuando vio a Rob dio un grito de rabia y sacó su cuchillo, pero un movimiento del tubo eléctrico le hizo encogerse y escabullirse a la cabina, donde permaneció fuera de peligro.

Y ahora los otros cuatro se sentaron, gimiendo y murmurando en su habla estrafalaria; pero no tenían noción de enfrentarse al tubo de Rob por segunda vez, así que uno por uno se unieron a su líder en la cabina, dejando al muchacho sin ser molestado.

Para este momento el barco había comenzado a cabecear y sacudirse de una manera incómoda, y Rob notó que la brisa había aumentado a un vendaval. Al no haber nadie para ocuparse de las velas, la embarcación estaba en grave peligro de zozobrar o romper sus mástiles. Las olas ahora estaban subiendo mucho, también, y Rob comenzó a preocuparse.

En ese momento el capitán de los piratas asomó la cabeza por la puerta de la cabina, farfulló algunas palabras ininteligibles y señaló las velas. El muchacho asintió, pues entendió que querían atender el

aparejo. Así que la tripulación salió en tropel, con bastante miedo, y comenzó a rizar las velas y a poner el barco en condiciones para capear la tormenta.

Rob no les prestó más atención. Miró su máquina de viaje con bastante duda y se preguntó si se atrevería a arriesgar su poder para llevarlo a través del aire. Ya fuera que permaneciera en el barco o confiara en la máquina, tenía una buena oportunidad de caer al mar en cualquier momento. Así que, mientras vacilaba, se ató la máquina a la muñeca y se inclinó sobre las amuradas para observar el progreso de la tormenta. Podría quedarse en el barco hasta que se fuera a pique, pensó, y luego probar suerte con la máquina. Decidió esperar hasta que llegara un clímax.

El clímax llegó al momento siguiente, pues mientras se inclinaba sobre las amuradas los bucaneros se acercaron sigilosamente detrás de él y de repente lo agarraron con fuerza. Mientras dos de ellos sostenían sus brazos, los otros registraron sus bolsillos, quitándole el tubo eléctrico y la caja de plata que contenía sus tabletas. Estos los llevaron a la cabina y los arrojaron sobre el montón de otros objetos de valor que habían robado. Sin embargo, no notaron su máquina de viaje, pero viéndolo ahora desarmado comenzaron a burlarse y reírse de él, mientras el brutal capitán aliviaba su ira dando al prisionero varias patadas maliciosas.

Rob soportó su desgracia mansamente, aunque estaba casi listo para llorar de pena y decepción. Pero cuando uno de los piratas, para infligir más castigo al muchacho, se acercó a él con una correa pesada, resolvió no esperar el golpe.

Girando el indicador a la palabra «arriba» encontró, para su alegría y alivio, que todavía obedecería la influencia del poder de repulsión. Al verlo elevarse en el aire, el tipo hizo un agarrón a su pie y lo sostuvo firmemente, mientras sus compañeros corrían a ayudarle. El peso no parecía hacer diferencia en la máquina; levantó al pirata tan bien como a Rob; levantó a otro que se aferró a la pierna del primer hombre, y a otro que se aferró a él. Los otros dos también se agarraron, esperando que su fuerza unida lo tirara hacia abajo, y al minuto siguiente Rob

estaba volando por el aire con la cadena entera de cinco bucaneros colgando de su pierna izquierda.

Al principio los villanos estaban demasiado asombrados para hablar, pero al darse cuenta de que estaban siendo llevados a través del aire y lejos de su barco estallaron en fuertes gritos de consternación, y finalmente el que agarraba la pierna de Rob perdió su sujeción y los cinco se precipitaron hacia abajo y chapotearon en el mar.

Encontrando la máquina dispuesta a trabajar con precisión, Rob dejó a los bucaneros nadar hacia el barco de la mejor manera que pudieran, mientras descendía a la cubierta de nuevo y recuperaba de la cabina su caja de tabletas y el tubo eléctrico. Los tipos estaban trepando a bordo cuando escapó de nuevo, disparándose en el aire con considerable velocidad.

De hecho, el instrumento ahora funcionaba mejor que en cualquier momento desde que había llegado a la isla de los caníbales, y el muchacho estaba enormemente encantado.

El viento al principio lo envió girando hacia el sur, pero continuó subiendo hasta que estuvo por encima de las corrientes de aire, y la tormenta rugía muy por debajo de él. Entonces puso el indicador al noroeste y esperó sin aliento a ver si obedecía. ¡Hurra! Se alejó a una buena velocidad, mientras toda su ansiedad cambiaba a un sentimiento de dulce satisfacción.

Su éxito lo había sorprendido enormemente, pero concluyó que la sacudida causada por la caída del instrumento había aliviado la presión sobre el mecanismo, y así ayudado en lugar de dañar la acción libre de las corrientes eléctricas.

Mientras se movía a través del aire con un movimiento fácil y deslizante observaba con mucho interés la tormenta que rugía abajo. Sobre su cabeza el sol brillaba pacíficamente y el contraste era extraño e impresionante. Después de una hora más o menos la tormenta amainó, o bien él se alejó de ella, pues el azul profundo del océano saludó de nuevo sus ojos. Descendió hasta estar a unos cien pies sobre el agua, momento en que continuó su curso noroeste.

Pero ahora lamentó haber interferido por un momento con la acción de la máquina, pues su progreso, en lugar de ser veloz como el vuelo de un pájaro, se volvió lento y a sacudidas, y tampoco estaba seguro de que la máquina dañada no pudiera averiarse por completo en cualquier momento. Sin embargo, hasta ahora su progreso era en la dirección correcta, y resolvió no experimentar más con el instrumento, sino dejarlo ir como quisiera, siempre y cuando lo sostuviera sobre el agua. Por irregular que pudiera ser el movimiento, era seguro, si continuaba, llevarlo a tierra con el tiempo, y eso era todo lo que le importaba en ese momento.

Cuando cayó la noche su sueño fue interrumpido e inquieto, pues se despertó más de una vez con un sobresalto de miedo de que la máquina se hubiera roto y estuviera cayendo al mar. A veces era llevado a un ritmo veloz, y de nuevo la máquina apenas funcionaba en absoluto; así que su ansiedad era excusable.

El día siguiente fue uno de continua inquietud para el muchacho, quien comenzó a ser acosado por dudas sobre si, después de todo, se estaba moviendo en la dirección correcta. La máquina había fallado en un momento en este respecto y podría hacerlo de nuevo. Había perdido toda confianza en su precisión.

A pesar de estas perplejidades, Rob pasó la segunda noche de su vuelo irregular en un sueño profundo, estando agotado por la tensión y la emoción que había sufrido. Cuando despertó al amanecer, vio, para su profundo deleite, que se acercaba a tierra.

El sol naciente lo encontró pasando sobre una gran ciudad, que él sabía que era Boston.

No se detuvo. La máquina era tan poco confiable que no se atrevió a hacer ninguna parada. Pero se vio obligado a alterar la dirección de noroeste a oeste, y el resultado de este ligero cambio fue una reducción tan grande en la velocidad que era mediodía antes de que viera debajo de él el pueblo familiar en el que vivía.

Marcando cuidadosamente la ubicación de la casa de su padre, se detuvo directamente sobre ella, y unos momentos después logró aterrizar en el lugar exacto en el patio trasero desde donde había emprendido su primer vuelo exitoso.

7. El Demonio se enfada

Cuando Rob hubo sido abrazado y besado por su madre y hermanas, e incluso el Sr. Joslyn lo hubo abrazado calurosamente, les dio un breve relato de sus aventuras. La historia fue recibida con muchas miradas dudosas y mucho movimiento grave de cabezas, como era bastante natural bajo las circunstancias.

—Espero, mi querido hijo —dijo el padre—, que ya hayas pasado por suficientes peligros para que te duren toda la vida, de modo que en adelante te contentes con permanecer en casa.

—¡Oh, Robert! —gritó su madre, con lágrimas en sus ojos amorosos —, ¡no sabes cuánto nos hemos preocupado todos por ti durante la última semana!

—¿Una semana? —preguntó Rob, con sorpresa.

—Sí; mañana por la mañana hace una semana desde que volaste por el aire y desapareciste.

—Entonces —dijo el muchacho, pensativo—, he llegado a casa justo a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —preguntó ella.

Pero él no respondió a esa pregunta. Estaba pensando en el Demonio, y en que esa misma tarde podría esperar que el sabio y espléndido genio lo visitara por segunda vez.

En el almuerzo, aunque no sentía hambre, se unió a la familia en la mesa y complació a su madre comiendo tan abundantemente como antaño. Se sorprendió al encontrar lo bien que sabía la comida, y al darse cuenta del placer que es gratificar el sentido del gusto. Las tabletas estaban bien para un viaje, pensó, pero si siempre las comía

seguramente se perdería una gran cantidad de disfrute, ya que no tenían sabor alguno.

A las cuatro en punto fue a su taller y abrió la puerta. Todo estaba exactamente como lo había dejado, y miró sus sencillos dispositivos eléctricos con cierta diversión. Parecían sosos al lado de las maravillas ahora en su posesión; sin embargo, recordó que sus numerosos cables le habían permitido tocar la Llave Maestra, y por lo tanto no debían ser despreciados.

No mucho después notó una aceleración en el aire, como si de repente estuviera sobrecargado de fluido eléctrico, y al instante siguiente, en un deslumbrante destello de luz, apareció el Demonio.

—¡Estoy aquí! —anunció.

—Yo también —respondió Rob—. Pero en un momento realmente pensé que nunca te volvería a ver. He estado...

—Ahórrame tu historia —dijo el Demonio, fríamente—. Estoy al tanto de tus aventuras.

—¡Oh, lo estás! —dijo Rob, asombrado—. Entonces sabes...

—Sé todo sobre tus tontas experiencias —interrumpió el Demonio—, pues he estado contigo constantemente, aunque permanecí invisible.

—Entonces sabes qué momento tan divertido he pasado —respondió el muchacho—. Pero ¿por qué las llamas experiencias tontas?

—¡Porque fueron abominablemente tontas! —replicó el Demonio, con amargura—. Te confié regalos de raro interés científico, dispositivos eléctricos de tal utilidad que su adopción general por la humanidad crearía una nueva era en la vida terrestre. Esperaba que tu uso de estos dispositivos transmitiera tales indicios a los ingenieros eléctricos que rápidamente comprenderían su mecanismo y serían capaces de reproducirlos en cantidades suficientes para abastecer al mundo. ¿Y cómo tratas estos maravillosos regalos? ¡Vaya, los llevas a una isla de caníbales, donde ni siquiera vuestra cruda civilización ha penetrado todavía!

—Quería asombrar a los nativos —dijo Rob, sonriendo.

El Demonio profirió una exclamación de ira, y pateó el suelo tan ferozmente que miles de chispas eléctricas llenaron el aire, para desaparecer rápidamente con un sonido sibilante y crepitante.

—Podrías haber asombrado a esos nativos ignorantes igual de fácil mostrándoles una luz eléctrica ordinaria —gritó, burlonamente—. El poder de tus regalos habría sobresaltado a los electricistas más avanzados del mundo. ¿Por qué los desperdiciaste en bárbaros?

—Realmente —balbuceó Rob, quien estaba asustado e intimidado por la ira vehemente del Demonio—, nunca tuve la intención de visitar una isla de caníbales. Quería ir a Cuba.

—¡Cuba! ¿Es ese un centro de pensamiento científico avanzado? ¿Por qué no llevaste tus maravillas a Nueva York o Chicago; o, si deseabas cruzar el océano, a París o Viena?

—Nunca pensé en esos lugares —reconoció Rob, mansamente.

—Entonces fuiste tonto, como dije —declaró el Demonio, en un tono más calmado—. ¿No puedes darte cuenta de que es mejor ser considerado grande por los pensadores inteligentes de la tierra, que ser tomado por un dios por estúpidos caníbales?

—Oh, sí, por supuesto —dijo Rob—. Deseo ahora haber ido a Europa. Pero no eres el único que tiene una queja —continuó—. Tu endeble máquina de viaje fue casi mi muerte.

—Ah, es cierto —reconoció el Demonio, francamente—. La caja estaba hecha de material demasiado ligero. Cuando el borde se dobló presionó contra el mecanismo e impidió la acción adecuada de las corrientes. Si hubieras ido a un país civilizado tal accidente no podría haber ocurrido; pero para evitar posibles problemas en el futuro he preparado un nuevo instrumento, que tiene una caja más fuerte, el cual cambiaré por el que tienes ahora.

—Eso es muy amable de tu parte —dijo Rob, entregando ansiosamente su máquina abollada al Demonio y recibiendo la nueva a cambio—. ¿Estás seguro de que esta funcionará?

—Es imposible que la dañes —respondió el otro.

—¿Y qué hay de los siguientes tres regalos? —preguntó el muchacho, ansiosamente.

—Antes de que te los conceda —respondió el Demonio—, debes darme una promesa de mantenerte alejado de lugares incivilizados y de exhibir tus adquisiciones solo entre gente de inteligencia.

—De acuerdo —aceptó el muchacho—; no estoy ansioso por visitar esa isla de nuevo, ni ningún otro país incivilizado.

—Entonces añadiré a tus posesiones tres regalos, cada uno más precioso e importante que los tres que ya has recibido.

Ante este anuncio Rob comenzó a temblar de emoción, y se sentó mirando ansiosamente al Demonio, mientras este aumentaba de estatura y chispeaba y brillaba más brillantemente que nunca.

---

8. Rob adquiere nuevos poderes

—He visto la locura de enviarte al mundo con un instrumento ofensivo, pero sin método de defensa —reanudó el Demonio, en ese momento—. Has derribado a bastantes personas con ese tubo durante la última semana.

—Lo sé —dijo Rob—; pero no pude evitarlo. Era la única forma que tenía de protegerme.

—Por lo tanto, mi siguiente regalo será esta Prenda de Protección. Debes usarla debajo de tu ropa. Tiene el poder de acumular y ejercer fuerza eléctrica repelente. Quizás no sepas lo que eso significa, así que te lo explicaré más detalladamente. Cuando cualquier proyectil, como una bala, espada o lanza, se acerca a tu persona, su carrera a través del aire despertará la fuerza repelente de la que hablo, y esta fuerza, siendo más poderosa que la fuerza proyectiva, detendrá el vuelo del proyectil y lo lanzará hacia atrás. Por lo tanto, nada puede tocar tu

persona que venga con algún grado de fuerza o rapidez, y estarás a salvo de todas las armas ordinarias. Al usar esta Prenda encontrarás innecesario usar el tubo eléctrico excepto en raras ocasiones. Nunca permitas que la venganza o la animosidad influyan en tu conducta. Los hombres pueden amenazar, pero no pueden herirte, así que debes recordar que no poseen tus poderosas ventajas, y que, debido a tu fuerza, debes soportarlos pacientemente.

Rob examinó la prenda con mucha curiosidad. Brillaba como la plata, pero era suave y flexible como la lana de cordero. Evidentemente el Demonio la había preparado especialmente para su uso, pues era justo de la talla de Rob.

—Ahora —continuó el Demonio, más gravemente—, nos acercamos al tema de un dispositivo eléctrico tan verdaderamente maravilloso que incluso yo me asombro cuando contemplo la precisión y perfección de las leyes naturales que lo guían y le permiten ejercer sus funciones. La humanidad aún no ha concebido nada parecido, pues se requiere un conocimiento completo del poder eléctrico para entender incluso sus posibilidades.

El Ser hizo una pausa, y sacó de un bolsillo interior algo que se parecía a una caja de metal plana. En tamaño era de unas cuatro pulgadas por seis, y casi una pulgada de grosor.

—¿Qué es? —preguntó Rob, maravillado.

—Es un Registro Automático de Sucesos —respondió el Demonio.

—No entiendo —dijo Rob, con vacilación.

—Te explicaré su uso —respondió el Demonio—, aunque las fuerzas eléctricas que lo operan y las corrientes vibratorias que son los verdaderos registros deben permanecer desconocidas para ti hasta que tu cerebro haya dominado el conocimiento superior de la electricidad. Por el momento, el lado práctico de este invento será más interesante para ti que una revisión de su construcción científica.

»Supón que deseas conocer los principales sucesos que están ocurriendo en Alemania en este momento. Primero giras esta pequeña rueda en el costado hasta que la palabra «Alemania» aparezca en la ranura en el extremo pequeño. Luego abres la cubierta superior, que

tiene bisagras, y esos sucesos pasajeros en los que estás interesado aparecerán ante tus ojos.

El Demonio, mientras hablaba, abrió la cubierta y, mirando dentro, el muchacho vio, como en un espejo, una imagen en movimiento ante él. Un regimiento de soldados marchaba por las calles de Berlín, y a su cabeza cabalgaba un cuerpo de jinetes, en medio del cual estaba el propio Emperador. La gente que abarrotaba las aceras vitoreaba y agitaba sus sombreros y pañuelos con entusiasmo, mientras una banda de músicos tocaba una melodía alemana, que Rob podía escuchar distintamente.

Mientras miraba, hechizado, la escena cambió, y contempló un gran buque de guerra entrando en un puerto con gallardetes al viento. Las barandillas estaban alineadas con oficiales y hombres forzando la vista para tener la primera visión de su amada «VATERLAND» después de un largo crucero extranjero, y un vítore resonante, como de mil gargantas, llegó débilmente al oído de Rob.

De nuevo la escena cambió, y dentro de una habitación lúgubre y subterránea, rodeada de muros de piedra, y tenuemente iluminada por una lámpara parpadeante, un grupo de hombres de ojos salvajes y desesperados estaban haciendo un juramento para asesinar al Emperador y derrocar su gobierno.

—¿Anarquistas? —preguntó Rob, temblando de emoción.

—¡Anarquistas! —respondió el Demonio, con una leve mueca de desprecio, y cerró la cubierta del Registro con un chasquido repentino.

—¡Es maravilloso! —gritó el muchacho, con un suspiro que fue seguido por un ligero escalofrío.

—El Registro es, de hecho, prueba en sí mismo de las maravillosas posibilidades de la electricidad. Los hombres están ahora obligados a depender de los periódicos para obtener información; pero estos solo pueden relatar sucesos mucho después de que hayan ocurrido. Y las declaraciones de los periódicos son a menudo poco fiables y a veces totalmente falsas, mientras que muchos eventos de real importancia nunca se imprimen en sus columnas. Puedes adivinar qué mejora es este Registro Automático de Sucesos, que es tan fiable como la Verdad

misma. Nada puede ser alterado o falsificado, pues las corrientes vibratorias transmiten los eventos reales a tu visión, tal como suceden.

—Pero supongamos —dijo Rob— que algo importante ocurriera mientras estoy dormido, o no estoy mirando la caja.

—He llamado a esto un Registro —respondió el Demonio—, y tal es realmente, aunque te he mostrado solo aquellos eventos que están en proceso de ser registrados. Presionando este resorte puedes abrir la cubierta opuesta de la caja, donde todos los eventos de importancia que han ocurrido en todo el mundo durante las veinticuatro horas anteriores aparecerán ante ti en sucesión. Así puedes estudiarlos a tu antojo. Las diversas escenas constituyen un registro de la historia del mundo, y pueden ser recuperadas para verlas tan a menudo como desees.

—Es... es como saberlo todo —murmuró Rob, profundamente impresionado quizás por primera vez en su vida.

—ES saberlo todo —respondió el Demonio—; y este poderoso regalo he decidido confiarlo a tu cuidado. Ten mucho cuidado con a quién permites contemplar estas imágenes de eventos pasajeros, pues el conocimiento a menudo puede causar gran miseria a la raza humana.

—Tendré cuidado —prometió el muchacho, mientras tomaba la caja reverentemente en sus propias manos.

—El tercer y último regalo de la presente serie —reanudó el Demonio — es uno no menos curioso que el Registro de Sucesos, aunque tiene un valor enteramente diferente. Es un Marcador de Carácter.

—¿Qué es eso? —preguntó Rob.

—Te explicaré. Quizás sepas que tus semejantes son más o menos hipócritas. Es decir, intentan parecer buenos cuando no lo son, y sabios cuando en realidad son tontos. Te dicen que son amistosos cuando positivamente te odian, e intentan hacerte creer que son amables cuando sus naturalezas son crueles. Esta hipocresía parece ser un defecto humano. Uno de vuestros escritores ha dicho, con verdad, que entre la gente civilizada las cosas rara vez son lo que parecen.

—He oído eso —comentó Rob.

—Por otro lado —continuó el Demonio—, algunas personas con semblantes feroces son amables por naturaleza, y muchos que parecen ser malvados son en realidad honorables y dignos de confianza. Por lo tanto, para que puedas juzgar a todos tus semejantes verdaderamente, y saber de quién depender, te doy el Marcador de Carácter. Consiste en este par de gafas. Mientras las uses, cada uno que encuentres estará marcado en la frente con una letra indicando su carácter. Los buenos llevarán la letra «G» [Good], los malvados la letra «E» [Evil]. Los sabios estarán marcados con una «W» [Wise] y los tontos con una «F» [Foolish]. Los amables mostrarán una «K» [Kind] en sus frentes y los crueles una letra «C» [Cruel]. Así puedes determinar con una sola mirada las verdaderas naturalezas de todos aquellos que encuentres.

—¿Y son estas, también, eléctricas en su construcción? —preguntó el muchacho, mientras tomaba las gafas.

—Ciertamente. La bondad, la sabiduría y la amabilidad son fuerzas naturales, creando carácter. Por esta razón los hombres no siempre son culpables por el mal carácter, ya que lo adquieren inconscientemente. Todo carácter envía ciertas vibraciones eléctricas, que estas gafas concentran en sus lentes y exhiben a la mirada de su portador, como he explicado.

—Es una buena idea —dijo el muchacho—; ¿quién la descubrió?

—Es un hecho que siempre ha existido, pero se utiliza ahora por primera vez.

—¡Oh! —dijo Rob.

—Con estos regalos, y los que adquiriste hace una semana, estás ahora equipado para asombrar al mundo y despertar a la humanidad a una comprensión de las maravillas que pueden lograrse mediante fuerzas naturales. Procura emplear estos poderes sabiamente, en interés de la ciencia, y no olvides tu promesa de exhibir tus maravillas eléctricas solo a aquellos que sean más capaces de comprenderlas.

—Lo recordaré —dijo Rob.

—Entonces adiós hasta dentro de una semana a partir de hoy, cuando me reuniré contigo aquí a esta hora y te otorgaré los últimos tres regalos que tienes derecho a recibir. ¡Adiós!

—¡Adiós! —repitió Rob, y en un magnífico destello de color el Demonio desapareció, dejando al muchacho solo en la habitación con sus nuevas y maravillosas posesiones.

---

9. El segundo viaje

Para este momento habrán obtenido una idea bastante justa del carácter de Rob. Él es, en verdad, un muchacho estadounidense típico, poseyendo una inteligencia media aún no regulada por el volante de inercia de la experiencia. Los misterios de la electricidad eran tan atractivos para su naturaleza ansiosa que había dedicado un tiempo considerable y algún estudio a la experimentación eléctrica; pero su estudio era del tipo superficial que busca dominar solo aquellos detalles que puedan requerirse en el momento. Además, estaba lleno de imprudencia e irresponsabilidad infantil y por lo tanto difícil de impresionar con la dignidad de la ciencia y la gravedad de la existencia humana. La vida, para él, era un gran teatro donde se veía a sí mismo como el actor más interesante, si no el más importante, y así disfrutaba de la obra con entusiasmo ilimitado.

Aparte del accidente extraordinario que había forzado al Demonio Eléctrico a entrar en esta vida, Rob puede considerarse uno de esos jovencitos que posiblemente podrían desarrollarse hacia una virilidad brillante o entrar en una existencia ordinaria y monótona, según determinara el Destino. Justo en este momento no tenía ningún pensamiento más allá de la hora presente, ni se molestaría intentando mirar hacia adelante o planear para el futuro.

Sin embargo, la importancia de sus posesiones eléctricas y el severo mandato del Demonio de usarlas sabiamente habían vuelto al muchacho más reflexivo que en cualquier momento anterior durante su

breve vida, y se volvió tan preocupado en la mesa de la cena que su padre y su madre lanzaron muchas miradas ansiosas en su dirección.

Por supuesto, Rob estaba ansioso por probar sus poderes recién adquiridos, y decidió no perder tiempo en comenzar otro viaje. Pero no dijo nada a nadie de la familia al respecto, temiendo encontrarse con oposición.

Pasó la noche en la sala de estar, en compañía de su padre, su madre y sus hermanas, e incluso controló su impaciencia hasta el punto de jugar una partida de carambola con Nell; pero se puso tan nervioso e impaciente al final que su hermana abandonó el juego disgustada y lo dejó a su propia diversión.

En un momento pensó en ponerse las gafas eléctricas y ver cuál podría ser el carácter real de cada miembro de su familia; pero un miedo repentino se apoderó de él de que pudiera lamentar el acto para siempre después. Eran sus amigos más cercanos y queridos en la tierra, y en su corazón de niño los amaba a todos y creía en su bondad y sinceridad. La posibilidad de encontrar una marca de mal carácter en cualquiera de sus rostros familiares le hizo estremecerse, y decidió allí mismo nunca usar las gafas para ver el rostro de un amigo o pariente. Si alguien, en ese momento, hubiera estado mirando a Rob a través de las lentes del maravilloso Marcador de Carácter, estoy seguro de que se habría encontrado una gran «W» [de Wise, sabio] en la frente del muchacho.

Cuando el círculo familiar se rompió, y todos se retiraron a pasar la noche, Rob besó a sus padres y hermanas con afecto real antes de ir a su propia habitación. Pero, al llegar a su acogedor y pequeño cuarto, en lugar de prepararse para la cama, Rob se vistió con la Prenda de Repulsión. Luego cubrió la brillante Prenda con su mejor traje de verano, que la ocultaba eficazmente.

Ahora miró alrededor para ver qué más debía llevar, y pensó en un paraguas, un impermeable, un libro o dos para leer durante el viaje, y varias cosas más; pero terminó dejando todo atrás.

—No puedo ir cargado con tantos trastos —decidió—; y voy a países civilizados, esta vez, donde puedo conseguir cualquier cosa que necesite.

Sin embargo, para prevenir una recurrencia del error que había cometido anteriormente, arrancó un mapa del mundo y un mapa de Europa de su geografía, y, doblándolos, los colocó en su bolsillo. También tomó una pequeña brújula que una vez había sido un dije de reloj, y, finalmente, el contenido de un pequeño banco de hierro que se abría con una cerradura de combinación. Esto representaba todos sus ahorros, ascendiendo a dos dólares y diecisiete centavos en monedas de diez, cinco y un centavo.

—No es una fortuna —pensó, mientras lo contaba—, pero no necesité dinero en el último viaje, así que quizás me las arregle de alguna manera. No me gusta pedirle más a papá, porque podría hacer preguntas e intentar mantenerme en casa.

Para cuando hubo terminado sus preparativos y guardado todas sus pertenencias eléctricas en sus diversos bolsillos, era casi medianoche y la casa estaba tranquila. Así que Rob bajó las escaleras sigilosamente en calcetines y abrió sin ruido la puerta trasera.

Era una hermosa noche de julio y, además de la luz de la luna llena, el cielo estaba lleno del resplandor de incontables miles de estrellas brillantes.

Después de que Rob se hubo puesto los zapatos desplegó el mapa, que era claramente visible a la luz de las estrellas, y marcó la dirección que debía tomar para cruzar el Atlántico y llegar a Londres, su primera parada. Luego consultó su brújula, puso el indicador de su máquina de viaje en la palabra «arriba», y salió disparado velozmente hacia el aire. Cuando hubo alcanzado una altura suficiente colocó el indicador en un punto al norte del este y, con un vuelo constante y notablemente veloz, comenzó su viaje.

—Ahí va —comentó, con una sensación de exaltación—, ¡por otra semana de aventuras! Me pregunto qué pasará entre ahora y el próximo sábado.

10. Cómo Rob sirvió a un rey poderoso

La nueva máquina de viaje era una clara mejora sobre la vieja, pues llevó a Rob con maravillosa velocidad a través del ancho Atlántico.

Se quedó dormido poco después de empezar, y solo despertó cuando el sol estaba alto en los cielos. Pero se encontró girando a buen ritmo, con el brillo verdoso de las pacíficas olas del océano extendidas debajo de él mucho más allá de su rango de visión.

Estando en la ruta de los vapores oceánicos no pasó mucho tiempo antes de que se encontrara adelantando a una magnífica embarcación cuyas cubiertas estaban abarrotadas de pasajeros. Bajó cierta distancia, para permitirse ver a esta gente más claramente, y mientras planeaba cerca podía escuchar las exclamaciones excitadas de los pasajeros, que enfocaban docenas de anteojos marinos sobre su forma flotante. Esta inspección lo avergonzó un poco, y no teniendo intención de ser mirado fijamente puso velocidad adicional y pronto dejó el vapor muy atrás.

Alrededor del mediodía el cielo se nubló, y Rob temió que se acercara una tormenta de lluvia. Así que se elevó a un punto considerablemente más allá de las nubes, donde el aire era delgado pero notablemente agradable de inhalar y los rayos del sol no eran tan calientes como cuando se reflejaban en la superficie del agua.

Podía ver las nubes oscuras rodando debajo de él como volúmenes de humo de una chimenea de fábrica, y sabía que la tierra estaba recibiendo un severo aguacero; sin embargo, se felicitó por su previsión al no ir cargado con paraguas o impermeable, ya que su elevada posición lo hacía seguro de las nubes de lluvia.

Pero, habiéndose aislado de la tierra, no quedaba nada que ver excepto el cielo claro arriba y las nubes revoltosas abajo; así que sacó de su bolsillo el Registro Automático de Sucesos, y observó con interés sin aliento los incidentes que ocurrían en diferentes partes del mundo. Una gran batalla se estaba librando en las Filipinas, y tan ferozmente se disputaba que Rob observó su progreso durante horas, con atención

absorta. Finalmente, una valiente recuperación de los estadounidenses envió a sus enemigos a la cubierta de los bosques, donde se dispersaron en todas direcciones, solo para formarse de nuevo en un valle profundo oculto por altas colinas.

—Si tan solo estuviera allí —pensó Rob—, podría mostrarle a ese capitán dónde encontrar a los rebeldes y capturarlos. Pero supongo que las Filipinas están bastante fuera de mi camino, así que nuestros soldados nunca sabrán lo cerca que están de una victoria completa.

El muchacho también encontró considerable diversión observando el curso de una insurrección en Venezuela, donde ejércitos opuestos de hombres bien armados preferían fanfarronear y amenazar en lugar de llegar a las manos.

Durante la noche descubrió que un «evento importante» era la producción de una nueva obra de Madame Bernhardt, y Rob la siguió de principio a fin con gran disfrute, aunque se sintió un poco culpable por no haber comprado una entrada.

—Pero es una casa llena, de todos modos —reflexionó—, y no estoy ocupando un asiento reservado ni impidiendo que nadie más vea el espectáculo. Así que, ¿dónde está el daño? Sin embargo, me parece que si estos Registros llegan a ser comunes, como desea el Demonio, la gente se quedará en casa y verá los espectáculos, y los pobres actores morirán de hambre.

El pensamiento lo inquietó, y comenzó, por primera vez, a albergar una duda sobre la sabiduría del Demonio al forzar tales dispositivos sobre la humanidad.

Las nubes ya se habían disipado y la luna enviaba sus rayos para convertir los bordes de las olas en lluvias brillantes de joyas.

Rob cerró la tapa del maravilloso Registro de Sucesos y pronto cayó en un sueño profundo que lo mantuvo inconsciente durante muchas horas.

Cuando despertó dio un sobresalto de sorpresa, pues debajo de él había tierra. Cuánto tiempo hacía que había dejado el océano atrás no podía adivinarlo, pero su primer pensamiento fue poner el indicador de

la máquina de viaje a cero y planear sobre el país hasta que pudiera determinar dónde estaba.

Esto no era asunto fácil. Veía campos verdes, lagos, arboledas y aldeas; pero estos podrían existir en cualquier país. Estando todavía a una gran elevación descendió gradualmente hasta estar a unos veinte pies de la superficie de la tierra, donde se detuvo cerca del borde de una pequeña aldea.

De inmediato se reunió una multitud de gente excitada, gritándose unos a otros y señalando hacia él con asombro. Para estar preparado para emergencias Rob había sacado el tubo eléctrico de su bolsillo, y ahora, mientras examinaba la vestimenta y facciones de la gente abajo, el tubo se deslizó repentinamente de su agarre y cayó al suelo, donde un extremo se clavó inclinadamenente en la tierra blanda.

Un hombre corrió ansiosamente hacia él, pero al momento siguiente levantó las manos y cayó de espaldas, inconsciente. Otros que corrieron a ayudar a su camarada caído rápidamente se derrumbaron en un montón a su lado.

Era evidente para Rob que el tubo había caído en tal posición que el botón estaba siendo presionado continuamente y una corriente de fluido eléctrico salía para dar una descarga a quien se acercara. No deseando herir a estas personas bajó al suelo y sacó el tubo de la tierra, liberando así la presión sobre el botón.

Pero los aldeanos habían decidido ahora que el muchacho era su enemigo, y no bien hubo tocado el suelo que una lluvia de piedras y palos llovió sobre él. Ninguno alcanzó su cuerpo, sin embargo, pues la Prenda de Repulsión detuvo su vuelo y los devolvió para repiquetear con más o menos fuerza contra aquellos que los habían lanzado —«como bumeranes regulares», pensó Rob.

Recibir sus propios golpes de esta manera pareció tanto a magia para la gente sencilla que con rugidos de miedo y dolor huyeron en todas direcciones.

—No tiene caso parar aquí —comentó Rob, con pesar—, pues he estropeado mi bienvenida con este accidente. Creo que esta gente es

irlandesa, por su aspecto y habla, así que debo estar en algún lugar de la Isla Esmeralda.

Consultó su mapa y decidió la dirección general que debía tomar para llegar a Inglaterra, tras lo cual se elevó de nuevo en el aire y en poco tiempo estaba pasando sobre el canal hacia las costas de Inglaterra.

O su mapa o su brújula o sus cálculos resultaron erróneos, pues era pleno mediodía antes de que, habiendo cambiado su dirección media docena de veces, llegara a la gran ciudad de Londres. Vio de un vistazo que nunca serviría dejarse caer en las calles abarrotadas, a menos que quisiera convertirse en objeto de curiosidad pública; así que buscó un lugar adecuado para aterrizar.

Cerca había una iglesia monstruosa que enviaba un agudo campanario lejos en el aire. Rob examinó esta aguja y vio una estrecha abertura en la mampostería que conducía a una pequeña habitación donde colgaba un carillón de campanas. Se arrastró a través de la abertura y, encontrando una escalera que conectaba el campanario con una plataforma abajo, comenzó a descender.

Había tres escaleras de mano, y luego un tramo sinuoso de escaleras estrechas y desvencijadas que pasar antes de que Rob finalmente llegara a una pequeña habitación en el cuerpo de la iglesia. Esta habitación resultó tener dos puertas, una conectando con el auditorio y la otra dando a una calle lateral. Ambas estaban cerradas con llave, pero Rob apuntó el tubo eléctrico a la puerta exterior y rompió la cerradura en un instante. Luego caminó hacia la calle tan compuesto como si hubiera vivido toda su vida en Londres.

Había montones de vistas que ver, pueden estar seguros, y Rob caminó hasta que estuvo tan cansado que se alegró de descansar en uno de los bancos en un hermoso parque. Aquí, medio oculto por los árboles, se entretuvo mirando el Registro de Sucesos.

—Londres es una gran ciudad, sin duda —se dijo a sí mismo—; pero veamos qué están haciendo los británicos en Sudáfrica hoy.

Giró el cilindro a «Sudáfrica», y, abriendo la tapa, de inmediato se interesó. Una columna inglesa, comandada por un oficial valiente pero

obstinado, estaba rodeada por las fuerzas bóer y luchando desesperadamente para evitar la captura o la aniquilación.

—Esto sería interesante para el Rey Eduardo —pensó el muchacho—. Supongo que lo buscaré y le contaré sobre ello.

A unos pasos había un policía. Rob se le acercó y preguntó:

—¿Dónde está el rey hoy?

El oficial lo miró con mezcla de sorpresa y sospecha.

—Su Majestad está residiendo en Marlb'ro 'Ouse, justo ahora —fue la respuesta—. Quizás quiere hacerle una visita —continuó, con altivo sarcasmo.

—Eso es, exactamente —dijo Rob—. Soy estadounidense, y pensé que mientras estaba en Londres me dejaría caer donde Su Alteza Real y decirle «hola».

El oficial se rio entre dientes, como si estuviera muy divertido.

—Los 'mericanos son condenadamente verdes —comentó—, así que puede pasar por 'mericano, sin duda. Ningún otro visitante es tan maldito tonto. Pero ahí está el palacio, y supongo que su Majestad le dará una cálida recepción.

—Gracias; lo buscaré —dijo el muchacho, y dejó al oficial convulsionado de risa.

Pronto supo por qué. El palacio estaba rodeado por un cordón de la propia guardia de corps del rey, que no admitía a nadie salvo a aquellos que presentaran credenciales adecuadas.

—Solo hay una cosa que hacer —pensó Rob—, y es entrar directamente, ya que no tengo amigos para darme una introducción regular.

Así que avanzó audazmente hacia la puerta, donde se encontró detenido por carabinas cruzadas y un grito de «¡Alto!».

—Disculpen —dijo Rob—; tengo prisa.

Apartó las carabinas y siguió marchando. Los soldados hicieron estocadas hacia él con sus armas, y un oficial arremetió contra su

pecho con una espada brillante, pero la Prenda de Repulsión lo protegió de estos peligros así como de una lluvia de balas que siguió a su figura que avanzaba.

Llegó a la entrada del palacio solo para enfrentar otro grupo de guardias y una segunda orden de alto, y como estos soldados tenían más de seis pies de altura y estaban hombro con hombro, Rob vio que no podía esperar pasarlos sin usar su tubo eléctrico.

—¡Apartaos, vosotros! —ordenó.

No hubo respuesta. Extendió el tubo y, al presionar el botón, describió un semicírculo con el instrumento. Inmediatamente los altos guardias se derrumbaron como tantos bolos, y Rob pasó sobre sus cuerpos y penetró en la sala de recepción, donde una brillante concurrencia esperaba, en grupos silenciosos y ansiosos, la oportunidad de obtener audiencia con el rey.

—Espero que su Majestad no esté ocupado —dijo Rob a un oficial de rostro solemne que lo confrontó—. Quiero tener una pequeña charla con él.

—Yo... yo... ¡ah, pido perdón! —exclamó el asombrado maestro de ceremonias—. ¿Qué nombre, por favor?

—Oh, no importa mi nombre —respondió Rob, y empujando al caballero a un lado entró en la cámara de audiencia del gran rey.

El Rey Eduardo estaba ocupado en una seria consulta con uno de sus ministros, y después de una mirada de sorpresa en dirección a Rob y una reverencia grave no prestó más atención al intruso.

Pero Rob no iba a ser desconcertado ahora.

—Su Majestad —interrumpió—, tengo noticias importantes para usted. Una gran pelea está teniendo lugar en Sudáfrica y sus soldados probablemente serán hechos picadillo.

El ministro avanzó hacia el muchacho con enojo.

—¡Explique esta intrusión! —gritó.

—He explicado. Los bóers están teniendo una matanza regular. ¡Tenga! Eche un vistazo usted mismo.

Sacó el Registro de su bolsillo, y ante el movimiento el ministro retrocedió como si sospechara que era una máquina infernal y podría volarle la cabeza; pero el rey se acercó tranquilamente al lado del muchacho y miró dentro de la caja cuando Rob abrió la tapa.

Al comprender la completa maravilla del fenómeno que estaba observando, Eduardo profirió un grito bajo de asombro, pero a partir de entonces miró silenciosamente la feroz batalla que aún rugía lejos en el *veld* africano. No mucho después su ojo agudo reconoció a las tropas comprometidas y se dio cuenta de su peligro inminente.

—¡Serán totalmente aniquilados! —jadeó—. ¿Qué haremos?

—Oh, no podemos hacer nada justo ahora —respondió Rob—. Pero es curioso observar cuán valientemente luchan los pobres tipos por sus vidas.

El ministro, que para entonces también estaba mirando dentro de la caja, gimió en voz alta, y luego los tres olvidaron su entorno en la tragedia que estaban contemplando.

Rodeados por números vastamente superiores, los ingleses resistían tranquila y obstinadamente cada pulgada de avance y vendían sus vidas tan caro como era posible. Su líder cayó atravesado por cien balas, y el rey, que lo conocía desde la infancia, se pasó la mano por los ojos como para cerrar la horrible vista. Pero la fascinación de la batalla lo forzó a mirar de nuevo, y al momento siguiente gritó en voz alta:

—¡Miren allí! ¡Miren allí!

Sobre el borde de una línea de colinas aparecieron los cascos de una fila de soldados ingleses. Llegaron a la cima, seguidos por fila tras fila, hasta que la ladera estuvo viva con ellos. Y entonces, con un vítore resonante que llegó como un eco débil a los oídos de los tres observadores, rompieron a correr y se lanzaron adelante al rescate de sus valientes camaradas. Los bóers vacilaron, retrocedieron, y al momento siguiente huyeron precipitadamente, mientras los exhaustos supervivientes de la valiente banda caían sollozando en los brazos de sus rescatadores.

Rob cerró la tapa del Registro con un chasquido repentino que traicionó su profundo sentimiento, y el rey fingió toser detrás de su

pañuelo y se secó furtivamente los ojos.

—No fue tan malo, después de todo —comentó el muchacho, con alegría fingida—; pero pareció muy delicado para sus hombres en un momento.

El Rey Eduardo miró al muchacho con curiosidad, recordando su entrada abrupta y el maravilloso dispositivo que había exhibido.

—¿Cómo llamas a eso? —preguntó, señalando el Registro con un dedo que temblaba ligeramente por la emoción.

—Es un nuevo invento eléctrico —respondió Rob, reemplazándolo en su bolsillo—, y tan construido que los eventos se reproducen en el momento exacto en que ocurren.

—¿Dónde puedo comprar uno? —exigió el rey, ansiosamente.

—No están a la venta —dijo Rob—. Este mío es el primero que ha ocurrido jamás.

—¡Oh!

—Realmente pienso —continuó el muchacho, asintiendo sabiamente —, que no estaría bien tener estos Registros esparcidos por ahí. Su uso daría a algunas personas una ventaja injusta sobre otras, ya sabe.

—Ciertamente.

—Solo le mostré esta batalla porque casualmente estaba en Londres en ese momento y pensé que estaría interesado.

—Fue muy amable de su parte —dijo Eduardo—; pero ¿cómo obtuvo admisión?

—Bueno, a decir verdad, me vi obligado a derribar a algunos de sus altos guardias de corps. Parecen pensar que usted es una buena cosa y necesita que lo cuiden, como mermelada en un armario.

El rey sonrió.

—Espero que no haya matado a mis guardias —dijo.

—Oh, no; se recuperarán bien.

—Es necesario —continuó Eduardo—, que los hombres públicos sean protegidos de la intrusión, no importa cuán democráticos puedan ser personalmente. Probablemente encontraría tan difícil acercarse al Presidente de los Estados Unidos como al Rey de Inglaterra.

—Oh, no me quejo —dijo Rob—. No fue mucho problema abrirse paso.

—Parece usted bastante joven para haber dominado secretos tan maravillosos de la Naturaleza —continuó el rey.

—Lo soy —respondió Rob, modestamente—; pero estas fuerzas naturales han existido realmente desde el comienzo del mundo, y alguien estaba seguro de descubrirlas con el tiempo. —Estaba citando al Demonio, aunque inconscientemente.

—Es usted estadounidense, supongo —dijo el ministro, acercándose a Rob y mirándolo a la cara.

—Acertó a la primera —respondió el muchacho, y sacando sus gafas Marcadoras de Carácter de su bolsillo, se las puso y miró al ministro a su vez.

Sobre la frente del hombre apareció la letra «E» [Evil - Malvado].

—Su Majestad —dijo Rob—, tengo aquí otro invento extraño. ¿Por favor usaría estas gafas por unos momentos?

El rey se las puso de inmediato.

—Se llaman Marcadores de Carácter —continuó el muchacho—, porque las lentes captan y concentran las vibraciones de carácter que irradian de cada individuo humano y reflejan el verdadero carácter de la persona sobre su frente. Si aparece una letra «G» [Good], puede estar seguro de que su disposición es buena; si su frente está marcada con una «E» [Evil] su carácter es malvado, y debe cuidarse de la traición.

El rey vio la «E» claramente marcada sobre la frente de su ministro, pero no dijo nada excepto «Gracias», y devolvió las gafas a Rob.

Pero el ministro, quien desde el principio había estado incómodo, ahora se puso positivamente enojado.

—¡No le crea, su Majestad! —gritó—. Es un truco, y destinado a engañarlo.

—No lo acusé —respondió el rey, severamente—. Luego añadió: —Deseo estar a solas con este joven caballero.

El ministro salió de la habitación con rostro ansioso y cabeza gacha.

—Ahora —dijo Rob—, revisemos el registro del día pasado y veamos si ese tipo ha estado tramando alguna travesura.

Giró el cilindro del Registro a «Inglaterra», y lentamente los eventos de las últimas veinticuatro horas se reprodujeron, uno tras otro, sobre la placa pulida.

No mucho después el rey profirió una exclamación. El Registro mostraba una pequeña habitación en la que estaban sentados tres caballeros ocupados en una conversación seria. Uno de ellos era el ministro acusado.

—Esos hombres —dijo el rey en voz baja, mientras señalaba a los otros dos—, son mis enemigos declarados. Esta es prueba de que sus maravillosas gafas indicaron el carácter de mi ministro con perfecta verdad. Le estoy agradecido por ponerme así en guardia, pues he confiado en el hombre plenamente.

—Oh, ni lo mencione —respondió el muchacho, ligeramente—; me alegra haberle sido de servicio. Pero es hora de que me vaya.

—Espero que me favorezca con otra entrevista —dijo el rey—, pues estoy muy interesado en sus inventos eléctricos. Daré instrucciones a mis guardias para que lo admitan en cualquier momento, así no se verá obligado a abrirse paso peleando.

—Está bien. Pero realmente no importa —respondió Rob—. No es ninguna molestia en absoluto derribarlos.

Luego recordó sus modales e hizo una reverencia baja ante el rey, quien le pareció «un buen tipo y ni un poco engreído». Y luego salió calmadamente del palacio.

La gente en la sala exterior lo miró con asombro y el oficial de la guardia saludó al muchacho respetuosamente. Pero Rob solo sonrió de

manera divertida mientras marchaba pasando ante ellos con las manos metidas profundamente en los bolsillos de sus pantalones y su sombrero de paja inclinado alegremente sobre la parte posterior de su cabeza.

---

11. El hombre de ciencia

Rob pasó el resto del día vagando por Londres y divirtiéndose observando las formas peculiares de la gente. Cuando oscureció tanto que no había peligro de ser observado, se elevó por el aire hacia la estrecha ranura en la torre de la iglesia y se acostó en el suelo de la pequeña habitación, con las campanas colgando a su alrededor, para pasar la noche.

Se estaba quedando dormido cuando un estruendo y alboroto tremendo casi lo ensordecieron, e hicieron temblar toda la torre. Era el carillón de medianoche.

Rob se tapó los oídos con fuerza, y cuando las vibraciones se hubieron extinguido descendió por la escalera a una plataforma inferior. Pero incluso aquí el siguiente carillón horario hizo zumbar sus oídos, y siguió descendiendo de plataforma en plataforma hasta que la última mitad de una noche inquieta se pasó en la pequeña habitación al pie de la torre.

Cuando, al amanecer, el muchacho se sentó y se frotó los ojos, dijo, con cansancio:

—Las iglesias están bien como iglesias; pero como hoteles son fracasos rotundos. Debería haberme alojado con mi amigo, el Rey Eduardo.

Subió las escaleras y las escalas de nuevo y miró por la pequeña ventana en el campanario. Luego examinó su mapa de Europa.

—Creo que me daré una vuelta por París —pensó—. Debo estar en casa de nuevo para el sábado, para encontrarme con el Demonio, así que tendré que hacer que cada día cuente.

Sin esperar el desayuno, ya que había comido una tableta la noche anterior, se arrastró a través de la ventana y subió al aire fresco de la mañana hasta que la gran ciudad con su amplia vía fluvial se extendió debajo de él. Luego se alejó hacia el sureste y, cruzando el canal, pasó entre Amiens y Ruan y llegó a París antes de las diez en punto.

Cerca de las afueras de la ciudad apareció una torre alta, sobre cuyo techo plano un hombre estaba ocupado ajustando un telescopio. Al ver a Rob, que pasaba a no gran distancia de esta torre, el hombre gritó:

—¡*Approchez*! ¡*Venez ici*!

Luego agitó las manos frenéticamente en el aire, y casi bailó de emoción. Así que el muchacho rio y descendió al techo donde, de pie junto al francés, cuyos ojos estaban realmente saliéndose de sus órbitas, preguntó, fríamente:

—Bueno, ¿qué quiere?

El otro se quedó sin habla por un momento. Era un hombre alto y delgado, con una cabeza calva pero una barba espesa y gris hierro, y sus ojos negros chispeaban brillantemente detrás de un par de gafas con montura de oro. Después de mirar atentamente al muchacho por un tiempo dijo, en inglés chapurreado:

—Pero, *M'sieur*, ¿cómo puede volar sin la... la máquina? He experimentado yo mismo con algún dirigible; pero usted... ¡ahí no hay nada para hacer ir!

Rob adivinó que aquí estaba su oportunidad de hacer un favor al Demonio explicando sus dispositivos eléctricos a este nuevo conocido, que era evidentemente un hombre de ciencia.

—Aquí está el secreto, Profesor —dijo, y extendiendo su muñeca mostró la máquina de viaje y explicó, tan bien como pudo, las fuerzas que la operaban.

El francés, como pueden suponer, estaba enormemente asombrado, y para mostrar cuán perfectamente funcionaba la máquina Rob giró el

indicador y se elevó una corta distancia sobre la torre, dando vueltas alrededor de ella antes de reunirse con el profesor en el techo. Luego mostró sus tabletas de comida, explicando cómo cada una estaba almacenada con suficiente alimento para un día entero.

El científico jadeó positivamente buscando aliento, tan poderosa era la emoción que experimentaba al presenciar estas maravillas.

—¡Es maravilloso... grandioso... *magnifique*! —exclamó.

—Pero aquí hay algo de aún mayor interés —continuó Rob, y tomando el Registro Automático de Sucesos de su bolsillo permitió al profesor ver las escenas notables que se estaban representando en todo el mundo civilizado.

El francés estaba temblando violentamente ahora, e imploró a Rob que le dijera dónde podría obtener máquinas eléctricas similares.

—No puedo hacer eso —respondió el muchacho, decididamente—; pero, habiendo visto estas, puede ser capaz de descubrir su construcción por usted mismo. Ahora que sabe que tales cosas son posibles y prácticas, el indicio debería ser suficiente para permitir a un electricista astuto preparar duplicados de ellas.

El científico lo miró con evidente decepción, y Rob continuó:

—Estas no son todas las maravillas que puedo exhibir. Aquí hay otro dispositivo eléctrico que es, quizás, el más notable de cualquiera que poseo.

Sacó las gafas de Marcado de Carácter de su bolsillo y se las ajustó a los ojos. Luego dio un silbido de sorpresa y le dio la espalda a su nuevo amigo. Había visto sobre la frente del francés las letras «E» [Evil - Malvado] y «C» [Cruel].

—¡Supongo que he dado con el tipo equivocado de científico, después de todo! —murmuró, en un tono disgustado.

Su compañero fue rápido en probar la precisión del Marcador de Carácter. Viendo la espalda del muchacho vuelta, agarró una larga barra de hierro que se usaba para operar el telescopio, y golpeó a Rob tan ferozmente que si no hubiera llevado la Prenda de Protección su cráneo habría sido aplastado por el golpe. Tal como fue, la barra rebotó

con una fuerza que envió al francés asesino desparramado sobre el techo, y Rob se dio la vuelta y se rio de él.

—No funcionará, Profesor —dijo—. Soy a prueba de asesinos. Quizás tenía una idea de que cuando me hubiera matado podría robarme mis valiosas posesiones; ¡pero no serían ni una pizca de utilidad para un sinvergüenza como usted, se lo aseguro! Buenos días.

Antes de que el sorprendido y desconcertado científico pudiera recomponerse lo suficiente para responder, el muchacho estaba volando muy por encima de su cabeza y buscando un lugar conveniente para aterrizar, para poder investigar los encantos de esta famosa ciudad de París.

Era de hecho un lugar hermoso, con muchos edificios majestuosos bordeando los sombreados bulevares. Tan abarrotadas estaban las calles que Rob sabía bien que pronto sería el centro de una multitud curiosa si aterrizaba sobre ellas. Ya algunos observadores del cielo habían notado al muchacho moviéndose alto en el aire, sobre sus cabezas, y uno o dos grupos estaban señalándolo con el dedo.

Pausando finalmente sobre la imponente estructura del Hotel Anglais, Rob notó en uno de los pisos superiores una ventana abierta, ante la cual había un pequeño balcón de hierro. Aterrizando sobre este procedió a entrar, sin vacilación, por la ventana abierta. Escuchó un chillido y un grito de «¡*AU VOLEUR*!» y alcanzó a ver la figura de una mujer mientras se precipitaba en una habitación contigua, cerrando y bloqueando la puerta tras de sí.

—No sé si la culpo —observó Rob, con una sonrisa ante el pánico que había creado—. Supongo que me toma por un ladrón, y piensa que he trepado por el pararrayos.

Pronto encontró la puerta que conducía al pasillo y bajó varios tramos de escaleras hasta que llegó a la oficina del hotel.

—¿Cuánto cobran al día? —preguntó, dirigiéndose a un caballero gordo y de aspecto pomposo detrás del mostrador.

El hombre lo miró de manera sorprendida, pues no había oído al muchacho entrar en la habitación. Pero dijo algo en francés a un

camarero que pasaba, y este último se acercó a Rob e hizo una reverencia baja.

—Hablo el inglés muy bien —dijo—. ¿Qué deseo tiene?

—¿Cuáles son sus tarifas por día? —preguntó el muchacho.

—Diez francos, *M'sieur*.

—¿Cuántos dólares es eso?

—¿Dólar americano?

—Sí; dinero de los Estados Unidos.

—¡Ah, *OUI*! Son dos dólares, *M'sieur*.

—Está bien; puedo quedarme alrededor de un día antes de irme a la quiebra. Deme una habitación.

—*CERTAINEMENT, M'sieur*. ¿Tiene el equipaje?

—No; pero pagaré por adelantado —dijo Rob, y comenzó a contar sus monedas de diez, cinco y un centavo, para asombro ilimitado del camarero, que parecía no haber visto nunca tales monedas antes.

Llevó el dinero al caballero gordo, que examinó las piezas con curiosidad, y hubo una larga conferencia entre ellos antes de que se decidiera aceptarlas en pago por una habitación por un día. Pero en esta temporada el hotel estaba casi vacío, y cuando Rob protestó que no tenía otro dinero el caballero gordo puso las monedas en su caja de efectivo con un suspiro resignado y el camarero mostró al muchacho una pequeña habitación en lo más alto del edificio.

Rob se lavó y cepilló el polvo de su ropa, tras lo cual se sentó y se entretuvo viendo las imágenes que se formaban constantemente sobre la placa pulida del Registro de Sucesos.

¡Hola! Soy un traductor literario profesional especializado en la traducción del inglés al castellano.

Confirmo que la obra *The Master Key* de L. Frank Baum, publicada originalmente en 1901, se encuentra en el dominio público. A continuación, presento la traducción de la segunda parte del texto,

manteniendo la fidelidad al estilo del autor y adaptando los diálogos a las convenciones tipográficas del castellano.

---

12. Cómo Rob salvó una República

Mientras seguía las escenas cambiantes del fascinante Registro, Rob notó un suceso que le hizo soltar un silbido bajo de asombro y dedicar varios momentos a pensar seriamente.

—Creo que ya es hora de que interfiera en la política de esta República —dijo, finalmente, mientras cerraba la tapa de la caja de metal y la guardaba en su bolsillo—. Si no intervengo, probablemente no habrá una República de Francia por mucho tiempo y, como buen estadounidense, prefiero una república a una monarquía.

Luego bajó las escaleras y encontró a su camarero que hablaba inglés.

—¿Dónde está el presidente Loubet? —preguntó.

—¡El Presidente! Ah, está con su mansión. Ha de estar en su residencia, *M'sieur*.

—¿Dónde está su residencia?

El camarero comenzó una serie de instrucciones volubles y explícitas que confundieron tanto al muchacho que exclamó:

—¡Oh, muy agradecido! —y se alejó disgustado.

Al llegar a la calle se acercó a un gendarme y repitió su pregunta, sin mejor resultado que antes, pues el tipo agitó los brazos salvajemente en todas direcciones y rugió una ráfaga de frases francesas incomprensibles que no transmitían ningún significado en absoluto.

—Si alguna vez vuelvo a viajar a países extranjeros —dijo Rob—, aprenderé su jerga de antemano. ¿Por qué el Demonio no inventa una máquina de conversación que hable todos los idiomas?

A fuerza de mucho preguntar, sin embargo, y después de caminar varias millas siguiendo direcciones ambiguas, logró llegar a la residencia del presidente Loubet. Pero allí le informaron cortésmente que el Presidente estaba muy ocupado en su jardín y no vería a nadie.

—Está bien —dijo el muchacho, con calma—. Si está en el jardín no tendré problemas para encontrarlo.

Entonces, para asombro de los franceses, Rob se disparó hacia el aire unos cincuenta pies, desde cuya elevación dominaba un bonito jardín en la parte trasera de la mansión del Presidente. El lugar estaba protegido de la intrusión ordinaria por altos muros, pero Rob descendió dentro del recinto y caminó hacia un hombre que escribía en una pequeña mesa colocada bajo las ramas extendidas de un gran árbol.

—¿Es usted el presidente Loubet? —inquirió, con una reverencia.

El caballero levantó la vista.

—Mis sirvientes tenían instrucciones de no permitir que nadie me molestara —dijo, hablando en un excelente inglés.

—No es culpa de ellos; volé por encima del muro —respondió Rob—. El hecho es —añadió apresuradamente, al notar el ceño fruncido del Presidente—, que he venido a salvar la República; y tampoco tengo mucho tiempo que perder con un puñado de franceses.

El Presidente pareció sorprendido.

—¡Su nombre! —exigió, bruscamente.

—¡Robert Billings Joslyn, Estados Unidos de América!

—¡Su asunto, *Monsieur* Joslyn!

Rob sacó el Registro de su bolsillo y lo colocó sobre la mesa.

—Esto, señor —dijo—, es un dispositivo eléctrico que registra todos los eventos importantes. Deseo llamar su atención sobre una escena representada en París ayer por la noche que puede tener un efecto sobre la historia futura de su país.

Abrió la tapa, colocó el Registro de modo que el Presidente pudiera ver claramente, y luego observó las expresiones cambiantes en el rostro del gran hombre; primero indiferencia, luego interés, al momento siguiente ansiedad y asombro.

—¡*MON DIEU*! —jadeó—; ¡los orleanistas!

Rob asintió.

—Sí; han elaborado una trama bastante bonita, ¿no es así?

El Presidente no respondió. Estaba observando ansiosamente el Registro y garabateando notas en un papel a su lado. Su rostro estaba pálido y sus labios apretados con fuerza.

Finalmente se recostó en su silla y preguntó:

—¿Puede reproducir esta escena de nuevo?

—Ciertamente, señor —respondió el muchacho—; tantas veces como guste.

—¿Permanecerá aquí mientras envío a buscar a mi ministro de policía? Requerirá solo un corto tiempo.

—Llámele, entonces. Yo también tengo algo de prisa, pero ahora que me he mezclado en esto, lo veré hasta el final.

El Presidente tocó una campana y dio una orden a su sirviente. Luego se volvió hacia Rob y dijo, maravillado:

—¡Es usted un niño!

—Eso es cierto, Sr. Presidente —fue la respuesta—; pero un niño estadounidense, debe recordar. Eso hace una gran diferencia, se lo aseguro.

El Presidente se inclinó gravemente.

—¿Es este su invento? —preguntó.

—No; difícilmente soy capaz de eso. Pero el inventor me ha hecho un regalo del Registro, y es el único en el mundo.

—Es una maravilla —comentó el Presidente, pensativo—. ¡Más! Es un verdadero milagro. Vivimos en una era de maravillas, mi joven amigo.

—Nadie lo sabe mejor que yo, señor —respondió Rob—. Pero, dígame, ¿puede confiar en su jefe de policía?

—Creo que sí —dijo el Presidente, lentamente—; sin embargo, dado que su invento me ha mostrado que muchos hombres que consideraba honestos están criminalmente implicados en este complot realista, casi no sé de quién depender.

—Entonces, por favor, use estas gafas durante su entrevista con el ministro de policía —dijo el muchacho—. No debe decir nada, mientras él esté con nosotros, sobre ciertas marcas que aparecerán en su frente; pero cuando se haya ido le explicaré esas marcas para que las entienda.

El Presidente se cubrió los ojos con las gafas.

—Vaya —exclamó—, veo sobre su propia frente las letras...

—¡Deténgase, señor! —interrumpió Rob, con un sonrojo—; no me importa saber cuáles son las letras, si le da lo mismo.

El Presidente pareció desconcertado por este discurso, pero afortunadamente el ministro de policía llegó justo entonces y, bajo la guía de Rob, el registro gráfico del complot orleanista se reprodujo ante los ojos sobresaltados del funcionario.

—Y ahora —dijo el muchacho—, veamos si algo de esta tontería está sucediendo justo en este momento.

Pasó al lado opuesto del Registro y permitió que el Presidente y su ministro de policía presenciaran la rápida sucesión de eventos tal como ocurrían.

De repente el ministro gritó: «¡Ajá!», y, señalando la figura de un hombre desembarcando de un barco inglés en Calais, dijo, excitado:

—¡Ese, su Excelencia, es el Duque de Orleans, disfrazado! Debo dejarle por un tiempo, para poder emitir algunas órdenes necesarias a mis hombres; pero esta noche pasaré a conferenciar con usted respecto al mejor modo de suprimir este terrible complot.

Cuando el funcionario hubo partido, el Presidente se quitó las gafas de los ojos y se las entregó a Rob.

—¿Qué vio? —preguntó el muchacho.

—Las letras «G» y «W».

—Entonces puede confiar en él plenamente —declaró Rob, y explicó la construcción del Marcador de Carácter al interesado y asombrado estadista.

—Y ahora debo irme —continuó—, pues mi estancia en su ciudad será corta y quiero ver todo lo que pueda.

El Presidente garabateó algo en una hoja de papel y firmó su nombre en ella, presentándola después, con una reverencia cortés, a su visitante.

—Esto le permitirá ir a donde quiera, mientras esté en París —dijo—. Lamento mi incapacidad para recompensarle adecuadamente por el gran servicio que ha prestado a mi país; pero tiene mi más sincera gratitud, y puede mandarme de cualquier manera.

—Oh, está bien —respondió Rob—. Pensé que era mi deber advertirle, y si está atento podrá desbaratar esta conspiración. Pero no quiero ninguna recompensa. Buenos días, señor.

Giró el indicador de su máquina de viaje e inmediatamente se elevó en el aire, seguido por una exclamación de sobresalto del Presidente de Francia.

Moviéndose tranquilamente sobre la ciudad, seleccionó una vía desierta para aterrizar, desde donde vagó sin ser observado hacia los hermosos bulevares. Estos estaban ahora brillantemente iluminados, y multitudes de buscadores de placer los abarrotaban por todas partes. Rob experimentó una decidida sensación de alivio al mezclarse con el alegre populacho y disfrutar de las vistas de la espléndida ciudad, pues le permitía olvidar, por un tiempo, las responsabilidades que le imponía la posesión de los maravillosos dispositivos eléctricos del Demonio.

13. Rob pierde sus tesoros

Nuestro joven aventurero había tenido la intención de pasar la noche en la pequeña cama de su hotel, pero la atmósfera de París resultó tan calurosa y desagradable que decidió que sería más agradable dormir mientras viajaba a través del aire más fresco que yacía muy por encima de la superficie de la tierra. Así que justo cuando los relojes daban la hora de medianoche Rob subió hacia el cielo y giró el indicador de la máquina de viaje hacia el este, con la intención de hacer de la ciudad de Viena su próxima parada.

Se había elevado a una distancia considerable, donde el aire era notablemente fresco y estimulante, y el alivio que experimentó de las calles cerradas y bochornosas de París fue de una naturaleza tan relajante que pronto se quedó profundamente dormido. Su día en la metrópoli había sido ajetreado, pues, como todos los chicos, se había olvidado de sí mismo en el deleite del turismo y había cansado sus músculos y agotado su fuerza en un grado inusual.

Eran alrededor de las tres de la mañana cuando Rob, moviéndose inquieto en su sueño, tocó accidentalmente con su mano derecha el indicador de la máquina que estaba sujeta a su muñeca izquierda, ajustándolo un par de puntos al sur del este. Él, por supuesto, no era consciente de la ligera alteración en su curso, que estaba destinada a resultar de grave importancia en el futuro cercano. Pues la fatiga del muchacho le indujo a dormir mucho más allá del amanecer, y durante este período de inconsciencia estuvo pasando sobre la faz de los países europeos y acercándose a los dominios sin ley y peligrosos de Oriente.

Cuando, por fin, abrió los ojos, se sintió desconcertado para determinar dónde estaba. Debajo de él se extendía una vasta llanura arenosa, y acelerando a través de ella llegó a una tierra que abundaba en exuberante vegetación.

La fuerza centrífuga que lo propulsaba estaba evidentemente, por alguna razón, muy acelerada, pues el paisaje del país que cruzaba se

deslizaba junto a él a una velocidad tan rápida que casi le cortaba la respiración.

—Me pregunto si habré pasado Viena por la noche —pensó—. No debería haberme llevado más de unas pocas horas llegar allí desde París.

Viena estaba en ese momento mil quinientas millas detrás de él; pero la geografía de Rob siempre había sido su piedra de tropiezo en la escuela, y no había aprendido a calibrar la velocidad de la máquina de viaje; así que estaba completamente desconcertado en cuanto a su paradero.

De repente, una aldea que tenía muchas agujas y minaretes extraños pasó zumbando junto a él como un relámpago. Rob se preocupó y resolvió reducir la velocidad ante la siguiente señal de habitación.

Esta fue una buena resolución, pero Turquestán está tan escasamente poblado que antes de que el muchacho pudiera planear un curso de acción había pasado la estéril cordillera de Tian Shan tan ágilmente como un acróbata salta una barra.

—¡Esto no servirá en absoluto! —exclamó, seriamente—. La máquina de viaje parece estar escapándose conmigo, y me estoy perdiendo un sinfín de vistas por ir disparado aquí arriba en las nubes.

Giró el indicador a cero, y se sintió aliviado al encontrar que obedecía con la rapidez habitual. En unos momentos había reducido la velocidad y se había detenido, cuando se encontró suspendido sobre otra extensión de llanura arenosa. Estando demasiado alto para ver la superficie de la llanura distintamente, descendió unos cientos de pies a un nivel más bajo, donde descubrió que estaba rodeado por olas de arena hasta donde alcanzaba su vista.

—Es un desierto, de acuerdo —fue su comentario—; tal vez el viejo Sahara en persona.

Puso en marcha la máquina de nuevo hacia el este, y a una velocidad más moderada se deslizó sobre la superficie del desierto. No mucho después notó una mancha oscura delante de él que resultó ser un gran cuerpo de hombres de aspecto feroz, montando dromedarios y caballos

esbeltos y briosos, y armados con largos rifles y cimitarras de forma curva.

—Esos tipos parecen estar buscando problemas —comentó el muchacho, mientras planeaba sobre ellos—, y no sería exactamente saludable para un enemigo interponerse en su camino. Pero no tengo tiempo para detenerme, así que no es probable que me mezcle en ningún alboroto con ellos.

Sin embargo, la caravana armada apenas se había perdido de vista cuando Rob descubrió que se acercaba a un rico y arbolado oasis del desierto, en medio del cual estaba construida la ciudad amurallada de Yarkand. No es que hubiera oído hablar nunca del lugar, o conociera su nombre; pues pocos europeos y solo un viajero estadounidense la habían visitado jamás. Pero adivinó que era una ciudad de cierta importancia por su tamaño y belleza, y resolvió hacer una parada allí.

Sobre los altos muros se proyectaban muchos minaretes blancos y esbeltos, indicando que los habitantes eran turcos o alguna raza de mahometanos; así que Rob decidió hacer investigaciones antes de confiarse a su compañía.

Un grupo de árboles altos con copas frondosas se alzaba a poca distancia fuera de los muros, y aquí el muchacho aterrizó y se sentó a descansar en la refrescante sombra.

La ciudad parecía tan callada y tranquila como si estuviera desierta, y ante él se extendía la vasta llanura de arenas blancas y calientes. Forzó la vista para captar un vistazo de la banda de guerreros que había pasado, pero se movían lentamente y aún no habían aparecido.

Los árboles que cobijaban a Rob eran los únicos fuera de la ciudad, aunque muchos arbustos bajos o matorrales crecían dispersos sobre el espacio entre él y los muros. Una puerta arqueada rompía el recinto a su izquierda, pero las puertas estaban cerradas herméticamente.

Algo en la quietud y el intenso calor del sol del mediodía adormeció al muchacho. Se estiró en el suelo bajo el denso follaje del árbol más grande y se abandonó a la languidez que se apoderaba de él.

—Esperaré hasta que llegue ese ejército del desierto —pensó, soñoliento—. O pertenecen a esta ciudad o han venido a capturarla, así

que podré saber mejor qué bailar cuando averigüe qué toca la banda.

Al momento siguiente estaba profundamente dormido, desparramado sobre su espalda en la sombra y durmiendo tan pacíficamente como un infante.

Y mientras yacía inmóvil tres hombres se dejaron caer en rápida sucesión desde la cima del muro de la ciudad y se escondieron entre los arbustos bajos, arrastrándose sin ruido de uno a otro y acercándose así, gradualmente, al pequeño grupo de árboles.

Eran turcos, y habían sido enviados por las autoridades dentro de la ciudad para trepar al árbol más alto del grupo y descubrir si el enemigo estaba cerca. Pues la conjetura de Rob había sido correcta, y la ciudad de Yarkand esperaba, con más o menos ansiedad, un asalto amenazado de sus enemigos hereditarios, los tártaros.

Los tres espías no eran menos amenazantes en apariencia que la horda de guerreros que Rob había pasado en el desierto. Sus rasgos eran toscos y atezados, y sus ojos tenían un brillo de lo más villano. Pistolas pasadas de moda y dagas de doble filo estaban clavadas en sus cinturones y su ropa, aunque de colores chillones, estaba sucia y descuidada.

Con toda la cautela del salvaje americano estos turcos se acercaron al árbol, donde, para su asombro ilimitado, vieron al muchacho yaciendo dormido. Su vestimenta y la blancura de su piel lo proclamaron de inmediato, a sus ojos astutos, un europeo, y su primer pensamiento fue mirar alrededor en busca de su caballo o dromedario. Al no ver nada de eso cerca se sintieron muy perplejos para explicar su presencia, y se quedaron mirándolo con evidente curiosidad.

El sol golpeó la superficie pulida de la máquina de viaje que estaba sujeta a la muñeca de Rob e hizo que el metal brillara como plata. Esto atrajo los ojos del turco más alto, quien se agachó y desabrochó sigilosamente la banda de la máquina del brazo extendido del muchacho. Luego, tras un examen apresurado pero desconcertado del pequeño instrumento, lo deslizó en el bolsillo de su chaqueta.

Rob se movió inquieto en su sueño, y uno de los turcos sacó una cuerda delgada pero robusta de su pecho y con movimiento suave pero

hábil la pasó alrededor de las muñecas del muchacho y las juntó detrás de él. La acción no fue lo suficientemente rápida para despertar el poder de repulsión en la Prenda de Protección, pero despertó a Rob eficazmente, de modo que se sentó y miró fijamente a sus captores.

—¿Qué intentáis hacer, de todos modos? —exigió.

Los turcos rieron y dijeron algo en su propio idioma. No tenían conocimiento del inglés.

—Solo estáis haciendo el tonto —continuó el muchacho, airadamente —. Es imposible que me hagáis daño.

Los tres no prestaron atención a sus palabras. Uno de ellos metió la mano en el bolsillo de Rob y sacó el tubo eléctrico. Su ignorancia de los aparatos modernos era tan grande que no sabía lo suficiente para presionar el botón. Rob lo vio mirando por el extremo hueco del tubo y murmuró:

—¡Ojalá te volara esa fea cabeza!

Pero el tipo, pensando que el metal brillante podría ser de algún valor para él, puso el tubo en su propio bolsillo y luego tomó del prisionero la caja de plata de tabletas.

Rob se retorció y gimió al perder sus posesiones de esta manera, y mientras sus manos estaban atadas detrás de él intentó palpar y tocar el indicador de la máquina de viaje. Cuando descubrió que la máquina también había sido tomada, su ira dio paso al miedo, pues se dio cuenta de que estaba en una condición peligrosamente indefensa.

El tercer turco sacó ahora el Registro de Sucesos del bolsillo interior del muchacho. No sabía nada de los resortes que abrían las tapas, así que, tras una mirada curiosa, escondió la caja en los pliegues de su faja y continuó el registro del cautivo. Las Gafas Marcadoras de Carácter fueron lo siguiente en ser sustraído, pero el turco, no viendo en ellas nada más que gafas, las empujó con desdén de vuelta al bolsillo de Rob, mientras sus camaradas se reían de él. El muchacho fue despojado ahora de diecisiete centavos en monedas, una navaja rota y un lápiz de plomo; el último artículo pareció ser muy apreciado.

Después de haber asegurado todo el botín que pudieron encontrar, el turco alto, que parecía el líder de los tres, pateó violentamente al prisionero con su pesada bota. Su sorpresa fue grande cuando la Prenda de Repulsión detuvo el golpe y casi derribó al agresor a su vez. Arrebatando una daga de su faja, se abalanzó sobre el muchacho tan ferozmente que al instante siguiente el enfurecido turco se encontró yaciendo sobre su espalda a tres yardas de distancia, mientras su daga volaba por el aire y aterrizaba profundamente en las arenas del desierto.

—¡Seguid así! —gritó Rob, amargamente—. Espero que os divirtáis.

Los otros turcos levantaron a su camarada, y los tres se miraron unos a otros con sorpresa, siendo incapaces de entender cómo un prisionero atado podía defenderse tan eficazmente. Pero ante una palabra susurrada del líder, sacaron sus largas pistolas y dispararon a quemarropa a la cara de Rob. La descarga resonó agudamente desde los muros de la ciudad, pero mientras el humo se alejaba lentamente a la deriva, los turcos se horrorizaron al ver a su víctima prevista riéndose de ellos.

Profiriendo gritos de terror y consternación, los tres huyeron y saltaron hacia el muro, donde una puerta se abrió rápidamente para recibirlos, sintiendo el populacho seguro de que la horda tártara estaba sobre ellos.

Tampoco estaba esta suposición muy lejos de la realidad; pues mientras Rob, sentado desconsolado sobre la arena, levantaba los ojos, vio a través del desierto una línea oscura que marcaba la aproximación de los invasores.

Más y más cerca venían, mientras Rob los observaba y lamentaba el impulso tonto que le había llevado a dormirse en una tierra desconocida donde podía ser tan fácilmente dominado y robado de sus tesoros.

—Siempre sospeché que estos inventos eléctricos serían mi ruina algún día —reflexionó, tristemente—; y ahora estoy apartado y abandonado indefenso en este país estrafalario, sin una sola esperanza de volver a casa jamás. Probablemente no podrán matarme, a menos que encuentren mi Prenda de Repulsión y me la quiten; pero nunca

podría cruzar este terrible desierto a pie y, habiendo perdido mis tabletas de comida, pronto moriría de hambre si lo intentara.

Afortunadamente, había comido una de las tabletas justo antes de dormirse, así que no había peligro de inanición inmediata. Pero se sentía miserable e infeliz, y permaneció cavilando sobre su cruel destino hasta que un grito repentino le hizo levantar la vista.

14. Turco y Tártaro

Los tártaros habían llegado, veloz y silenciosamente, y una docena de los guerreros, todavía montados, lo rodeaban.

Su condición indefensa despertó su curiosidad, y mientras algunos de ellos cortaban apresuradamente sus ataduras y lo ponían de pie, otros lo acribillaban a preguntas en su propio idioma. Rob sacudió la cabeza para indicar que no podía entender; así que lo llevaron ante el jefe: un inmenso representante barbudo de la tribu de Kara-Khitai, los terribles e implacables Tártaros Negros del Tíbet. El enorme cuerpo de este tipo estaba vestido con túnicas flotantes de tela de oro, trenzadas con joyas, y estaba sentado majestuosamente sobre el lomo de un camello negro azabache.

En circunstancias ordinarias las facciones severas y los ojos negros centelleantes de este temible guerrero habrían provocado un escalofrío de miedo en el corazón del muchacho; pero ahora, bajo la influencia de las aplastantes desgracias que había experimentado, fue capaz de mirar con indiferencia el terrible rostro del jefe del desierto.

El tártaro pareció no considerar a Rob un enemigo. En cambio, lo miró como un aliado, ya que los turcos lo habían atado y robado.

Encontrando imposible conversar con el jefe, Rob se refugió en el lenguaje de señas. Volvió sus bolsillos del revés, mostró las marcas

rojas dejadas en sus muñecas por la cuerda apretada, y luego agitó los puños con ira en dirección a la ciudad.

A cambio, el tártaro asintió gravemente y emitió una orden a sus hombres.

Para este momento los guerreros estaban ocupados levantando tiendas ante los muros de Yarkand y haciendo preparativos para un asedio formal. En obediencia a las órdenes del caudillo, a Rob se le dio un lugar dentro de una de las tiendas más cercanas al muro y se le suministró un par de pistolas montadas en latón y una daga con un filo agudo y zigzagueante. Estas eran evidentemente para ayudar al muchacho a luchar contra los turcos, y él estuvo muy complacido de tenerlas. Su ánimo se elevó considerablemente cuando descubrió que había caído entre amigos, aunque la mayoría de sus nuevos camaradas tenían caras tan malvadas que era innecesario ponerse los Marcadores de Carácter para juzgar sus naturalezas con un grado justo de precisión.

—No puedo ser muy exigente con la compañía que mantengo —pensó—, y esta pandilla no ha intentado asesinarme, como hicieron los bribones turcos. Así que por el momento me mantendré con el jefe de ceño fruncido e intentaré disparar a los ladrones que me robaron. Si nuestro lado gana puede que tenga una oportunidad de recuperar algo de mi propiedad. Es una oportunidad escasa, por supuesto, pero es la única esperanza que me queda.

Esa misma tarde ocurrió una oportunidad para que Rob ganara gloria a los ojos de sus nuevos amigos. Justo antes de la puesta del sol las puertas de la ciudad se abrieron de golpe y un enjambre de turcos, montados en veloces caballos y camellos, salió y cayó sobre sus enemigos. Los tártaros, que no esperaban la salida, apenas fueron capaces de formar una fila de oposición cuando se encontraron comprometidos en un conflicto cuerpo a cuerpo, luchando desesperadamente por sus vidas. En tal batalla, sin embargo, los turcos estaban en desventaja, pues los activos tártaros se deslizaban bajo sus caballos y los incapacitaban, derribando tanto a los animales como a sus jinetes a tierra.

En la primera embestida Rob disparó su pistola a un turco y lo hirió tan severamente que cayó de su caballo. Instantáneamente el muchacho agarró la brida y saltó sobre el corcel, y al momento siguiente se había lanzado a la parte más espesa de la refriega. Balas y golpes llovieron sobre él desde todos los lados, pero la Prenda de Repulsión lo salvó de un solo rasguño.

Cuando sus pistolas se hubieron descargado agarró el mango roto de una lanza, y lo usó como garrote, galopando hacia las filas de los turcos y apaleándolos tan fuerte como podía. Los tártaros vitorearon y lo siguieron, y los turcos estaban tan asombrados de su milagroso escape de sus balas que se aterrorizaron, pensando que llevaba una vida encantada y estaba protegido por poderes invisibles.

Este terror ayudó a cambiar el rumbo de la batalla, y no mucho después el enemigo fue presionado hacia los muros y se retiró a través de las puertas, que fueron apresuradamente cerradas tras ellos.

Para prevenir una repetición de esta salida, los tártaros sitiaron de inmediato las puertas, de modo que si los turcos las abrían era tan probable que dejaran entrar a sus enemigos como que se opusieran a ellos.

Mientras movían las tiendas, Rob tuvo la oportunidad de buscar en el campo de batalla los cuerpos de los tres turcos que le habían robado, pero no estaban entre los caídos.

—Esos tipos eran demasiado cobardes para tomar parte en una pelea justa —declaró el muchacho; pero estaba muy decepcionado, no obstante, pues se sentía muy indefenso sin el tubo eléctrico o la máquina de viaje.

El jefe tártaro llamó ahora a Rob a su tienda y le regaló un hermoso anillo engastado con un rubí brillante color sangre de pichón, en reconocimiento a sus servicios. Este regalo hizo que el muchacho se sintiera muy orgulloso, y le dijo al jefe:

—Eres un buen tipo, viejo, aunque parezcas un pirata. Si logras capturar esa ciudad, para que pueda recuperar mis dispositivos eléctricos, te consideraré un as mientras viva.

El jefe pensó que este discurso tenía la intención de expresar la gratitud de Rob, así que se inclinó solemnemente a cambio.

Durante la noche que siguió al primer enfrentamiento de los turcos y tártaros, el muchacho yació despierto tratando de idear algún plan para capturar la ciudad. Los muros parecían demasiado altos y gruesos para ser escalados o rotos por los tártaros, que no tenían artillería alguna; y dentro de los muros yacía toda la parte fértil del oasis, dando a los sitiados un buen suministro de agua y provisiones, mientras que los sitiadores estaban obligados a subsistir con el agua y la comida que habían traído con ellos.

Justo antes del amanecer Rob dejó su tienda y salió a mirar el gran muro. Las estrellas daban mucha luz, pero el muchacho estaba preocupado al encontrar que, según la costumbre oriental, no se habían apostado centinelas ni guardias en absoluto y todos los tártaros dormían profundamente.

La ciudad estaba igualmente envuelta en profundo silencio, pero justo cuando Rob se daba la vuelta vio una cabeza proyectarse sigilosamente sobre el borde del muro ante él, y reconoció en las facciones a uno de los turcos que le habían robado.

Al no encontrar a nadie despierto excepto al muchacho, el tipo se sentó en el borde del muro, con los pies colgando hacia abajo, y sonrió malvadamente a su antigua víctima. Rob lo observó con ansiedad casi sin aliento.

Después de hacer muchos movimientos que no transmitían ningún significado, el turco sacó el tubo eléctrico de su bolsillo y señaló con el dedo primero al muchacho y luego al instrumento, como inquiriendo para qué se usaba. Rob sacudió la cabeza. El turco giró el tubo varias veces y lo examinó cuidadosamente, tras lo cual también sacudió la cabeza, pareciendo muy desconcertado.

Para este momento el muchacho estaba temblando de emoción. Anhelaba recuperar esta valiosa arma, y temía que en cualquier momento el curioso turco descubriera su uso. Extendió la mano hacia el tubo, e intentó decir, por señas, que le mostraría al tipo cómo usarlo. El hombre pareció entender, pero no quería dejar salir el brillante instrumento de su posesión.

Rob estaba casi desesperado, cuando acertó a notar en su mano el anillo de rubí que le había dado el jefe. Sacando la joya de su dedo ofreció, por señas, que lo cambiaría por el tubo.

El turco estaba muy complacido con la idea, y asintió con la cabeza repetidamente, extendiendo la mano para recibir el anillo. Rob tenía poca confianza en el honor del hombre, pero estaba tan ansioso por recuperar el tubo que decidió confiar en él. Así que lanzó el anillo a la cima del muro, donde el turco lo atrapó hábilmente; pero cuando Rob extendió la mano por el tubo el sinvergüenza solo se rio de él y comenzó a ponerse de pie para batirse en retirada. La casualidad, sin embargo, frustró esta vergonzosa traición, pues en su prisa el turco permitió que el tubo se deslizara de su agarre, y rodó fuera del muro y cayó sobre la arena a los mismos pies de Rob.

El ladrón se volvió para ver su caída y, lleno de ira repentina, el muchacho agarró el arma, apuntó a su enemigo y presionó el botón. Abajo cayó el turco, sin un grito, y yació inmóvil al pie del muro.

El primer pensamiento de Rob fue registrar los bolsillos de su cautivo, y para su deleite encontró y recuperó su caja de tabletas de comida. El Registro de Sucesos y la máquina de viaje estaban sin duda en posesión de los otros ladrones, pero Rob no desesperaba de recuperarlos, ahora que tenía el tubo para ayudarle.

El día estaba despuntando ahora, y varios de los tártaros aparecieron y examinaron el cuerpo del turco con gruñidos de sorpresa, pues no había marca en él que mostrara cómo había sido asesinado. Suponiéndolo muerto, lo echaron a un lado y se olvidaron de él.

Rob había asegurado su anillo de rubí de nuevo, y yendo a la tienda del jefe mostró la joya al guardia y fue admitido de inmediato. El caudillo de barba negra todavía estaba reclinado sobre sus almohadas, pero Rob se inclinó ante él, y por medio de señas logró pedir una banda de guerreros para ayudarle a asaltar la ciudad. El caudillo pareció dudar de la sabiduría de la empresa, no siendo capaz de entender cómo el muchacho podía esperar tener éxito; pero emitió graciosamente la orden requerida, y para cuando Rob llegó a la puerta de la ciudad encontró un gran grupo de tártaros reunidos para apoyarlo, mientras

todo el campamento, despertado al interés en los procedimientos, se quedaba mirando.

A Rob le importaba poco la disputa entre los turcos y los tártaros, y en circunstancias ordinarias se habría negado a ponerse del lado de uno u otro; pero sabía que no podía esperar recuperar sus máquinas eléctricas a menos que la ciudad fuera tomada por la banda de guerreros que le habían brindado amistad, así que determinó forzar una entrada para ellos.

Sin dudarlo caminó cerca de la gran puerta y destrozó sus cierres con la fuerza de la corriente eléctrica dirigida sobre ellos desde el tubo. Luego, gritando a sus amigos los tártaros pidiendo ayuda, se abalanzaron en cuerpo sobre la puerta y la abrieron de golpe.

Los turcos habían esperado problemas cuando oyeron los cierres de la enorme puerta astillarse y caer a pedazos, así que se habían reunido con fuerza ante la abertura. Mientras los tártaros entraban a raudales por la puerta en una masa compacta fueron recibidos por una lluvia de balas, lanzas y flechas, que hicieron una ejecución terrible entre ellos. Muchos murieron en el acto, mientras que otros cayeron heridos para ser pisoteados por los que presionaban desde atrás.

Rob mantuvo su posición en la fila delantera, pero escapó de toda lesión gracias a la posesión de la Prenda de Repulsión. Pero tomó parte activa en la pelea y presionó el botón del tubo eléctrico una y otra vez, derribando al enemigo en montones por todos lados, incluso los caballos y camellos caían indefensos ante la irresistible corriente de electricidad.

Los tártaros gritaron alegremente al presenciar esta hazaña maravillosa y corrieron hacia adelante para ayudar en la matanza; pero el muchacho les hizo señas a todos para que retrocedieran. No deseaba más derramamiento de sangre del necesario, y sabía que los montones de turcos inconscientes a su alrededor pronto se recuperarían.

Así que se paró solo y enfrentó al enemigo, derribándolos calmadamente tan rápido como se acercaban. Dos de los turcos lograron arrastrarse detrás del muchacho, y uno de ellos, que empuñaba una inmensa cimitarra con una hoja de doble filo tan afilada como una navaja, blandió el arma ferozmente para cortar la cabeza de

Rob. Pero la fuerza repulsiva despertada en la Prenda fue tan terrible que envió el arma volando hacia atrás con rapidez redoblada, de modo que atrapó al segundo turco por la cintura y lo cortó limpiamente en dos.

A partir de entonces todos evitaron acercarse al muchacho, y en un tiempo sorprendentemente corto las fuerzas turcas fueron enteramente conquistadas, habiendo sido todos reducidos a la inconsciencia excepto unos pocos cobardes que habían huido y se habían escondido en los sótanos o buhardillas de las casas.

Los tártaros entraron en la ciudad con gritos de triunfo, y el jefe estaba tan encantado que echó sus brazos alrededor del cuello de Rob y lo abrazó calurosamente.

Entonces comenzó el saqueo de Yarkand, los feroces tártaros saqueando los bazares y casas, despojándolos de todo lo de valor que pudieron encontrar.

Rob buscó ansiosamente entre los cuerpos de los turcos inconscientes a los dos hombres que le habían robado, pero ninguno pudo ser encontrado. Tuvo más éxito más tarde, pues corriendo por las calles se topó con una banda de tártaros llevando a un hombre con una cuerda alrededor del cuello, a quien Rob reconoció rápidamente como uno de los ladrones que estaba buscando. Los tártaros le permitieron gustosamente registrar al tipo, y en uno de sus bolsillos Rob encontró el Registro de Sucesos.

Había recuperado ahora toda su propiedad, excepto la máquina de viaje, la única cosa que era absolutamente necesaria para permitirle escapar de este país bárbaro.

Continuó su búsqueda persistentemente, y una hora más tarde encontró el cuerpo muerto del tercer ladrón yaciendo en la plaza en el centro de la ciudad.[1] Pero la máquina de viaje no estaba en su persona, y por primera vez el muchacho comenzó a ceder a la desesperación.

A lo lejos escuchó fuertes gritos y el sonido de una lucha renovada, advirtiéndole que los turcos estaban recuperando la conciencia y enfrentándose a los tártaros con gran fiereza. Estos últimos se habían dispersado por toda la ciudad, creyéndose perfectamente seguros, de

modo que no solo no estaban preparados para luchar, sino que entraron en pánico al ver a sus enemigos regresar, según parecía, de la muerte a la vida. Su coraje habitual los abandonó, y corrieron, aterrorizados, en todas direcciones, solo para ser abatidos por las vengativas cimitarras turcas.

Rob estaba sentado en el borde de una fuente de mármol en el centro de la plaza cuando una multitud de turcos victoriosos apareció y lo rodeó rápidamente. El muchacho no prestó atención a sus gestos y los turcos temían acercársele, así que se pararon a corta distancia y le dispararon descargas con sus rifles y pistolas.

Rob los miró con desdén, y viendo que no podían herirlo los turcos desistieron; pero aun así lo rodeaban, y la multitud crecía a cada momento.

Las mujeres ahora salían arrastrándose de sus escondites y se mezclaban con las filas de los hombres, y Rob adivinó, por su charla alegre, que los turcos habían recuperado la ciudad y expulsado o matado a los guerreros tártaros. Reflexionó, sombríamente, que esto no afectaba su propia posición de ninguna manera, ya que no podía escapar del oasis.

De repente, al mirar a la multitud, Rob vio algo que detuvo su atención. Una joven estaba abrochando algún artículo a la muñeca de un turco corpulento y de aspecto villano. El muchacho vio un brillo que le recordó a la máquina de viaje, pero inmediatamente después el hombre y la chica inclinaron sus cabezas sobre la muñeca del tipo de tal manera que Rob no pudo ver nada más.

Mientras la pareja aparentemente examinaba el extraño dispositivo, Rob se puso de pie de un salto y caminó hacia ellos. La multitud retrocedió ante su aproximación, pero el hombre y la chica estaban tan interesados que no lo notaron. Todavía estaba a varios pasos de distancia cuando la chica extendió su dedo y tocó el indicador en el dial.

Para horror y consternación de Rob, el gran turco comenzó a elevarse lentamente en el aire, mientras un aullido de miedo estallaba de la multitud. Pero el muchacho dio un salto poderoso y atrapó al turco por el pie, aferrándose a él con tenacidad desesperada, mientras ambos

subían constantemente hasta estar muy por encima de la ciudad del desierto.

El gran turco gritó lastimosamente al principio, y luego se desmayó realmente del susto. Rob estaba muy asustado, por su parte, pues sabía que si sus manos resbalaban de su agarre caería hacia su muerte. De hecho, una mano ya estaba resbalando, así que hizo un agarrón frenético y se asió firmemente a los pantalones bombachos del turco. Luego, lenta y cuidadosamente, se levantó y agarró el cinturón de cuero que rodeaba la cintura del hombre. Este agarre firme le dio nueva confianza, y comenzó a respirar más libremente.

Ahora se aferraba al cuerpo del turco con ambas piernas entrelazadas, de la manera en que acostumbraba a aferrarse al tronco de un árbol cuando trepaba por cerezas en casa. Había conquistado su miedo a caer, y se tomó tiempo para recuperar su ingenio y su fuerza.

Ahora habían alcanzado una altura tan tremenda que la ciudad parecía una mota en el desierto debajo de ellos. Sabiendo que debía actuar rápidamente, Rob agarró el brazo izquierdo colgante del turco inconsciente y lo levantó hasta que pudo alcanzar el dial de la máquina de viaje. Temía desabrochar la máquina en ese momento, por dos razones: si se le resbalaba de las manos ambos caerían en picada hacia su muerte; y no estaba seguro de que la máquina funcionara en absoluto si estaba en cualquier otra posición que no fuera sujeta a la muñeca izquierda.

Rob decidió no correr riesgos, así que dejó la máquina unida al turco y giró el indicador a cero y luego a «Este», pues no deseaba reunirse ni con sus enemigos los turcos ni con sus igualmente indeseables amigos los tártaros.

Después de viajar hacia el este unos minutos perdió de vista la ciudad por completo; así que, todavía aferrado al cuerpo del turco, giró de nuevo el indicador y comenzó a descender. Cuando, por fin, aterrizaron suavemente sobre una eminencia rocosa de las montañas Kuen-Lun, la fuerza del muchacho estaba casi agotada, y sus extremidades dolían por la tensión de aferrarse al cuerpo del turco.

Su primer acto fue transferir la máquina de viaje a su propia muñeca y ver que sus otros dispositivos eléctricos estuvieran guardados de

forma segura en sus bolsillos. Luego se sentó en la roca para descansar hasta que el turco recobrara la conciencia.

Momentos después el tipo se movió inquieto, rodó y luego se sentó y miró fijamente a su alrededor. Quizás pensó que había estado soñando, pues se frotó los ojos y miró de nuevo con mezcla de sorpresa y alarma. Luego, viendo a Rob, profirió un grito salvaje y sacó su daga.

Rob sonrió y apuntó el tubo eléctrico al hombre, quien sin duda reconoció su poder, pues retrocedió frunciendo el ceño y temblando.

—Este lugar parece estar a un buen trecho de la civilización —comentó el muchacho, tan fríamente como si su compañero pudiera entender lo que decía—; pero como tus piernas son largas y fuertes puedes ser capaz de encontrar tu camino. Es cierto que eres propenso a morir de hambre, pero si lo haces será tu propia desgracia y no mi culpa.

El turco lo miró con hosquedad, pero no intentó responder.

Rob sacó su caja de tabletas, comió una de ellas y ofreció otra a su enemigo. El tipo la aceptó con bastante falta de gracia, pero viendo a Rob comer una decidió seguir su ejemplo, y consumió la tableta con una extraña expresión de desconfianza en su rostro.

—¡Hombre valiente! —gritó Rob, riendo—; has evitado los dolores del hambre por un tiempo, de todos modos, así que puedo dejarte con la conciencia tranquila.

Sin más preámbulos, giró el indicador de la máquina de viaje y subió al aire, dejando al turco sentado en las rocas y mirándolo con cómica perplejidad.

15. Una batalla con monstruos

Nuestro joven aventurero nunca experimentó un sentimiento más grato de alivio y seguridad que cuando se encontró una vez más alto en el aire, solo, y en posesión indiscutible de los dispositivos eléctricos otorgados a él por el Demonio.

Los peligros por los que había pasado desde que aterrizó en la ciudad del desierto y la oportunidad desesperada que por sí sola le había permitido recuperar la máquina de viaje le hicieron estremecerse ante el mero recuerdo y lo volvieron más sobrio y reflexivo de lo habitual.

Nosotros, que nos pegamos estrechamente a la superficie de la tierra, apenas podemos darnos cuenta de cómo Rob podía viajar por el aire a tales alturas vertiginosas sin ningún miedo o preocupación en absoluto. Pero él había llegado a considerar el aire un verdadero refugio. La experiencia le había dado una confianza implícita en los poderes del instrumento eléctrico cuyas fuerzas invisibles lo llevaban tan veloz y seguramente, y mientras la pequeña máquina parecida a un reloj estuviera abrochada a su muñeca se sentía absolutamente a salvo.

Habiéndose escabullido del turco y alcanzado una altitud justa, puso el indicador en cero e hizo una pausa lo suficientemente larga para consultar su mapa y decidir qué dirección era mejor tomar. La desgracia que lo había arrastrado involuntariamente sobre los países de Europa también lo había llevado a más de medio camino alrededor del mundo desde su casa. Por lo tanto, la forma más cercana de llegar a América sería continuar viajando hacia el este.

Tanto tiempo se había consumido en el oasis del desierto que sentía que debía apresurarse ahora si deseaba llegar a casa para el sábado por la tarde; así que, habiendo llegado rápidamente a una decisión, giró el indicador y comenzó un vuelo veloz hacia el este.

Durante varias horas viajó sobre el gran desierto de Gobi, pero hacia el mediodía comenzaron a aparecer señales de un país más fértil, y, descendiendo a un punto más cercano a la tierra, pudo observar de

cerca el país de los chinos, con su población abarrotada y su civilización antigua pero cruda.

Luego llegó a la Gran Muralla China y al poderoso Pekín, sobre el cual planeó algún tiempo, examinándolo con curiosidad. Realmente anhelaba hacer una parada allí, pero con sus recientes experiencias frescas en su mente pensó que era mucho más seguro ver la maravillosa ciudad desde la distancia.

Reanudando su vuelo llegó pronto al golfo de Liaodong, cuya hermosa cara estaba pecosa con muchos barcos de muchas naciones, y así a Corea, que le pareció una tierra con un siglo completo de retraso respecto a los tiempos.

La noche lo alcanzó mientras aceleraba a través del Mar de Japón, y teniendo un gran deseo de ver las famosas islas del Mikado, puso el indicador en cero y, deteniéndose por completo, se dispuso a dormir hasta la mañana, para no correr riesgos de ser llevado más allá de su conocimiento durante la noche.

Podrían suponer que no es tarea fácil dormir suspendido en el aire, sin embargo, las corrientes magnéticas controladas por la máquina de viaje estaban tan equilibradamente balanceadas que Rob estaba tan cómodo como si reposara sobre una cama de plumón. Se había acostumbrado un poco a pasar la noche en el aire y ahora dormía notablemente bien, no teniendo miedo de ladrones o fuego u otras interrupciones a las que están sujetos los habitantes de las ciudades.

Una cosa, sin embargo, debería haber recordado: que estaba en una parte antigua y poco conocida del mundo y reposando sobre un mar famoso en fábula como el hogar de muchas criaturas feroces y terribles; mientras no muy lejos yacía la tierra del dragón, el simurg y otros monstruos feroces.

Rob podía haber leído sobre estas cosas en cuentos de hadas y libros de viajes, pero si fue así se le habían olvidado por completo; así que dormitó pacíficamente y de hecho roncó un poco, creo, hacia la mañana.

Pero justo cuando el sol rojo se asomaba curiosamente sobre el horizonte fue despertado por una perturbación de lo más inusual: una

sucesión de gritos roncos y un golpeteo del aire como de las aspas girando rápidamente de algún enorme molino de viento.

Se frotó los ojos y miró a su alrededor.

Viniendo hacia él a su mano derecha había un pájaro inmenso, cuyo cuerpo parecía casi tan grande como el de un caballo. Su pico curvo y muy abierto estaba armado con hileras de dientes puntiagudos, y las garras sostenidas contra su pecho y vueltas amenazadoramente hacia afuera eran más poderosas y terribles que las garras de un tigre.

Mientras, fascinado y horrorizado, observaba la aproximación de este monstruo emplumado, un grito sonó justo detrás de él y al instante siguiente el golpe de un ala poderosa lo envió girando una y otra vez a través del aire.

Pronto se detuvo, sin embargo, y vio que otro de los monstruos había venido sobre él desde la retaguardia y estaba ahora, con su pareja, dando vueltas estrechamente a su alrededor, mientras ambos proferían continuamente sus gritos roncos y salvajes.

Rob se preguntó por qué la Prenda de Repulsión no lo había protegido del golpe del ala del pájaro; pero, de hecho, lo había protegido. Pues no fue el ala misma sino la fuerza de las corrientes de aire arremolinadas lo que lo había enviado girando lejos del monstruo. Con el indicador en cero las corrientes magnéticas y los poderes opuestos de atracción y repulsión estaban tan equilibradamente balanceados que cualquier perturbación atmosférica violenta lo afectaba de la misma manera que el vilano es afectado por una brisa de verano. Había notado algo de esto antes, pero siempre que soplaba un viento fuerte acostumbraba a elevarse a una posición por encima de las corrientes de aire. Esta era la primera vez que había dormido con el indicador en cero.

Los enormes pájaros renovaron de inmediato su ataque, pero Rob había recuperado ahora su ingenio lo suficiente para sacar el tubo eléctrico de su bolsillo. El primero en lanzarse hacia él recibió la poderosa corriente eléctrica directa del tubo, y cayó aturdido y aleteando a la superficie del mar, donde flotó inmóvil. Su pareja, quizás advertida por este desastre repentino, renovó su vuelo circular, moviéndose tan velozmente que Rob apenas podía seguirla, y

acercándose más y más a cada momento a su víctima prevista. El muchacho no podía girar en el aire muy rápido, y temía un ataque por la espalda, desconfiando del poder salvador de la Prenda de Repulsión bajo tales circunstancias; así que con desesperación presionó su dedo sobre el botón del tubo y giró el instrumento alrededor de su cabeza en la dirección opuesta a aquella en la que el monstruo estaba dando vueltas. Al momento la corriente y el pájaro se encontraron, y con un último grito la criatura se desplomó hacia abajo para unirse a su compañero sobre las olas, donde yacían como dos islas flotantes.

Su presencia había dejado un hedor rancio y nauseabundo en la atmósfera circundante, así que Rob se apresuró a reanudar su viaje y pronto se movía rápidamente hacia el este.

No pudo controlar un escalofrío al recordar su reciente combate, y se dio cuenta del horror de un encuentro con tales criaturas por parte de uno que no tuviera protección contra sus picos y garras afiladas.

—No es de extrañar que los japoneses dibujen imágenes feas de esos monstruos —pensó—. La gente que vive por estos lugares debe pasar la mayor parte de sus vidas temblando.

El sol brillaba ahora brillantemente, y cuando las hermosas islas de Japón aparecieron a la vista Rob descubrió que había recuperado su alegría habitual. Se movió lentamente, planeando con curiosa atención sobre las pintorescas aldeas y observando a los industriosos japoneses afanándose pacientemente en sus tareas. Justo antes de llegar a Tokio llegó a un fuerte militar, y durante casi una hora observó las hábiles maniobras de un regimiento de soldados en su instrucción matutina. No eran gente muy grande, comparada con otras naciones, pero parecían alertas y bien entrenados, y el muchacho decidió que se requeriría un enemigo valiente para enfrentarlos en un campo de batalla.

Habiendo satisfecho por fin su curiosidad en cuanto a la vida y costumbres japonesas, Rob se preparó para su largo vuelo a través del Océano Pacífico.

Consultando su mapa descubrió que si mantenía su curso hacia el este, como antes, llegaría a un punto en América muy cerca de San Francisco, lo que se adaptaba a sus planes excelentemente.

Habiendo encontrado que se movía más velozmente cuando estaba más lejos de la superficie de la tierra, porque el aire estaba más enrarecido y ofrecía menos resistencia, Rob subió hacia arriba hasta que las islas de Japón fueron meras motas visibles a través de la atmósfera clara y soleada.

Entonces comenzó su vuelo hacia el este, pareciendo la amplia superficie del Pacífico una nube azul muy por debajo de él.

16. Marineros náufragos

Habiéndose puesto francamente ante el lector prueba amplia de la naturaleza descuidada e inquieta de Rob en estas páginas, sin duda se sorprenderán cuando relate que durante las siguientes pocas horas nuestro joven caballero sufrió un severo ataque de melancolía, volviéndose tan sombrío e infeliz en su duración como jamás un muchacho nostálgico podría estar.

Pudo haber sido porque estaba en ese momento aislado de todas sus semejantes e incluso del mundo mismo; pudo haber sido porque estaba saciado de maravillas y del control casi absoluto sobre los poderes que el Demonio le había conferido; o pudo haber sido porque había nacido y criado como un muchacho estadounidense vigoroso y saludable, con una disposición a batallar abiertamente con el mundo y tomar sus oportunidades igualmente con sus compañeros, en lugar de ser colocado en una posición tan exclusiva que nadie pudiera esperar oponérsele con éxito.

Quizás él mismo no sabía qué le dio este horrible ataque de abatimiento, pero la verdad es que sacó su pañuelo y lloró como un bebé de pura soledad y miseria.

No había nadie para verlo, ¡gracias a Dios!, y las lágrimas le dieron un alivio considerable. Se secó los ojos, hizo una lucha honesta para recuperar su alegría, y luego murmuró para sí mismo:

—Si me quedo aquí arriba, como una burbuja de aire en el cielo, ciertamente me volveré loco. Supongo que no hay nada más que agua para mirar ahí abajo, pero si pudiera solo avistar un barco, o incluso ver saltar un pez, me haría un bien infinito.

Con eso descendió hasta que, a medida que la superficie del océano se acercaba más y más, descubrió una isla diminuta yaciendo casi directamente debajo de él. Apenas era lo suficientemente grande para hacer un punto en el mapa más grande, pero un grupo de árboles crecía en la parte central, mientras alrededor de los bordes había rocas dentadas protegiendo una playa de arena y una extensión de tierra alta sembrada de flores que conducía a los árboles.

Se veía hermosa desde la posición elevada de Rob, y su ánimo se iluminó de inmediato.

—Bajaré y recogeré un ramo —exclamó, y unos momentos después sus pies tocaron la tierra firme de la isla.

Pero antes de que pudiera reunir una docena de las flores brillantes un grito alegre llegó a sus oídos, y, mirando hacia arriba, vio a dos hombres corriendo hacia él desde los árboles.

Estaban vestidos a la moda marinera, pero su ropa estaba reducida a harapos y apenas se aferraba a sus cuerpos marrones y flacos. Mientras avanzaban agitaban sus brazos salvajemente en el aire y gritaban en tonos alegres:

—¡Un barco! ¡Un barco!

Rob los miró maravillado, y tuvo mucho trabajo para evitar que los pobres tipos lo abrazaran directamente, tan grande era su alegría ante su aparición. Uno de ellos rodó por el suelo, riendo y llorando por turnos, mientras el otro bailaba y hacía cabriolas hasta que quedó tan agotado que se hundió sin aliento junto a su camarada.

—¿Cómo llegaron aquí? —preguntó entonces el muchacho, en tono compasivo.

—Somos marineros estadounidenses náufragos de la barca «Cynthia Jane», que se hundió cerca de aquí hace más de un mes —respondió el más pequeño y delgado de los dos—. Escapamos aferrándonos a un

trozo de naufragio y flotamos a esta isla, donde casi hemos muerto de hambre. De hecho, ahora hemos comido todo en la isla que era comestible, ¡y si su barco hubiera llegado unos días después nos habría encontrado yaciendo muertos en la playa!

Rob escuchó esta triste historia con simpatía real.

—Pero no vine aquí en un barco —dijo.

Los hombres se pusieron de pie de un salto con caras blancas y asustadas.

—¡No barco! —gritaron—; ¿está usted, también, naufragado?

—No —respondió—. Volé hasta aquí por el aire. —Y luego les explicó la maravillosa máquina de viaje eléctrica.

Pero los marineros no tenían interés alguno en el relato. Su decepción fue algo terrible de presenciar, y uno de ellos apoyó la cabeza en el hombro de su camarada y lloró con dolor incontenible, tan débiles y desanimados se habían vuelto por el sufrimiento.

De repente Rob recordó que podía ayudarlos, y tomó la caja de tabletas de comida concentrada de su bolsillo.

—Coman estas —dijo, ofreciendo una de cada a los marineros.

Al principio no podían entender que estas pequeñas tabletas fueran capaces de aliviar los dolores del hambre; pero cuando Rob explicó sus virtudes los hombres las comieron con avidez. En pocos momentos estaban tan grandemente restaurados en fuerza y coraje que sus ojos brillaron, sus mejillas hundidas se sonrojaron, y fueron capaces de conversar con su benefactor con calma e inteligencia.

Luego el muchacho se sentó junto a ellos en la hierba y les contó la historia de su relación con el Demonio y de todas sus aventuras desde que había entrado en posesión de los maravillosos artilugios eléctricos. En su estado de ánimo actual sentía que sería un alivio confiar en alguien, y así estos hombres pobres y solitarios fueron los primeros en escuchar su historia.

Cuando relató la manera en que se había aferrado al turco mientras ambos ascendían en el aire, el mayor de los dos marineros escuchó con

atención absorta, y luego, tras pensarlo un poco, preguntó:

—¿Por qué no podría llevarnos a uno o a ambos a América?

Rob se tomó un tiempo para considerar seriamente esta idea, mientras los marineros lo observaban con interés ansioso. Finalmente dijo:

—Temo no poder soportar su peso el tiempo suficiente para llegar a otra tierra. Es un viaje largo, y me sacarían los brazos de las coyunturas antes de que lleváramos una hora arriba.

Sus caras cayeron ante esto, pero uno de ellos dijo:

—¿Por qué no podríamos colgarnos sobre sus hombros con una cuerda? Nuestros dos cuerpos se equilibrarían entre sí y estamos tan delgados y demacrados que no pesamos mucho.

Mientras consideraba esta sugerencia Rob recordó cómo en una ocasión cinco piratas se habían aferrado a su pierna izquierda y habían sido llevados cierta distancia por el aire.

—¿Tienen una cuerda? —preguntó.

—No —fue la respuesta—; pero hay muchas enredaderas largas y resistentes creciendo en la isla que son tan fuertes y flexibles como cuerdas.

—Entonces, si están dispuestos a correr el riesgo —decidió el muchacho—, haré el intento de salvarlos. Pero debo advertirles que en caso de que encuentre que no puedo soportar el peso de sus cuerpos dejaré caer a uno o a ambos al mar.

Parecieron graves ante esta perspectiva, pero el más grande dijo:

—Pronto encontraríamos la muerte por inanición si nos dejara aquí en la isla; así que, como hay al menos una oportunidad de poder escapar en su compañía yo, por mi parte, estoy dispuesto a arriesgarme a ahogarme. Es más fácil y rápido que morir de hambre. Y, como soy el más pesado, supongo que me dejará caer a mí primero.

—Ciertamente —declaró Rob, prontamente.

Este anuncio pareció ser un estímulo para el marinero pequeño, pero dijo, nerviosamente:

—Espero que se mantenga cerca del agua, porque no tengo buena cabeza para las alturas... siempre me marean.

—Oh, si no quiere ir —empezó Rob—, puedo fácilmente...

—¡Pero quiero! ¡Quiero! ¡Quiero! —gritó el hombrecito, interrumpiéndolo—. ¡Moriré si me deja atrás!

—Bueno, entonces, consigan sus cuerdas, y haremos lo mejor que podamos —dijo el muchacho.

Corrieron a los árboles, alrededor de cuyos troncos se aferraban muchos zarcillos de enredadera marrón verdosa que poseían una fuerza notable. Con sus cuchillos cortaron una sección larga de esta enredadera, cuyos extremos fueron luego atados en bucles lo suficientemente grandes para permitir a los marineros sentarse en ellos cómodamente. La pieza de conexión la acolchó Rob con algas recogidas de la orilla, para evitar que le cortara los hombros.

—Ahora, entonces —dijo, cuando todo estuvo listo—, tomen sus lugares.

Los marineros se acuclillaron en los bucles, y Rob pasó la enredadera sobre sus hombros y giró el indicador de la máquina de viaje hacia «arriba».

Mientras subían lentamente hacia el cielo el marinero pequeño dio un chillido de terror y se aferró al brazo del muchacho; pero el otro, aunque aparentemente ansioso, se sentó tranquilamente en su lugar y no causó problemas.

—¡N... n... no v... v... vaya tan alto! —tartamudeó el pequeño, temblando—; ¡suponga que nos c... c... caemos!

—Bueno, ¿y si cayéramos? —respondió Rob, bruscamente—. No podría ahogarse hasta golpear el agua, así que cuanto más alto estemos más tiempo vivirá en caso de accidente.

Esta fase de la cuestión pareció consolar al tipo asustado un poco; pero, como dijo, no tenía buena cabeza para las alturas, y así continuó temblando a pesar de su resolución de ser valiente.

El peso sobre los hombros de Rob no era tan grande como había temido, pareciendo la máquina de viaje dar cierta ligereza y flotabilidad a todo lo que entraba en contacto con su portador.

Tan pronto como hubo alcanzado una elevación suficiente para admitir buena velocidad giró el indicador una vez más hacia el este y comenzó a moverse rápidamente a través del aire, los marineros náufragos colgando a cada lado.

—¡Esto es ho... ho... horrible! —jadeó el pequeño.

—Oiga, ¡cállese! —ordenó el muchacho, enfadado—. Si su amigo fuera tan cobarde como usted los dejaría caer a ambos este minuto. Suelte mi brazo y quédese quieto, si quiere llegar a tierra con vida.

El tipo gimoteó un poco, pero logró permanecer en silencio durante varios minutos. Luego dio un tirón repentino y agarró el brazo de Rob de nuevo.

—¡Suponga... suponga que la enredadera se rompe! —gimió, con una mirada horrorizada en su rostro.

—Ya he tenido suficiente de esto —dijo Rob, salvajemente—. Si no tiene sentido común no merece vivir. —Giró el indicador en el dial de la máquina y comenzaron a descender rápidamente.

El hombrecito gritó de miedo, pero Rob no le prestó atención hasta que los pies de los dos marineros suspendidos estuvieron realmente sumergiéndose en las olas, cuando detuvo su progreso abruptamente.

—¿Qu... qu... qué va a h... h... hacer? —balbuceó el marinero cobarde.

—Voy a alimentarlo a los tiburones... a menos que prometa mantener la boca cerrada —replicó el muchacho—. ¡Ahora, pues; decida de inmediato! ¿Qué será: tiburones o silencio?

—No diré una palabra... ¡palabra de honor, no lo haré! —dijo el marinero estremeciéndose.

—Está bien; recuerde su promesa y no tendremos más problemas —comentó Rob, quien tuvo mucho trabajo para no reírse del terror abyecto del hombre.

Una vez más ascendió y continuó el viaje, y durante varias horas cabalgaron veloz y silenciosamente. Los hombros de Rob comenzaban a doler con el continuo tirón de la enredadera sobre ellos, pero el pensamiento de que estaba salvando las vidas de dos desafortunados semejantes le dio fuerza y coraje para perseverar.

La noche caía cuando avistaron tierra por primera vez; una extensión salvaje y aparentemente deshabitada de la costa americana. Rob no hizo esfuerzo por seleccionar un lugar de aterrizaje, pues estaba casi agotado por la tensión y la ansiedad del viaje. Dejó caer su carga sobre el borde de un alto acantilado con vistas al mar y, arrojando la enredadera de sus hombros, cayó a tierra exhausto y medio desmayado.

17. La Costa de Oregón

Cuando se hubo recuperado un poco, Rob se sentó y miró a su alrededor. El marinero mayor estaba arrodillado en oración ferviente, ofreciendo gracias agradecidas por su escape del sufrimiento y la muerte. El más joven yacía en el suelo sollozando y todavía violentamente agitado por los recuerdos de las experiencias espantosas que había sufrido. Aunque no mostraba sus sentimientos tan claramente como los hombres, el muchacho no estaba menos gratificado por haber sido instrumento en salvar las vidas de dos seres humanos.

La oscuridad los envolvía rápidamente para entonces, así que Rob pidió a sus compañeros que recogieran algo de leña y encendieran un fuego, lo cual hicieron rápidamente. La noche era fresca para la época del año, y el calor del fuego era reconfortante y grato; así que todos se acostaron cerca de las brasas brillantes y se quedaron profundamente dormidos.

El sonido de voces despertó a Rob a la mañana siguiente, y al abrir los ojos y mirar alrededor vio a varios hombres toscamente vestidos acercándose. Los dos marineros náufragos todavía dormían profundamente.

Rob se puso de pie y esperó a que los extraños se acercaran. Parecían ser pescadores, y estaban muy sorprendidos al encontrar a tres personas dormidas sobre el acantilado.

—¿De dónde demonios habéis salido? —preguntó el pescador más adelantado, con voz sorprendida.

—Del mar —respondió el muchacho—. Mis amigos aquí son marineros náufragos del «Cynthia Jane».

—Pero ¿cómo os las arreglasteis para escalar el acantilado? —preguntó un segundo pescador—; nadie lo hizo nunca antes, que sepamos.

—Oh, esa es una larga historia —respondió el muchacho, evasivamente.

Los dos marineros habían despertado y ahora saludaban a los recién llegados. Pronto estaban intercambiando una ráfaga de preguntas y respuestas.

—¿Dónde estamos? —oyó Rob preguntar al marinero pequeño.

—Costa de Oregón —fue la respuesta—. Estamos a unas siete millas de Port Orford por tierra y a unas diez millas por mar.

—¿Viven en Port Orford? —preguntó el marinero.

—Eso hacemos, amigo; y si su grupo quiere unirse a nosotros haremos lo mejor para ponerlos cómodos, ya que son náufragos y necesitan ayuda.

Justo entonces una fuerte carcajada vino de otro grupo, donde el marinero mayor había estado tratando de explicar el método de Rob de volar por el aire.

—Rían todo lo que quieran —dijo el marinero, con hosquedad—; ¡es verdad... cada palabra de ello!

—Tal vez lo crea, amigo —respondió un pescador grande y bonachón —; pero es bien sabido que la gente náufraga se vuelve loca a veces, e imagina cosas extrañas. Su mente parece clara en otras cosas, así que le aconsejo intentar olvidar sus sueños sobre volar.

Rob dio un paso adelante ahora y estrechó la mano de los marineros.

—Veo que han encontrado amigos —les dijo—, así que los dejaré y continuaré mi viaje, ya que tengo algo de prisa.

Ambos marineros comenzaron a agradecerle profusamente por su rescate, pero él los cortó.

—Está bien. Por supuesto que no podía dejarlos en esa isla para morir de hambre, y me alegro de haber podido traerlos conmigo.

—Pero usted amenazó con dejarme caer al mar —comentó el marinero pequeño, con voz dolida.

—Así es —dijo Rob, riendo—; pero no lo habría hecho por nada del mundo... ni siquiera para salvar mi propia vida. ¡Adiós!

Giró el indicador y subió hacia el cielo, para asombro ilimitado de los pescadores, que lo miraron fijamente con ojos redondos y bocas muy abiertas.

—Esta vista les probará que los marineros no están locos —pensó, mientras giraba hacia el sur y se alejaba del acantilado—. Supongo que esos sencillos pescadores nunca olvidarán este maravilloso suceso, y probablemente harán héroes regulares de los dos hombres que han cruzado el Pacífico a través del aire.

Siguió la línea costera, manteniéndose a poca distancia sobre la tierra, y después de una hora de vuelo veloz llegó a la ciudad de San Francisco.

Sus hombros estaban doloridos y rígidos por la fuerte tensión sobre ellos del día anterior, y deseó más de una vez tener algo del linimento casero de su madre para frotarlos. Sin embargo, tan grande era su deleite al llegar una vez más a su tierra natal que todas las incomodidades fueron olvidadas rápidamente.

Por mucho que hubiera disfrutado de un día en la gran metrópoli de la vertiente del Pacífico, Rob no se atrevió a demorarse más que para echar una vista general del lugar, notar sus hermosos edificios y maravillarse ante la multitud de chinos que habitaban una sección de la ciudad.

Estas cosas fueron vistas mucho más clara y rápidamente por Rob desde arriba que abriéndose paso a través de las calles a pie; pues miraba hacia abajo sobre la ciudad como lo hace un pájaro, y cubría millas con un solo vistazo.

Habiendo satisfecho su curiosidad sin intentar aterrizar, giró hacia el sureste y siguió la península hasta Palo Alto, donde vio los magníficos edificios de la universidad. Cambiando su curso al este, pronto llegó al Monte Hamilton, y, siendo atraído por la gran torre del Observatorio Lick, planeó sobre ella hasta que descubrió que había atraído la mirada excitada de los habitantes, que sin duda lo observaron muy claramente a través del gran telescopio.

Pero tan irreal y aparentemente imposible fue la visión presenciada por los eruditos astrónomos que nunca se han aventurado a hacer público el incidente, aunque mucho después de que el muchacho se hubiera alejado hacia el este discutieron juntos sobre la visión maravillosa e incomprensible. Después registraron secretamente la circunstancia en sus archivos, pero resolvieron no mencionarlo nunca en público, no fuera que su sabiduría y veracidad fueran atacadas por los escépticos.

Mientras tanto Rob subió a una altitud mayor, y aceleró velozmente a través del gran continente. Para el mediodía avistó Chicago, y tras una breve inspección del lugar desde el aire determinó dedicar al menos una hora a conocer esta ciudad, la más maravillosa y cosmopolita.

18. Un escape por los pelos

La Torre del Auditorio, donde se sienta «el hombre del tiempo» para transmitir sus informes por todo el país, ofreció un lugar atractivo para que el muchacho aterrizara. Se dejó caer silenciosamente sobre el techo del gran edificio y bajó por la escalera hasta llegar a los ascensores, por medio de los cuales descendió a la planta baja sin excitar atención especial.

La carrera ansiosa y la prisa de la gente abarrotando las aceras impresionaron a Rob con la idea de que todos iban con retraso y estaban esforzándose por ponerse al día. Encontró imposible caminar cómodamente sin ser empujado a codazos y empellones de lado a lado; así que media hora de turismo bajo tales dificultades lo cansó enormemente. Era una tarde hermosa, y encontrándose en el paseo del lago, Rob buscó un banco vacío y se sentó a descansar.

En ese momento un caballero anciano de apariencia reservada y digna y vestido de negro tomó asiento junto al muchacho y sacó una revista de su bolsillo. Rob vio que la abría en un artículo sobre «El Progreso de la Ciencia Moderna», en el cual parecía muy interesado.

Después de un tiempo el muchacho recordó que tenía hambre, no habiendo comido una tableta en más de veinticuatro horas. Así que sacó la caja de plata y comió uno de los discos pequeños y redondos que contenía.

—¿Qué son esas? —preguntó el caballero anciano en voz suave—. Eres demasiado joven para estar tomando medicinas patentadas.

—No son medicinas, exactamente —respondió el muchacho, con una sonrisa—. Son Tabletas de Alimento Concentrado, cargadas con nutrición por medio de electricidad. Una de ellas suministra a una persona comida para un día entero.

El caballero anciano miró fijamente a Rob un momento y luego dejó su revista y tomó la caja en sus manos, examinando las tabletas con curiosidad.

—¿Están patentadas? —preguntó.

—No —dijo Rob—; son desconocidas para cualquiera excepto para mí.

—Le daré medio millón de dólares por la receta para hacerlas —dijo el caballero.

—Temo que debo rechazar su oferta —respondió Rob, con una risa.

—Lo haré un millón —dijo el caballero, fríamente.

Rob sacudió la cabeza.

—El dinero no puede comprar la receta —dijo—; pues no la conozco yo mismo.

—¿No podrían las tabletas ser analizadas químicamente, y el secreto descubierto? —preguntó el otro.

—No lo sé; pero no voy a dar a nadie la oportunidad de intentarlo —declaró el muchacho, firmemente.

El caballero anciano recogió su revista sin otra palabra, y reanudó su lectura.

Para divertirse Rob sacó el Registro de Sucesos de su bolsillo y comenzó a mirar las escenas reflejadas en su placa pulida.

En ese momento se dio cuenta de que el caballero anciano estaba mirando por encima de su hombro con intenso interés. El General Funston estaba justo entonces ocupado capturando al jefe rebelde, Aguinaldo, y por unos momentos tanto el hombre como el muchacho observaron el suceso con atención absorta. Cuando la escena fue reemplazada por una que mostraba un túnel secreto de los nihilistas rusos, con los conspiradores llevando dinamita a un hueco debajo del palacio del Zar, el caballero profirió un largo suspiro y preguntó:

—¿Venderá esa caja?

—No —respondió Rob, brevemente, y la guardó de nuevo en su bolsillo.

—Le daré un millón de dólares para controlar la venta solo en Chicago —continuó el caballero, con una inflexión ansiosa en su voz

suave.

—Parece bastante ansioso por deshacerse del dinero —comentó Rob, con indiferencia—. ¿Cuánto vale usted?

—¿Personalmente?

—Sí.

—Nada en absoluto, joven. No le estoy ofreciendo mi propio dinero. Pero con inventos tales como los que ha exhibido podría asegurar fácilmente millones de capital. Suponga que formamos un trust, y los colocamos en el mercado. Lo capitalizaremos por cien millones, y usted puede tener una cuarta parte de las acciones: veinticinco millones. Eso evitaría que se preocupara por las facturas del supermercado.

—Pero no necesitaría comestibles si tuviera las tabletas —dijo Rob, riendo.

—¡Cierto, cierto! Pero podría tomarse la vida con calma y leer su periódico con comodidad, sin tener ninguna prisa por ir al centro a los negocios. Veinticinco millones le traerían un pequeño ingreso acogedor, si se invierten adecuadamente.

—No veo por qué uno debería leer periódicos cuando el Registro de Sucesos muestra todo lo que está pasando en el mundo —objetó Rob.

—¡Cierto, cierto! Pero ¿qué dice a la proposición?

—Debo declinar, con agradecimiento. Estos inventos no están a la venta.

El caballero suspiró y reanudó su revista, en la cual se absorbió mucho.

Rob se puso las Gafas Marcadoras de Carácter y lo miró. Las letras «E» [Evil - Malvado], «W» [Wise - Sabio] y «C» [Cruel] eran claramente visibles sobre la frente compuesta y de aspecto respetable de su compañero.

—Malvado, sabio y cruel —reflexionó Rob, mientras guardaba las gafas en su bolsillo—. ¡Cuán fácilmente un hombre así podría imponerse a la gente! ¡Al mirarlo uno pensaría que no rompe un plato!

Decidió separarse de este conocido casual y, levantándose de su asiento, paseó tranquilamente por el camino. Un momento después, al mirar atrás, descubrió que el caballero anciano había desaparecido.

Caminó por State Street hasta el río y de vuelta, divertido por la actividad desplegada en esta concurrida sección de la ciudad. Pero el tiempo que se había permitido en Chicago había expirado, así que comenzó a buscar algún edificio alto desde cuyo techo pudiera partir inadvertido.

Esto no fue nada difícil, y seleccionando una de las muchas tiendas ascendió por un ascensor al último piso y desde allí subió una escalera de hierro que conducía al techo plano. Mientras subía esta escalera se encontró seguido por un joven de aspecto agradable, que también parecía deseoso de ver la ciudad desde el techo.

Molesto por la inoportuna intrusión, el primer pensamiento de Rob fue volver a la calle e intentar en otro edificio; pero, al reflexionar que no era probable que el joven permaneciera mucho tiempo y él pronto estaría solo, decidió esperar. Así que caminó hacia el borde del techo y pareció estar interesado en el paisaje extendido debajo de él.

—Buena vista desde aquí, ¿verdad? —dijo el joven, acercándose a él y colocando su mano descuidadamente sobre el hombro del muchacho.

—Lo es, ciertamente —respondió Rob, inclinándose sobre el borde para mirar hacia la calle.

Mientras hablaba sintió que lo empujaban suave pero firmemente desde atrás y, perdiendo el equilibrio, se precipitó de cabeza desde el techo y giró a través del espacio intermedio hacia la acera muy abajo.

Aterrorizado aunque estaba por el desastre repentino, al muchacho todavía le quedaba suficiente ingenio para extender su mano derecha y mover el indicador de la máquina en su muñeca izquierda a la marca cero. Inmediatamente se detuvo en su vuelo temeroso y pronto llegó a detenerse a una distancia de menos de quince pies de las losas que habían amenazado con aplastar su vida.

Mientras miraba hacia abajo, tratando de recuperar su dominio propio, vio al caballero anciano que había conocido en el paseo del lago

de pie justo debajo y mirándolo con una expresión mitad asustada, mitad curiosa en sus ojos.

De inmediato Rob comprendió todo el complot para matarlo y asegurar así la posesión de sus dispositivos eléctricos. El joven en el techo que había intentado empujarlo a su muerte era un cómplice del caballero anciano de apariencia inocente, al parecer, y este último había esperado calmadamente su caída al pavimento para apoderarse de los tesoros codiciados de su cuerpo muerto. Era una idea horrible, y Rob estaba más asustado de lo que jamás había estado antes en su vida... o ha estado desde entonces.

Pero ahora los gritos de una vasta concurrencia de espectadores asombrados llegaron a los oídos del muchacho. Recordó que estaba suspendido en el aire sobre la calle abarrotada de una gran ciudad, mientras miles de ojos maravillados estaban fijos en él.

Así que rápidamente puso el indicador en la palabra «arriba», y subió hacia el cielo hasta que los observadores de abajo apenas pudieron verlo. Luego huyó hacia el este, aún estremeciéndose con el horror de su reciente escape de la muerte y lleno de disgusto por el conocimiento de que había personas que tenían la vida humana en tan poco aprecio que estaban dispuestas a destruirla para promover sus propios fines egoístas.

—¡Y el Demonio quiere que personas como estas posean sus dispositivos eléctricos, que son tan poderosos para lograr el mal cuando están en manos equivocadas como lo son para el bien! —pensó el muchacho, con resentimiento—. ¡Este sería un mundo estupendo si Tubos Eléctricos y Registros de Sucesos y Máquinas de Viaje pudieran ser adquiridos por personas egoístas y sin principios!

Tan desconcertado estaba Rob por sus recientes experiencias que determinó no hacer más paradas. Sin embargo, aterrizó al anochecer en el campo, y durmió sobre el heno dulce en el granero de un granjero.

Pero, temprano a la mañana siguiente, antes de que nadie más se hubiera levantado, reanudó su viaje, y precisamente a las diez en punto de este día, que era sábado, completó su viaje volador alrededor del

mundo aterrizando sin ser observado sobre el césped bien cuidado de su propia casa.

19. Rob toma una resolución

Cuando Rob abrió la puerta principal se encontró cara a cara con Nell, quien dio una exclamación de alegría y se arrojó en sus brazos.

—¡Oh, Rob! —gritó—, estoy tan contenta de que hayas venido. Todos hemos estado terriblemente preocupados por ti, y mamá...

—Bueno, ¿qué pasa con mamá? —inquirió el muchacho, ansiosamente, mientras ella hacía una pausa.

—Ha estado muy enferma, Rob; y el doctor dijo hoy que a menos que supiéramos de ti pronto no sería capaz de salvar su vida. La incertidumbre sobre ti la está matando.

Rob se quedó inmóvil, toda la alegría ansiosa de su regreso congelada en horror ante el pensamiento de que había causado tanto sufrimiento a su querida madre.

—¿Dónde está, Nell? —preguntó, con voz quebrada.

—En su habitación. Ven; te llevaré con ella.

Rob siguió con el corazón palpitante, y pronto estaba estrechado contra el pecho de su madre.

—¡Oh, mi niño... mi querido niño! —murmuró ella, y luego, de pura alegría y amor, fue incapaz de decir más, pero lo abrazó fuerte y acarició su cabello suavemente y lo besó una y otra vez.

Rob dijo poco, excepto prometer que nunca más dejaría el hogar sin su pleno consentimiento y conocimiento. Pero en su mente contrastó el amor y la comodidad que ahora lo rodeaban con la vida solitaria y antinatural que había estado llevando y, aunque niño en años, una

resolución poderosa que habría sido acreditable para un hombre experimentado echó raíces firmes en su corazón.

Se vio obligado a relatar todas sus aventuras a su madre y, aunque restó importancia a los peligros por los que había pasado, la historia arrancó muchos suspiros y escalofríos de ella.

Cuando llegó la hora del almuerzo se encontró con su padre, y el Sr. Joslyn aprovechó la ocasión para reprender a su hijo con lenguaje fuerte por huir de casa y dejarlos llenos de ansiedad en cuanto a su destino. Sin embargo, cuando vio cuán feliz y mejorada en salud estaba su querida esposa por el regreso de su hijo, y cuando hubo escuchado la confesión varonil de error y las expresiones de arrepentimiento de Rob, perdonó rápidamente al culpable y lo trató tan genialmente como siempre.

Por supuesto, toda la historia tuvo que ser repetida, escuchando sus hermanas esta vez con ojos y oídos abiertos y admirando inmensamente a su aventurero hermano. Incluso el Sr. Joslyn no pudo evitar interesarse profundamente, pero tuvo cuidado de no mostrar ningún orgullo que pudiera sentir por los logros de su hijo.

Cuando su padre regresó a su oficina, Rob fue a su propio dormitorio y se sentó durante mucho tiempo junto a la ventana en profundo pensamiento. Cuando por fin se despabiló, descubrió que eran casi las cuatro en punto.

—El Demonio estará aquí en breve —dijo, con un estremecimiento de aversión—, y debo estar en el taller para recibirlo.

Silenciosamente se dirigió al pie de las escaleras del ático y luego se detuvo a escuchar. La casa parecía muy tranquila, pero podía oír la voz de su madre tarareando suavemente una canción de cuna que le había cantado cuando era un bebé.

Había estado nervioso e inquieto y un poco temeroso hasta entonces, pero quizás el sonido de la voz de su madre le dio coraje, pues ascendió audazmente las escaleras y entró en el taller, cerrando y bloqueando la puerta tras de sí.

20. El destino infeliz del Demonio

De nuevo la atmósfera se aceleró y vibró con vibraciones acumuladas. De nuevo el muchacho se encontró despertado a una ansiosa expectativa. Hubo un remolino en el aire; un crujido como de mosquetería distante; un destello de luz deslumbrante... y el Demonio se paró ante él por tercera vez.

—¡Te doy mis saludos! —dijo, con una voz no desagradable.

—Buenas tardes, Sr. Demonio —respondió el muchacho, inclinándose gravemente.

—Veo que has regresado a salvo de tu viaje —continuó la Aparición, alegremente—, aunque en un momento pensé que serías incapaz de escapar. De hecho, a menos que yo hubiera golpeado ese tubo de la mano del bribón turco mientras trepaba a la cima del muro, creo que habrías estado en el oasis de Yarkand todavía... ya fuera muerto o vivo, según determinara el azar.

—¿Estaba usted allí? —preguntó Rob.

—Sin duda. Y recuperé el tubo para ti, sin el cual habrías estado indefenso. Pero esa es la única vez que vi conveniente interferir de alguna manera.

—Temo no haber tenido la oportunidad de dar muchos indicios a inventores o científicos —dijo Rob.

—Cierto, y lo he lamentado profundamente —respondió el Demonio —. Pero tus poderes inusuales causaron más asombro y consternación de lo que, quizás, imaginaste; pues muchos te vieron a quienes estabas demasiado ocupado para notar. Como resultado, varios electricistas capaces están ahora pensando nuevos pensamientos a lo largo de nuevas líneas, y algunos de ellos pueden dar pronto estos o similares inventos al mundo.

—¿Está satisfecho, entonces? —preguntó Rob.

—En cuanto a eso —respondió el Demonio, con compostura—, no lo estoy. Pero tengo esperanzas de que con la adición de los tres maravillosos dispositivos con los que te obsequiaré hoy tendrás éxito en despertar tanto interés popular en los inventos eléctricos como para dejarme totalmente satisfecho con el resultado de este experimento.

Rob miró a la brillante aparición con rostro solemne, pero no dio respuesta.

—Ninguna persona viva —continuó el Demonio— ha sido favorecida antes con dispositivos tan reconfortantes para la preservación y extensión de la vida humana como tú. Pareces bastante poco agradecido, es cierto; pero desde nuestra conexión he llegado a darme cuenta de que no eres más que un muchacho ordinario, con muchas limitaciones de muchacho; así que no condeno tus acciones tontas demasiado duramente.

—Eso es amable de su parte —dijo Rob.

—Para probar mi amistad —prosiguió el Demonio—, he traído, como la primera de las ofrendas de hoy, este Restaurador Electromagnético. Ves que tiene forma de una banda de metal delgada, y es para llevarse sobre la frente, abrochándose en la parte posterior de la cabeza. Sus virtudes sobrepasan las de la fabulosa «Fuente de la Juventud», o el «Elixir de la Vida», tan vanamente buscados en épocas pasadas. Pues su portador quedará instantáneamente libre de cualquier enfermedad o dolor corporal y disfrutará de perfecta salud y vigor. En verdad, tan grandes son sus poderes que incluso los muertos pueden ser restaurados a la vida, siempre que la sangre no se haya enfriado todavía. Al presentarte este aparato, siento que te estoy otorgando la mayor bendición y el don más anhelado jamás legado a la humanidad sufriente.

Aquí sostuvo la delgada banda metálica de color opaco hacia el muchacho.

—Quédeselo —dijo Rob.

El Demonio se sobresaltó, y le dio una mirada extraña.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Le he dicho que se lo quede —respondió Rob—. No lo quiero.

El Demonio se tambaleó hacia atrás como si hubiera sido golpeado.

—¡No lo quieres! —jadeó.

—No; ¡he tenido suficiente de sus inventos infernales! —gritó el muchacho, con ira repentina.

Se desabrochó la máquina de viaje de la muñeca y la puso sobre la mesa junto al Demonio.

—Ahí está la cosa que es responsable de la mayoría de mis problemas —dijo, amargamente—. ¿Qué derecho tiene una persona a volar por el aire mientras todas sus criaturas semejantes se arrastran sobre la superficie de la tierra? ¿Y por qué debería estar aislado de todo el resto del mundo porque usted me ha dado esta maldita máquina de viaje? No la pedí, y no la conservaré un momento más. ¡Désela a alguien a quien odie más que a mí!

El Demonio miró horrorizado y volvió sus ojos brillantes asombrado de Rob a la máquina de viaje y de vuelta, como para asegurarse de que había oído y visto correctamente.

—Y aquí están sus tabletas de comida —continuó el muchacho, colocando la caja sobre la mesa—. Solo he disfrutado de una comida decente desde que me las dio. Están bien para preservar la vida, por supuesto, y cumplen el propósito para el que fueron hechas; pero no creo que la naturaleza haya pretendido nunca que existiéramos con tales cosas, o no tendríamos el sentido del gusto, que nos permite disfrutar de la comida natural. Mientras sea un ser humano voy a comer como un ser humano, así que he consumido mi última Tableta de Alimento Concentrado Eléctrico... ¡y no lo olvide!

El Demonio se hundió en una silla, sin nervio y flácido, pero todavía mirando con miedo al muchacho.

—Y ahí hay otro de sus dispositivos antinaturales —dijo Rob, poniendo el Registro Automático de Sucesos sobre la mesa junto a las otras cosas—. ¿Qué derecho tiene usted a capturar vibraciones que irradian de acciones privadas y secretas y descubrirlas a otros que no tienen nada que hacer conociéndolas? Este sería un mundo estupendo

si todo el mundo pudiera espiar los asuntos de todos los demás, ¿verdad? Y aquí está su Marcador de Carácter. Bonita cosa para que la posea una persona decente, ¿verdad? ¡Cualquiera que se aprovechara de un invento tan rastrero como ese sería peor que un ladrón! Oh, los he usado, por supuesto, y debería ser azotado por haber sido tan mezquino y solapado; pero nunca seré culpable de mirar a través de ellos de nuevo.

El rostro del Demonio estaba ceñudo e indignado. Hizo un movimiento para levantarse, pero lo pensó mejor y se hundió de nuevo en su silla.

—En cuanto a la Prenda de Protección —reanudó el muchacho, después de una pausa—, la he usado por última vez, y aquí está, a su servicio. Pondré el Tubo Eléctrico con ella. No es que estas sean cosas tan malas en sí mismas, pero no tendré ninguno de sus artilugios mágicos. Diré esto, sin embargo: si todos los ejércitos estuvieran equipados con Tubos Eléctricos en lugar de armas y espadas el mundo se ahorraría mucha miseria y derramamiento de sangre innecesario. Quizás con el tiempo; pero ese tiempo no ha llegado todavía.

—Podrías haberlo acelerado —dijo el Demonio, severamente—, si hubieras sido lo suficientemente sabio para usar tus poderes adecuadamente.

—Eso es justamente —respondió Rob—. NO soy lo suficientemente sabio. Tampoco la mayoría de la humanidad es lo suficientemente sabia para usar inventos como los suyos desinteresadamente y por el bien del mundo. Si la gente fuera mejor, y todos tuvieran la misma oportunidad, sería diferente.

Durante unos momentos el Demonio permaneció sentado pensando en silencio. Finalmente el ceño abandonó su rostro y dijo, con animación:

—Tengo otros inventos, que puedes usar sin tales escrúpulos de conciencia. El Restaurador Electromagnético que te ofrecí sería una gran bendición para tu raza, y no podría posiblemente hacer daño. Y, además de esto, te he traído lo que llamo el Comunicador Ilimitado. Es un dispositivo eléctrico simple que te permitirá, dondequiera que estés,

conversar con gente en cualquier parte del mundo, sin el uso de conexiones tan crudas como cables. De hecho, puedes...

—¡Deténgase! —gritó Rob—. Es inútil que lo describa, porque no tendré nada más que ver con usted o sus inventos. Les he dado una oportunidad justa, y me han metido en todo tipo de problemas y han hecho miserables a todos mis amigos. Si yo fuera algún científico de alto nivel sería diferente; pero soy solo un muchacho común, y no quiero ser ninguna otra cosa.

—Pero, tu deber... —comenzó el Demonio.

—Mi deber me lo debo a mí mismo y a mi familia —interrumpió Rob —. Nunca he cultivado la ciencia, más que para tontear con algunos experimentos eléctricos simples, así que no debo nada ni a la ciencia ni al Demonio de la Electricidad, hasta donde puedo ver.

—Pero considera —protestó el Demonio, poniéndose de pie y hablando con voz suplicante—, ¡considera los años que deben transcurrir antes de que es probable que alguien más toque la Llave Maestra! Y, mientras tanto, ¡considera mi posición indefensa, aislado de todo interés en el mundo mientras tengo tan maravillosos inventos en mis manos para el beneficio de la humanidad! Si no tienes amor por la ciencia o por el avance de la civilización, ¡TEN alguna consideración por tus semejantes, y por mí!

—Si mis semejantes tuvieran tantos problemas con sus inventos eléctricos como yo tuve, les estoy haciendo un servicio al privarlos de sus dispositivos —dijo el muchacho—. En cuanto a usted, no tengo ninguna queja que encontrar con usted, personalmente. Es un tipo de Demonio muy decente, y no tengo duda de que tiene buenas intenciones; pero hay algo mal en nuestra combinación actual, estoy seguro. No es natural.

El Demonio hizo un gesto de desesperación.

—¡Por qué, oh por qué no tocó alguna persona inteligente la Llave Maestra! —gimió.

—¡Eso es! —exclamó Rob—. Creo que esa es la raíz de todo el mal.

—¿Qué es? —inquirió el Demonio, estúpidamente.

—El hecho de que una persona inteligente no tocara la Llave Maestra. No parece entender. Bueno, explicaré. Usted es el Demonio de la Electricidad, ¿verdad?

—Lo soy —dijo el otro, irguiéndose orgullosamente.

—Su misión es obedecer las órdenes de quien sea capaz de tocar la Llave Maestra de la Electricidad.

—Eso es verdad.

—Una vez leí en un libro que todas las cosas están reguladas por leyes exactas de la naturaleza. Si eso es así usted probablemente debe su existencia a esas leyes. —El Demonio asintió—. Sin duda se pretendía que cuando la humanidad se volviera lo suficientemente inteligente y avanzada para tocar la Llave Maestra, usted y todos sus dispositivos no solo serían necesarios y aceptables para ellos, sino que el mundo estaría preparado para su uso general. Eso parece razonable, ¿no?

—Quizás sí. Sí; parece razonable —respondió el Demonio, pensativo.

—Los accidentes siempre son propensos a suceder —continuó el muchacho—. Por accidente la Llave Maestra fue tocada mucho antes de que el mundo de la ciencia estuviera listo para ella... o para usted. En lugar de considerarlo un accidente y no prestarle atención, inmediatamente se apareció ante mí —un simple muchacho— y ofreció sus servicios.

—Estaba muy ansioso por hacer algo —respondió el Demonio, evasivamente—. No tienes idea de lo estúpido que es para mí vivir invisible y desconocido, mientras todo el tiempo tengo en mi posesión secretos de incalculable beneficio para el mundo.

—Bueno, tendrá que mantener la calma y esperar su momento —dijo Rob—. El mundo no se hizo en un minuto, y aunque la civilización avanza a un ritmo bastante bueno, todavía no estamos a la altura del Demonio de la Electricidad.

—¡Qué haré! —gimió la Aparición, retorciéndose las manos miserablemente—; ¡oh, qué haré!

—Vaya a casa y acuéstese —respondió Rob, con simpatía—. Tómeselo con calma y no se ponga nervioso. Nada fue creado jamás sin un uso, dicen; así que su turno llegará algún día, ¡seguro! Lo siento por usted, viejo amigo, pero es todo culpa suya.

—¡Tienes razón! —exclamó el Demonio, caminando de un lado a otro de la habitación, y causando con ello tal crujido de electricidad en el aire que el cabello de Rob se puso lo suficientemente rígido para ponerse de punta—. ¡Tienes razón, y debo esperar... esperar... esperar... paciente y silenciosamente... hasta que mis ataduras sean soltadas por la inteligencia en lugar de por el azar! Es un destino lúgubre. ¡Pero debo esperar... debo esperar... debo esperar!

—Me alegra que haya entrado en razón —comentó Rob, secamente —. Así que, si no tiene nada más que decir...

—¡No! No tengo nada más que decir. NO HAY nada más que decir. ¡Tú y yo hemos terminado! ¡Nunca deberíamos habernos conocido! —replicó el Demonio, mostrando gran emoción.

—Oh, yo no busqué su conocimiento —dijo Rob—. Pero he tratado de tratarlo decentemente, y no tengo ninguna queja que encontrar con usted excepto que olvidó que era un esclavo e intentó ser un maestro.

El Demonio no respondió. Estaba ocupado forzando los diversos dispositivos eléctricos a los que Rob había renunciado dentro de los bolsillos de su chaqueta ardiente.

Finalmente se dio la vuelta con un movimiento abrupto.

—¡Adiós! —gritó—. ¡Cuando ojos mortales me contemplen de nuevo serán los de uno apto para comandar mis servicios! En cuanto a ti, tus días pasarán en la oscuridad y tu nombre será desconocido para la fama. ¡Adiós... para siempre!

La habitación se llenó con un destello de luz blanca tan parecida a una sábana de relámpago que el muchacho se tambaleó hacia atrás, medio aturdido y cegado por su intensidad deslumbrante.

Cuando se recuperó, el Demonio de la Electricidad había desaparecido.

El corazón de Rob estaba muy ligero mientras dejaba el taller y bajaba las escaleras del ático.

—Alguna gente podría pensar que fui un tonto al renunciar a esos inventos eléctricos —reflexionó—; pero soy una de esas personas que saben cuándo han tenido suficiente. Me parece que el tonto es el tipo que no puede aprender una lección. Yo he aprendido la mía, sin duda. No es divertido estar un siglo por delante de los tiempos.